

FEDERICO DE LA BARRA



NARRACIONES

1845 - 1846 - 1847

M. Rosa Escalada.
Julio 1874.

BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser
CALLE SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1897



NARRACIONES



INTRODUCCIÓN

1845

Una poderosa coalición de elementos militares de Corrientes y el Paraguay, se había concertado para atacar el poder de D. Juan M. Rosas en su propio asiento, y derrocar su dictadura.

El propósito era audaz ; los medios considerables y el procedimiento resuelto y enérgico.

El gobernador de Corrientes, D. Joaquín Madariaga, pactó una alianza con D. Carlos Antonio López, Presidente del Paraguay, para unir las armas de ambos Estados y acometer sin dilación la heroica empresa. La dirección de la guerra y el mando en jefe de los ejércitos, sería confiado al general D. José M. Paz, teniendo el mando inmediato de las fuerzas paraguayas, Francisco Solano López, joven de dieciocho años, hijo del Presidente de aquella República.

Desde que trascendieron los primeros síntomas del movimiento de Corrientes, comenzó á afluir considerable número de oficiales importantes ; expertos soldados de merecida nombradía. El general Paz, traído por Madariaga desde

el Brasil en donde se hallaba emigrado, trajo también consigo á varios jefes de su predilección, viejos compañeros de sus antiguas campañas ó de su memorable defensa de Montevideo.

Era aquel un núcleo muy numeroso y selecto que iba á incorporarse á legiones brillantes y aguerridas. Las milicias de Corrientes experimentadas en guerras constantes, con instintos bélicos, con temperamento militar, con espontaneidad cívica, inspiraban aliento y confianza, más que á nadie á su renombrado general, que había admirado su gallardía en su habilísima batalla de Caaguazú.

Las divisiones correntinas, con alguna excepción, estaban mandadas de inmediato por jefes de su Provincia, de probada bravura y experiencia y de merecido prestigio en sus diversos departamentos.

Abundaba la Provincia en recursos para armar y mantener su ejército. Sus parques estaban bien provistos, como su Comisaría; y el concurso privado de los propietarios no escaseó en generosidad y en abnegación.

El aspecto general de aquella situación era imponente y entusiasmador!

El general Paz estableció su cuartel general en «Villanueva», punto muy central y estratégico de la Provincia. En aquel punto se concentraron los contingentes y las divisiones, ya muy aguerridas, de los Departamentos, bajo la mano organizadora de su jefe, que en pocos días tenía bajo

su mando un ejército poderoso é irresistible, promesa halagadora del triunfo anhelado y cercano.

D. Juan M. Rosas se hallaba inquieto ante el anuncio de aquella cruzada y de aquellos ruidos amenazadores que le llegaban.

Estas nuevas alarmas complicaban su situación, muy embarazada con la hostilidad coercitiva de los poderes de Francia y de Inglaterra, que vigorizaban poderosamente los ardorosos elementos de la defensa de Montevideo, y que redoblaban sus instigaciones por todas partes.

El conflicto le aconsejó la celeridad. No se mantuvo á la expectativa : resolvió súbitamente tomar la ofensiva sobre Corrientes, á cuyo efecto ordenó al general Urquiza, que sin demora y con sus mejores elementos, invadiese aquella Provincia, teatro de la poderosa reacción.

No tardó en saber el general Paz que Urquiza lo invadía. La noticia le llegó en malhora y despertó en su ánimo la mayor inquietud.

El movimiento era precoz y no lo encontraba listo. La actitud era imprevista; y el general Paz se había desprendido desgraciadamente de sus medios de movilidad con que poder manio-
brar de inmediato.

Se habían mandado al Uruguay todas las carretas reunidas, conduciendo los cuerambres del abasto en cambio de los aprovisionamientos que enviaban los comerciantes brasileros ; ó se hallaban transportando la multitud de familias que abandonaban la campaña. El Sud de la Provincia aceleraba su desocupación.

La situación en que se encontraba el general Paz era afligente. Lo obligaba á emplear expedientes extremos é insuficientes para hacer con urgencia sus transportes militares. Pusiéronse en cargueros la mayor parte del parque y comisarías, inutilizándose lo menos indispensable ; y con la misma precipitación é irregularidad del material, se puso en marcha el ejército hacia el Norte de la Provincia.

Se retrocedía, con gran menoscabo de la moral de las tropas y de la confianza que todo el mundo tenía en las previsiones del genio militar.

Las órdenes de marcha en retirada, contrariaban profundamente el ánimo impetuoso de las tropas correntinas y el espíritu general de la Provincia. Ese movimiento esparcía una perturbación universal en las poblaciones y en los intereses. Los conflictos y el pánico se apoderaban de las familias, obligadas á abandonar sus hogares, una vez abandonadas ellas mismas á los peligros de la súbita invasión.

El espíritu del ejército, ya muy conmovido por causas anteriores y precursoras de esta situación, se revelaba vivísimamente inquieto. Había total

descontento y hasta indignación delante de esta evolución inesperada, tan contraria á la índole altivísima y agresora de aquellos soldados.

Los jefes, como sus tropas, protestaban con su mismo silencio contra aquella actitud; y sin el respeto que les inspiraba la alta superioridad militar de el general Paz, aquella unidad en el deber habría peligrado.

No se quebrantó, con todo, el aliento y la subordinación, ni la fe en el triunfo, ni la resignación en los sacrificios, seguros de castigar muy luego la insolencia de su constante enemigo.

Llenas de este anhelo ferviente, de esta voraz impaciencia, continúan aquellas columnas su marcha en retroceso.

A cualquiera sorprenderá este cambio tan repentino y tan desconsolante que presenta la Provincia armada, no ha mucho rato rebosando en entusiasmo y en activísimos y alegres preparativos, preludios animadores de la gran cruzada.

El aspecto del ejército era siempre fervoroso pero visiblemente reservado.

Había declinado el colorido luminoso de aquel cuadro de voluntades agolpadas con sublime espontaneidad, afluyendo siempre al campamento como al santuario en donde se consagraba la próxima victoria.

¿Qué había pasado en tan corto tiempo, que así traicionaba el malestar ó la preocupación íntima

de todos, y que así imponía aquel movimiento precipitado del ejército con rumbos tan extraños?

El general Paz no era querido en Corrientes. No arrastraba con su prestigio al ejército, aunque le inspiraba el más alto respecto y subordinación.

Estaba muy fresco todavía el afecto profundo que inspiró á aquellas legiones populares y guerreras el general Lavalle, con dotes geniales más análogos al carácter y á las costumbres de esas masas, tan impresionables á la forma y al valor legendario de sus caudillos. Con esas calidades de asimilación, había logrado hasta sacar de su provincia á los intrépidos correntinos, que lo siguieron en la arrojada aventura que terminó con su heroico sacrificio en Jujuy. Aquel desastre no amenguó, sino que ahondó en el recuerdo del pueblo, aquella personalidad simpática que se había confundido con su espíritu belicoso y conquistado su amor.

El general Paz con otros hábitos y con otro carácter, no podía hacer esta conquista de adhesión calorosa. Influyó sobre la opinión, pero no sobre el afecto. Él mismo lo confesaba, con cierto despecho que se traicionaba en sus arranques: «Yo no necesito prestigio—solía decir—me sobra con el concepto». Los que lo escuchaban frecuentemente podían atestiguar que la fórmula

del general era de una verdad gráfica ; y los fríos pensadores podían estimar la molestia de aquellos contrastes, que no le permitían hacerse seguir pero que le permitían hacerse obedecer.

Se comprende, pues, que el general Paz, habituado á tomar posesión absoluta del mando en todas partes, tenía que contrariarse con la natural dependencia en que se hallaba del gobierno de la Provincia, sin cuya autoridad y vasto influjo no habría logrado dar un paso en aquella espléndida campaña.

Justo es aseverarlo: el influjo popular y administrativo del gobernador D. Joaquín Madariaga, fué siempre eficaz y prudente, respondiendo á todas las necesidades de la guerra, iniciadas y señaladas por el general Paz en toda la latitud de su comando militar.

El gobierno tenía el deber de secundar al general con todos los medios del país, y levantar su autoridad en la órbita considerable de sus propósitos comunes.— Él lo habia creado *director de la guerra* : él lo habia traído de su emigración, con todo su estado mayor : él le habia entregado sus parques bien provistos y todos los recursos de la Provincia.

.. Sin embargo, y á pesar de esta uniformidad de acción y de miras, el ánimo suspicaz pudo apercibirse muy pronto, de que, algún mal espíritu, por muchas razones de susceptibilidad primero, por causas más graves después, iba abriendo distancias; síntomas de frialdades y

desconfianzas funestas entre ambas entidades.

La semilla de la discordia que por desgracia cundía fácilmente en los ejércitos de la guerra civil, malogrando las mejores causas, se veía brotar apenas, pero no tardó en crecer con abundancia.

El germen de la discordia roía en la unidad potente manifestada con firmeza. No tardarían de seguro en sentirse, con pesar, sus estragos.

El general Paz reputado el primer organizador de los generales argentinos de su tiempo, no era el más feliz de los políticos.

No es posible sustraer por lo común al experto soldado, del tumulto de pasiones que se agolpen para rodearlo, de todas las pretensiones, de todas las intrigas, de todas las rivalidades que se debaten en torno; de todas las sugerencias que llegan á medrar, si por fortuna no se estrella contra el granito de un carácter inflexible y de un espíritu precavido.

El general fué sensible á ciertas asechanzas enervantes de que no supo defenderse. Muy pronto se halló envuelto en una malla de dificultades de que no pudo ya desasirse sino con su propia ruina.

La oposición política á la administración de Madariaga, que se hallaba representada en una minoría de hombres expectables de la Legisla-

tura. pretendió atraerse las preferencias del general Paz.

La instigación fué hábil y tenaz. Logró desarrollar con éxito ante las perspectivas del general, un programa que hallaba más certero para el triunfo de la cruzada, más prestigioso en la opinión, más prepotente para la autoridad del general y más atractivo para las principales influencias correntinas.

Este cisma en la unidad política, llevó sus trabajos y sus esfuerzos al campamento de Villanueva.

El cuartel general era ya un conciliábulo, un club político, una tribuna sin gradas de desahogos irritantes. El pleito casero se había deslizado al ejército, vaciándole el filtro letal de la anarquía. Apercebido Madariaga de estos trabajos sigilosos de sus enemigos, asumió una situación enérgica y precavida; pero esperó.

Dueño de la opinión de la Provincia, sinceramente querido y justamente estimado de todos los jefes correntinos que mandaban las divisiones; hombre de acción y de prestigio popular, estaba seguro de sí mismo, pero temía comprometer la moral del ejército y la suerte de la alianza.

Esperó, hemos dicho; pero hasta que movimientos armados acometieron su derrocamiento.

Una fuerza de caballería se aproximó á la Capital obedeciendo al llamado de la Legislatura, resuelta á pronunciarse con su apoyo.

Madariaga atajó aquel movimiento con rapidez y energía. Tomó su escolta, llamó á su lado á los milicianos de las cercanías, salió de la ciudad y disolvió aquella fuerza cuyos restos se refugiaron en el campamento. Los iniciadores legislativos, así reputados, huyeron de la Capital ó se ocultaron, y cayó exclusivamente sobre ellos la condenación de la intentona.

No es necesario á nuestro propósito, ni es de la brevedad de esta *introducción* el estudio de las causas, tendencias y medios de aquella discordia interna. Se mezclaba la pretensión de dominio de los viejos veteranos de la política local; la aristocracia influyente con derechos tradicionales, con títulos de experiencia y de riqueza, con su séquito de rezagados de anteriores contiendas, resistiendo la avalancha popular de elementos más jóvenes y á su decir más inexpertos, que lograron levantar la Provincia, sus masas belicosas, en una memorable reacción de armas que los llevó necesariamente al gobierno, y trajo por fin, con enorme entusiasmo, la provocación de esta cruzada militar y el ajuste de esta alianza con el Paraguay.

Nos alejamos de hacer juicios y apreciaciones sobre hechos y parcialidades á que queremos permanecer extraños.

Señalamos sus efectos del momento, y dejamos presumir cuál sería la influencia deplorable de estos sucesos en el espíritu del ejército, que,

por una parte, se sentía irritado contra los atentados dirigidos contra su gobernante y su caudillo, y por la otra, se hallaba ligado al deber de las filas, bajo el mando de su eximio general y con sus armas cargadas para el próximo combate.

Fueron continuados los incidentes que ocurrieron para indisponer cada vez más las relaciones entre el gobernador de la Provincia y el general del ejército.

La desviación, el alejamiento y hasta las antipatías se infiltraron en el campamento. Produjéronse hondas divisiones y general malestar. Varios jefes muy principales de la antigua predilección del general Paz, se alejaron de su cuartel general y hasta del ejército, llevando sus respectivos resentimientos. Soplaban vientos de anarquía, se levantaban peligros de desmembración, cuando vino á detenerlos por suerte el anuncio de la invasión inmediata del general Urquiza.

La preocupación de la guerra inminente desató aquella tirantez de los espíritus; despertó la animación y el movimiento, reavivó la conciencia del triunfo, y puso á caballo y en marcha las columnas tan conmovidas de aquel ejército, cuyas perturbaciones ligeramente hemos explicado.

El general Paz desprendió su vanguardia sobre la línea del « Río Corrientes », entregando su mando al general Juan Madariaga, hermano del gobernador.

Esa división estaba compuesta de la mejor caballería; y debía cubrir los pasos señalados del mencionado río.

Una preocupación muy seria inquietaba vivamente al general en jefe. Temía que el ejército paraguayo demorase su llegada y se dificultase más la incorporación á causa de las distancias.

El ejército se hallaba bastante alejado, cuando las fuerzas del Paraguay aportaron al « Rincón de Soto », dos leguas arriba del puerto de Goya, practicando con lentitud é impericia su desembarco y tropezando con absoluta carencia de medios.

El general de vanguardia recibía ordenes repetidas y urgentes, de ayudar el desembarco eficazmente y facilitar la incorporación con la mayor celeridad. La posición de esas fuerzas era muy aventurada y podía hacerse muy peligrosa si se rezagaban sus marchas.

Cuando el general Madariaga llegó al campo paraguayo, se halló con una montaña de bagajes hacinados, con pilas de hamacas de cuero, camas de los soldados, mezcladas con atados de armas de fuego y de lanzas de caballería. En otra parte había enormes cajas conteniendo municiones; había cuatro piezas de bronce de gran peso

y calibre, aquellas viejas culebrinas españolas con el artístico relieve de las armas reales. Agrupaciones de jefes ó de oficiales, con su montoncito aparte, primando los canastos con sus vituallas y las tinajas chinescas con sus mieles.

Aquel material era imponente.—Habiendo de trasportarlo en angustiosos momentos, era aterrante!

El jefe de vanguardia insinuó su comisión y pidió al joven López que diese órdenes perentorias para marchar.

—¿Y dónde están los vehículos y las caballadas? preguntóle el general paraguayo. Hay mucho que mover como ve.

—En efecto, hay de sobra, contestóle el general Madariaga: pero hay que abandonar la mitad de este pesado bagaje.

—Qué dice, señor.!! No pienso dejar ni una hilacha. No traigo todo esto desde el Paraguay para tirarlo!

—Pero señor general, las necesidades se imponen. Los medios de que se podrá disponer para moverse son muy pocos. He conseguido en Goya algunos carromatos, algunos carretones y carretas deplorables en las estancias vecinas, y espero que lleguen por momentos las caballadas que aguardo.

Pero el general López estaba de mal talante con estas contradicciones y resuelto tenazmente á no ceder. Las reflexiones de Madariaga eran

impotentes para convencerlo; pero como los momentos eran graves, y las responsabilidades muy grandes, tomó el tono que correspondía y abrazó una resolución terminante.

Le hizo conocer al jefe paraguayo todo lo peligroso de los momentos en que se encontraba, y todas las dificultades que tendría que superar en sus marchas. Tenía delante ríos poderosos que cruzan la Provincia, de la *Laguna Iberá* al Paraná con los que tendría que encontrarse, especialmente los «Vateles,» cuyo pasaje le tomaría bastante tiempo. Había escasez de movilidad que sería necesario aumentar más adelante; y sobre todo, el consumo inútil de su tiempo y la celeridad de que quisiera usar el invasor, podía colocarle en situación muy comprometida y quizá desastrosa.

No importa....! todo este cuadro de probabilidades azarosas no conmovían al joven López: no se mostraba inquieto. La vanidad de su autoridad suprema, el hábito sin contradicción de su voluntad infantil, su ignorancia cortejada, todo esto era una fuerza de resistencia, una rémora agobiante que podía pesar enormemente en los sucesos.

El tono de la discusión íbala convirtiendo en recriminaciones amargas, que no producían otro efecto que las inconveniencias.

Felizmente se acercó á terciar en la contienda el estimable coronel Federico Baez, jefe de estado mayor de López, inclinándole muy

parsimoniosamente á tomar una resolución que estaba muy indicada.

Coincidió muy oportünamente con aquel auxilio persuasivo, la llegada de una carta del general Paz, reforzando con brevedad las observaciones tan desdeñadas, y ordenando al general López que forzase sus marchas.

Diéronse las órdenes. Abandonáronse las pilas de hamacas y gran parte de los canastos y de las tinajas. Ocultáronse las descomunales piezas de artillería y otros objetos intrasportables por el momento. Organizóse un convoy posible; formáronse las columnas de marcha; se montó como se pudo; y el ejército paraguayo se puso por fin en marcha!

Lo que importaba urgentemente era moverse.

Puede decirse con propiedad que se había obtenido un gran triunfo!

No pasaron muchas horas, y los exploradores del ejército invasor se descubrían por la margen izquierda del « Río Corrientes »

Este río es un baluarte, es una barrera formidable; pero para esta condición y esta naturaleza de soldados, no hay obstáculos, ni son indispensables las obras de arte para vencerlos.

Las caballerías correntinas y entrerrianas que vinieron á Caseros, pasaron el Paraná á nado. El ejército de Urquiza, regresando precipitadamente del Estado Oriental para hacer esta

campana, pasó el Uruguay á brazo: y así, de etapa en etapa, sin puentes, sin auxilios artificiales, van atravesando sucesivas y poderosas corrientes, con su dominio familiar y desembarazado sobre el peligro.

La vanguardia del general Urquiza se aproximó al « Río Corrientes » amenazando el bien conocido paso de « Santillán »

Esa división la mandaba el coronel José A. Virasoro, uno de los oficiales más intrépidos de la invasión, y cuyo trágico fin tuvo lugar en San Juan, en donde ejercía el cargo de gobernador.

Acometió el pasaje de « Santillán ».—Trabóse allí un combate sangriento con la vanguardia correntina, desplegándose con la bravura genial de esos soldados, los recursos de su táctica especial, de su destreza y de su suspicacia para superarse.

La división de Virasoro logró pasar.

En la llanura y á la margen del río, se trabó la lidia con igual ardor, con igual tenacidad y con la misma bizarría de ambos lados.

En una de las cargas que se dieron, rodó el caballo del general Madariaga. Desmontado por su desgracia el general, tomólo prisionero su contrario; y el jefe de la vanguardia en persona lo presentó al general Urquiza como una buena prenda de su victoria.

Este accidente de la guerra desmoralizó las fuerzas de la vanguardia correntina, dispersándose en parte y retirándose hechos varios cuerpos.

El campo en que tenía lugar esta acción, está situado á muy poca distancia del que no ha mucho desalojaba el ejército paraguayo.

Después del lance sangriento que acabamos de referir, se comprenderá el servicio que hizo el general Madariaga al ejército aliado con su empeñoso afán por movilizar, ganando horas, las fuerzas paraguayas.

Rezagadas en su marcha, rodeadas de obstáculos y de necesidades, es más que probable que pudieron ser cortadas ó muy dificultadas en su incorporación.

El general Paz no podía venir en su protección. Se había alejado mucho; y como hemos dicho, sus elementos de movilidad eran escasos.

La resolución de López cediendo á calurosas y porfiadas instancias, ha podido muy bien estimarse *como un triunfo!*

Las operaciones de los ejércitos se ejecutaban con celeridad. La marcha del general Urquiza era rápida: el general Paz estaba á la espera. Ocupaba un campo muy ventajoso en la dirección del Paraná norte, denominado *Potrero de*

Ubajay; posición muy extensa, defendida por montes espesos que cubrían sus flancos.

El campo elegido con la prudencia y el tacto militar del general Paz, era una fortaleza.

La posición, la grande abundancia de su infantería recientemente aumentada con los paraguayos, sus excelentes caballerías; y más que todo, la ciencia muy superior de su jefe, no dejaban asomos de duda sobre el resultado favorable de la próxima batalla.

Esas precauciones tácticas tenían, puede ser, un doble objetivo.

No hay que olvidar el estado moral tan inquietante de sus tropas por causas ya explicadas, y la desmoralización más ahondada quizá por efecto de una retirada tan mortificante sobre el territorio de su misma provincia.

Todo ésto es su secreto; y no pasamos del límite de meras inducciones sobre estos acontecimientos, tan complejos en sí mismos y en sus desenvolvimientos.

Era opinión de los expertos, que el triunfo estaba asegurado. En esta idea se afirmó la confianza universal. No había sino venir á las manos y tocar las dianas de la victoria!

Por desgracia los arcanos de la fortuna están lejos del criterio humano; pertenecen á la región del misterio; y el fatalismo á veces más arriba del cálculo, se complace en presidir la destrucción de las más hermosas combinaciones.

La previsión rápida de un solo hombre pudo

más que el ímpetu audaz de Urquiza, que la ciencia militar de Paz, que el presagio venturoso de todos los combatientes.

El general oriental D. Eugenio Garzón, segundo jefe y amigo íntimo del general Urquiza, fué en aquellos momentos supremos el Mecenas de su altivo compañero. Templó su impaciencia, moderó sus ímpetus y logró insinuarse en el espíritu penetrante de Urquiza.

Había observado la posición de su enemigo, conocía la superioridad del número y preveía infaliblemente el desastre de un ataque. La prudencia, *acometió* el consejo aventurado de una retirada, diestra y pronta.

Como era de esperarse de su temperamento, el general Urquiza resistió decididamente. Dijo como Mac-Mahon «j'y suis j'y reste» y rechazó el consejo terminantemente.

No desmayó Garzón: volvió á la carga con mayor abundancia de argumentos y de demostraciones.

—Si entramos en esa boca de lobo, no salimos ninguno, general: nos hacemos destrozar miserablemente.

—Peor es retroceder con vergüenza! replicó Urquiza.

—No señor! retrocediendo hemos vencido. . . .

—No lo entiendo, mi amigo. . . .

—Es el único modo de triunfar en esta ocasión! Ese ejército está desmoralizado y medio sublevado. Entrando, estimulamos su aliento;

ayudamos á Paz; retirándonos con habilidad le dejamos la derrota. Hemos corrido su vanguardia, llevándonos prisionero á su jefe; el espíritu anárquico estalla y hemos jugado la partida sin sacrificios. ¿No le parece, general, que ésto se llama recoger una victoria completa?

El general Urquiza se dejó convencer. Su sagacidad vió claro, y el plan de retirada cautelosa quedó concertado y muy poco después en práctica.

Las guerrillas maniobraban en su servicio de campo y en sus hostilidades de guerra. Los fogones se mantenían más ó menos lejos. Se ejercitaban todas esas stratagemas y todos esos ardidés de que se valen diestramente los expertos para encubrir las maniobras sigilosas. Cuando fué de día, el ejército invasor había traspuesto bastante distancia.

Aquella retirada fué cautelosa y activísima.

Cuando los partes avisaron el movimiento del invasor, nadie creyó en la realidad de su intención. Probablemente el enemigo cambiaba de campo; intentaba alguna operación de su estrategia hallándose más débil que su contrario. Cada uno divagaba en el terreno de las conjeturas, más ó menos explicables, pero á nadie le ocurría que aquello fuese una retirada definitiva; eso no!

¿Quién iba á imaginarse que se hubiera realizado tan poderosa invasión internándose hasta el fondo de la Provincia, adelantándose tanto en el objetivo de esa operación, llegando al teatro mismo de un combate inminente, para perderse de pronto medrosamente y retroceder en las oscuridades de la noche? Nadie pensaba en eso!

Así fué mayor y más estrepitosa la sorpresa producida por la realidad.

El efecto, fué terrible: el enemigo había escapado impunemente de sus garras!! Estaba en evidencia su debilidad y se salvaba con una burla sangrienta! Jefes, oficiales y soldados murmuraban sin precaución y confundían como iguales sus reproches. Aumentaba á cada momento la indignación; se veía amenazante el desorden y la indisciplina; y todos los cargos y todas las increpaciones se dirigían al general en jefe. La exasperación contra él era violentísima, su autoridad empezaba á ser desconocida. Los edecanes y los oficiales del estado mayor se recibían sin respecto; las órdenes se escuchaban sin atención; los grupos se formaban fuera de las líneas é íbase avivando por instantes el colorido de aquel cuadro de indisciplina y de insurrección.

Los jefes y oficiales de su afección, ó más dueños de su serenidad en el deber, lo rodeaban al general con adhesión. Lo que es en los cuerpos del ejército correntino, que era la base

de la alianza, no podía ver ya subordinados.

Intentó en vano poner algunas fuerzas en movimiento, pero estaba viendo que varios cuerpos, sin orden, ensillaban con desenfado y abandonaban el campo.

Aquello estaba perdido; y el general Paz creyó seguramente que en esta ocasión no podía comprometer la división paraguaya, puesta bajo su mando como director de la guerra y en las condiciones y objetos del pacto de alianza.

Las filas del ejército amenguaban por momentos. Algunas divisiones con sus jefes á la cabeza se dirigían á sus departamentos: la defeción estaba pronunciada.

El general Paz, sin la integridad de su autoridad militar, mal avenidas sus relaciones con el gobierno, no comprendía ya su permanencia en el campo de *Ubajay*, teatro de su amargo é inesperado contraste, y procurando en un último esfuerzo provocar una reacción sobre la base de las pocas fuerzas con que creía contar, se dirigió á Villanueva.

Pronto se persuadió de que la tentativa era inútil. Abandonó la idea y el campo, dirigiéndose al Brasil, escoltado por el coronel Hornos con algunos de sus soldados entrerrianos, y acompañado con algunos de sus amigos más íntimos.

Los jefes más caracterizados y más prestigiosos, recibieron órdenes del gobernador para recoger los cuerpos dispersos, para ponerse al

frente de las fuerzas acampadas, para proveerlas y darles colocación en los campamentos que se les indicaran.

He ahí la historia compendiada de una alianza que formó el entusiasmo, y que destruyó en un instante el tósigo de las pasiones intemperantes.

Muy pocos se han dado cuenta de los episodios y de los acontecimientos más fundamentales, que rodearon aquellos sucesos y provocaron su fin. Quizá no ha podido estimarse, ni el tamaño de aquellos elementos puestos en acción, ni el trabajo consumido para prepararlos. Parece que todo ello hubiese quedado abandonado, como un embrión confuso, en algún rincón medio olvidado de la historia contemporánea.

Y sin embargo, el escritor prolijo que tenga que ocuparse de su estudio, con la exposición analítica de los hechos compulsados, va á descubrir y á mostrar la enormidad del trabajo inteligente y patriótico, puesto al servicio de una causa de América.

Conquistar el espíritu oscurecido y apartado del Presidente del Paraguay, rodeado por la trinchera del aislamiento y de las preocupaciones; por los recelos y las suspicacias de su tradición y de su índole. Acumular en una provincia pobre, medios de guerra para una cruzada audaz. Convocar y aportar con recursos propios, pléyades de hombres expertos y abnegados. Lanzar el

trueno que despertase y convocase á todos los oprimidos. Echarse sobre sí la responsabilidad de una lucha tremenda con un enemigo altivo y poderoso, es un tejido de tópicos fecundos para la propiedad de la historia, que son apenas todavía del dominio de la crónica.

Es entonces que resaltarán mejor las causas y los efectos.

Se mostrará por qué es la obra de un instante el desplome de un coloso de la regeneración. Por qué brotan para aniquilarlo tantos fenómenos encontrados, tantos desconciertos, tantas aberraciones en el cuadro de esta conflagración.

Ya lo iniciamos al principio de estas líneas : la intriga roedora que penetra en el oído débil, que extravía la serenidad del sentido, que lo aparta de las alturas de un gran pensamiento ; y que por fin, medra agitando las pasiones y soplando en la anarquía.

La empresa del entusiasmo y del aliento, está destruída.

Su más importante colaborador ; esa encumbrada entidad militar destinada á darle cima, se ausenta tristemente al destierro. Puede decirse que él era el predestinado á triunfar y á dar la ley nacional á la República.

No acertó á llenar su misión.

Por uno de esos arcanos en los sucesos de la vida humana, fué su enemigo, el contendor de *Ubajay*, quien vino á traer con la espada la organización nacional.

EXPLICACIÓN

Esta «Introducción» que abraza en pocas líneas sucesos tan importantes, es puramente un incidente en lo principal de este libro.

Por eso no es de oportunidad entrar en el estudio de sus variantes, ni formular juicios sobre ellos.

He necesitado un punto de partida en la disolución de la alianza con el Paraguay, para presentar con más detenimiento las *Narraciones* que van á continuarse, y para mejor inteligencia del lector en la filiación de los hechos que van á presentársele.

Importa conocer los acontecimientos de una época fecundísima, que toma arranque en la separación del general Paz de la escena militar de Corrientes, hasta la sangrienta batalla de Vences.

El lector ha de encontrar los primeros gérmenes de la organización nacional, sugerida á su afortunado iniciador, por los mismos acontecimientos que movieron hondamente su ambición y su propósito.

Será preciso reconocer con datos poco familiares, que entonces brotaron los instintos impulso-

res que produjeron á Caseros. Que esta acción memorable debió anticiparse : que el retardo de sus beneficios públicos, fué un aplazamiento impuesto por una serie de causas que van á explicarse.

En estos acontecimientos de la *Narración* que comienza, me tocó jugar un rol muy importante de que me he ufanado en mi vida. He sido actor en la política y compartido los azares y los peligros de la guerra, como lo atestigua la documentación. Puedo, por consecuencia, hacer con la propiedad posible estos importantes relatos.

Como muchas peripecias que me son propias se tocan de algún modo con los sucesos, y en realidad no carecen de algún interés por causa de esas vinculaciones, violento mi carácter tomando el lenguaje directo é individual, y á veces anecdótico, que es el colorido de una época tan accidentada y tan revolucionaria.

Buenos Aires, Enero de 1897.

FEDERICO DE LA BARRA.

CAPÍTULO I

1846 - 1847

SUMARIO:—Después de la separación—Espíritu del ejército: su brio—Disolución no es derrota—Unidad de la Provincia—En la Capital—Los jefes del general Paz—Urquiza en la marcha—Problemas de á caballo—El prisionero: factor nuevo—En libertad—Sorpresa por los dos lados.

El inesperado contraste del general Paz en el *Potrero de Ubajay*, que dejó referido en la *Introducción*, no produjo en la provincia de Corrientes el efecto desolante de un desastre.

Esto se explica por variedad de causas que se concentran en la índole incontrastable del pueblo correntino, en su tenacidad y su valor, en el fervor de la causa que mantenía como lidiador armado contra el férreo poder de don Juan Manuel Rosas. Había un apasionamiento profundo y una confianza íntima de sí mismos. Había esa petulancia del coraje, que no reconoce rival, y que en realidad es una fuerza impulsiva del denuedo.

Por otra parte, no veían en la disolución una derrota. No habían combatido!—Las armas no se habían impuesto en un choque sangriento, ni

habían herido en el orgullo y en la altivez.—El invasor entrerriano se retiraba rápidamente; y esta maniobra era como el reconocimiento de una superioridad que no quería arrostrarse. El ejército correntino se disolvía, abandonado por su jefe. La responsabilidad era de él, que había errado el camino del triunfo y contrariado el ímpetu de sus legiones.

Esa fórmula consolante de las conciencias; esa explicación de los hechos manifestados, dejaba á salvo el amor propio, y bien templado y firme el espíritu de la Provincia y de sus valientes defensores.

Había la seguridad de una reacción inmediata contra peligros y amenazas posibles. Todas las fuerzas de resistencia estaban intactas. Las divisiones hechas y obedeciendo á sus jefes se habían dirigido á sus departamentos. Todo el material del ejército, que no ha mucho estaba destinado á una gran cruzada, era más que sobrado para la defensa del territorio.

Todo el mundo pedía órdenes, y de todas partes se expresaban los testimonios de adhesión al gobierno.

En la capital, foco muy desvirtuado de la disidencia ó de la oposición, se sentía pero no se agitaba la resistencia. Esa oposición podía mantener una expectativa concentrada y tímida, pero incapaz de iniciar tentativas azarosas. Estaba compuesta por una parte, de los viejos y resagados amigos del gobierno de Ferrer; por la

otra de los partidarios intransigentes del gobernador Cabral, á quien había derrocado la audaz empresa libertadora de Madariaga.

La primera de esas fracciones había quedado desconcertada del todo, con la desaparición y la mala suerte del general Paz, que era el representante poderoso de sus aspiraciones. La segunda, más animosa y con expectativas mejor justificadas, tenía al lado del general Urquiza una falange militar asilada, como auxiliar, que podía valerle seguramente en alguna oportunidad. En esa fuerza eventual se posaba su esperanza, sigilosamente cultivada.

La oposición, pues, no se percibía delante de la manifestación tan unísona, tan resuelta y tan entusiasta de toda la Provincia.

La integridad de opinión y de medios, desvanecía temores y engendraba confianza. Corrientes estaba fuerte para defenderse.

La mayor parte de los jefes de Paz, permanecieron en Corrientes. Algunos se hallaban indispuestos con él, disintiendo con sus actos, y separados voluntariamente del ejército. Otros se resistieron á seguirlo al destierro; y casi todos creyeron sensato esperar á que los sucesos les abrieran nuevos horizontes.

Además de un cuadro brillantísimo de oficiales subalternos de diversas provincias, no era poco el número de entidades superiores de

alta importancia en las armas. Estaban entre otros, el general Román Dehesa, soldado desde la Independencia; el coronel Faustino Velasco, citado en las *Memorias* del general Paz, como gran táctico en el arma de caballería; el coronel Rafael Saavedra, de la familia de este apellido en Buenos Aires, oficial muy educado en las mejores escuelas; el coronel de artillería Carlos Paz, de la guerra del Brasil y del sitio de Montevideo; el coronel Baltar, soldado muy experto, que había servido con distinción y con grande aprecio del general Rivera en las guerras del Estado Oriental. Otros se conservaban á la expectativa en los pueblos de la costa del Uruguay, entre ellos soldados como Hornos, Oroño, Juan P. López y otros más subalternos, pero de reconocido valimiento.

Esta mención tan reducida de nombres que dejo hecha, da testimonio de la simpatía que inspiraba la causa de Corrientes, á la cual se vincularon muchos de ellos hasta el último desenlace de los acontecimientos.

Y esto demuestra, sobre todo, la fuerza de resistencia que podía oponerse á toda nueva agresión, desde que el ejército había quedado hecho y los jefes correntinos que mandaban sus divisiones, prestigiosos y bravos, mantenían su firmeza y su resolución.

Mientras que el general Paz se internaba en el Brasil, llevando en su alma las amarguras de la mala fortuna, su rival llegaba á su provincia con los trofeos de su victoria.

El uno devoraba decepciones; el otro sentía nacer en su espíritu enormes aspiraciones!— La desaparición de Paz, le dejaba un ancho campo que imaginaba tomar con las sugestiones de la fantasía. La verdad es, que los efluvios de una grande ambición asaltaban su mente y comenzaban á trabajar en su espíritu.

Los que lo acompañaban de cerca en las marchas de su retirada á Entre Ríos, notarían sin duda, preocupaciones extrañas que no le conocían y que procuraba disimular. ¿Eran sueños halagadores que acariciaba y de que no quería despertar? ¿Eran pensamientos audaces y peligrosos que seriamente lo agitaban? Fueran ilusiones, devaneos ó cálculos, lo que hay de verdad es, que ellos crecían, y como germinadores en la existencia humana, iban elaborando su fruto, que envenena el árbol ó aumenta su lozanía y su follaje.

Por qué no se diría para sí: ¿No es mi actualidad una predestinación? ¿No es realmente la hora de una redención?—El camino que le cerré á Paz, ¿no puedo recorrerlo yo con más seguridad, con más éxito? ¿Es imposible restablecer la alianza rota, propiciarme la voluntad de Corrientes, unir estos grandes medios á los

míos propios y acometer de lleno la grande empresa ?

Estos problemas de á caballo desbordaban en fiebrosa confusión; y cuando volvió su atención á los deberes reales, no sería extraño que dijera como el Duque de Gloucester — «pensamientos espantables descendí al fondo de mi alma!!»

Durante las últimas jornadas hízose más comunicativo con el general Juan Madariaga. — Se recordará que este jefe correntino derrotado en un choque de vanguardias, venía prisionero. — Se le guardaban las consideraciones debidas á su condición; como lo digo en la *Introducción*, era hermano del gobernador de Corrientes y gozaba de grande influencia con él.

Este jefe había desempeñado delicadas comisiones cerca del Presidente del Paraguay, con motivo de los arreglos de la alianza celebrada entre Corrientes y aquel Estado. Mantenía bien sus relaciones; y conocía familiarmente la situación interna de la Provincia, su espíritu y sus medios. Así, pues, no será extraño que tuvieran interés las conversaciones del camino, y que llegaran á ser más tarde confidencias trascendentales.

El general Urquiza acampó en *Alcaraz*, distrito fronterizo en su provincia. Despachó á *Calá* y al Uruguay algunos cuerpos, y quedó con su cuartel general en el lugar mencionado.

Con no poca sorpresa súpose que el prisionero, general Madariaga, había sido agraciado con su libertad y se retiraba á Corrientes, en donde se le vió llegar, con no menos sorpresa y hasta con asombro.

En una y otra parte se aplaudía y hasta se admiraba ese acto de magnanimidad *tan desinteresado y tan espontáneo!!* — Era acción loable y digna para la generalidad ese rasgo consolador: — para los más suspicaces, no era todo *desprendimiento*. Algo de gravísimo, capcioso y maquiavélico, escondía ese proceder inusitado de la época, y emanado de un enemigo implacable.

La incredulidad hacía camino: esa propaganda es siempre más fácil, mucho más en una provincia tan castigada por los desengaños.

Con todo, no pasaron muchas horas y empezó á circular la noticia de que Juan Madariaga era portador de proposiciones de paz...! La nueva era estupenda y tomó vuelo en la corriente popular, recibiendo los comentarios y las agregaciones que brota la fecundidad pueril de los que menos saben.

Reuníanse, entre tanto, en casa del gobernador, algunos jefes militares de primera importancia: amigos políticos y funcionarios del Estado, llamados todos á una conferencia urgente, en la que se sometió á su consejo la invitación que hacía el general Urquiza para ajustar la paz en un tratado justo y duradero.

Las relaciones verbales de Juan Madariaga abonando disposiciones leales de Urquiza, contribuyeron á vencer las desconfianzas. Por otra parte, se afirmó el criterio de que, nada se aventuraba con escuchar y también con proceder *cuerdamente*.

CAPÍTULO II

SUMARIO:—La escena pasa á Alcaraz—Entrevista de gobernadores—Se discute y se firma un tratado de paz—Incorporación á la liga federal—Dudas de Madariaga—Afirmación de Urquiza—Declaraciones aventuradas—Participación oficial.

El gobernador de Corrientes se trasladó á Alcaraz, en donde era esperado con anhelo. Largos y muy cordiales fueron los *tête-à-tête*. Se habían previsto las objeciones naturales de Madariaga; y Urquiza no tenía interés en contrariarlo.

Corrientes no podía hacer ninguna declaración humillante, ni reconocerse vencida desde que tenía los medios de defenderse. Su deber y su deseo se cumplían, ajustando sinceramente la paz sin reticencias. La Provincia resistiría toda obligación que vejase su autonomía; y por otra parte, había que dar confianza á gran número de jefes y oficiales ajenos á la Provincia, á quienes había justicia y utilidad en garantizar su permanencia.

No podía pretenderse lo imposible!

Pero el general Urquiza se colocaba en situación dificultosa y gravísima, esperando obtener la aquiescencia de Rosas á lo que probable-

mente calificaría de *excesivas concesiones*. Su fuerza de persuasión se basaba en la confianza que Rosas le acordaba, en sus servicios militares y en las garantías que le aseguraría de la estabilidad de un acuerdo pacífico, sincera y lealmente mantenido.

Debe advertirse que Urquiza iba teniendo convicciones altivas de su propia importancia, de su valimiento público, del alto concepto y de la confianza que le merecía á Rosas. Su ambición latente se aumentaba al tamaño de sus títulos adquiridos: se creía necesario!

El vuelo de sus ideas políticas le permitía remontarse tenuemente por los horizontes de la República; y cortejar en su alma la aspiración de influir directamente en sus destinos.

Creyó pues, en la facultad que se atribuía de ajustar la paz sin la suprema intervención del Dictador.

Esperó confiado en que sus pactos tendrían completa aprobación. Rosas acordaría fe á los actos garantidos por él, que aparecía su primer columna, y que acababa de conquistarle una gran victoria.

La cuestión urgente por el momento, era hallar una fórmula que consignase los términos de la paz, sin ultraje á la susceptibilidad de Corrientes.

Urquiza ansiaba por crearse en aquella Provincia una afección prestigiosa y confiada. Quería desarmar sus ardorosas y justas preocu-

paciones, disponiéndola en un sentido propicio á sus audaces aspiraciones.

El tratado de Alcaraz fué la fórmula más certera que podía utilizarse. Salvarlo todo: lo ostensible y lo reservado.

Corrientes ingresaba á la Confederación en las condiciones del tratado de 4 de Enero de 1831, sin ninguna otra exigencia ni obligación.

Quedó así ajustado y firmado el pacto de Alcaraz, concebido en estos términos:

«EL CORONEL MAYOR JOAQUÍN MADARIAGA, GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LA PROVINCIA DE CORRIENTES—

«Habiendo ajustado y concluido nuestro comisionado D. Gregorio Valdés á virtud de los poderes que le conferimos, con el comisionado del Excmo. Gobierno de Entre Ríos, Coronel D. José M. Galán, munido de suficientes poderes, un tratado de paz, amistad y buena inteligencia en el distrito de Alcaraz, á quince de Agosto, cuyo tenor es el siguiente:

«Convencidos los gobiernos de Entre Ríos y Corrientes de la necesidad de restablecer la paz, que desgraciadamente se hallaba alterada entre las Provincias de la Confederación Argentina y la de Corrientes y que un arreglo equitativo y fraternal es lo que puede poner término á los males que han ocasionado las funestas consecuencias de ese desacuerdo, han comisionado á los nombrados, quienes después de haber

canjeado sus respectivos poderes y halládoles en debida forma, han convenido lo siguiente:

« Art. 1º Queda restablecida la paz, amistad y buena inteligencia, no solamente entre ambas Provincias, sino también respecto de todas las demás que componen la Confederación Argentina.

« Art. 2º Habrá un olvido absoluto de todos los acontecimientos políticos que hayan tenido lugar durante la disidencia de la Provincia de Corrientes, sobre cuyos acontecimientos no se hará cargo, ni á los gobiernos, ni á ningún funcionario público por los actos de su Administración.

« Art. 3º El Gobierno de la Provincia de Corrientes ofrece continuar observando el tratado de 4 de Enero de 1831.

« Art. 4º Ofrece igualmente autorizar nuevamente al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires para la dirección de las Relaciones Exteriores.

« Art. 5º El presente tratado será ratificado por los respectivos gobiernos de las Provincias de Entre Ríos y Corrientes dentro del término de sesenta días contados desde esta fecha.

« Y en fe de lo que han acordado, firman el presente, sellándolo con sus respectivos sellos, en el distrito de Alcaraz á los quince días del mes de Agosto, año del Señor de mil ochocientos cuarenta y seis.—(L. S.) *José Miguel Galán*—
(L. S.) *Gregorio Valdés*.

« Visto y examinado con detención el presente tratado y encontrándolo digno de nuestra aprobación, en uso de la plena autorización, que por la H. Sanción de esta fecha nos confiere el H. Congreso General Constituyente, lo aceptamos, confirmamos y ratificamos, obligándonos á nombre de la Provincia y bajo la fe y lealtad del Gobierno, á observar y cumplir fielmente lo estipulado y contenido en todos y cada uno de sus artículos, sin permitir que en manera alguna se contravenga á ellos. En fe de lo cual mandamos extender el presente instrumento de ratificación firmado de nuestra mano, sellado con el sello de nuestro despacho y refrendado por nuestro secretario encargado de los ramos de la Administración.

« Dado en la ciudad de Corrientes á trece días del mes de Octubre del año del Señor de mil ochocientos cuarenta y seis.

JOAQUÍN MADARIAGA.
Gregorio Valdés. »

Desde luego, no podía suponerse que Rosas aprobase esos ajustes: así lo creyó también Madariaga.

Sin embargo, Urquiza, sugestionado por los propósitos que se iban siguiendo, obedeciendo á la vivacidad genial de sus vistas ó realmente en un arranque de sus convicciones hechas,

adelantó esta grave declaración—« si el general Rosas no aprueba, esa será la señal de su desconocimiento y de mi separación de la liga federal ».

Era mucho decir; pero más que vanas palabras, produjo hechos que parecían una temeridad. Circuló sin demora á los gobernadores de las Provincias la participación del ajuste de Alcaraz, al mismo tiempo que lo hacía al gobierno central, en términos tan sobrios, que pasarían por inconsiderados, como no los atenuase en la correspondencia privada.

Firmar la paz sin referencia á nadie; dejar todas las ventajas al contrario; hacer público el hecho como acto propio; comunicarlo á su superior encareciéndole « el olvido de lo pasado », era anticipar, por lo concluyente, la misma aprobación que esperaba.

Las susceptibilidad de Rosas y su intransigencia autoritaria debió sublevarse cuando recibió esta nota:

“ Alcaraz. Agosto 14 de 1846.

« Al Excmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Buenos Aires, encargado de las que corresponden á la Confederación Argentina.

« Incluyo original el tratado de paz y amistad, que ha sido firmado por los comisionados nombrados al efecto por los respectivos gobiernos de Entre Ríos y Corrientes, para que S. E.

se sirva elevarlo al superior conocimiento del Excmo. Señor Gobernador Brigadier General D. Juan M. de Rosas, encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación.

«Ese importante documento manifestará á S. E., que nuestra hermana la Provincia de Corrientes, se halla incorporada á la liga Argentina del modo más sólido y permanente que pudiera esperarse: y también de que deben olvidarse todos los actos políticos que hayan tenido lugar durante la disidencia de la expresada Provincia, sobre los cuales pudiera quererse hacer recaer alguna responsabilidad.

«Espero confiadamente que él merecerá la superior aprobación de S. E. y me será devuelto con oportunidad para su ratificación.

«Dios guarde á S. E. muchos años.

JUSTO J. DE URQUIZA ».

CAPÍTULO III

SUMARIO: — En el ejército paraguayo — Encuentro con el general R. Dehesa — Francisco Soiano López: general de diecisiete años: su tipo — Paseo por la línea — Observaciones sobre ese ejército — La banda de música — Visita á López: su tienda: informaciones — Carácter del personaje: incidentes curiosos — Un auto de fe — Ordenes de marcha — Embarque.

El ejército paraguayo permanecía acampado en las inmediaciones de *Caucatí*, población importante y simpática.

Me dirigí á la carpa del general Dehesa, que tenía el mando de toda la infantería.

El encuentro fué grato. No nos veíamos desde Lima con este viejo amigo.

Departamos muy agradablemente, reclinados en el pértigo de su carretón, cuando se aproximó un jovencito que me pareció algún adherido al servicio del general. — ¿Cuál no sería mi sorpresa, cuando señalándome al recién llegado con cierta compostura, me dijo:— « el señor general López... » !!

El caso era como para dudar.— Aquéllo era inexplicable!!— No sabía uno qué cara poner delante de esta actitud parecida á una ironía, y que sin embargo era una evidente realidad.

Era el general Solano López un niño como de diecisiete años; grueso de cuerpo y bajo de estatura; cara uraña y ceño taimado: era por consiguiente poco atractivo.

Contribuía á achicar aquella jerarquía precoz el traje que vestía, semi paisano y semi militar. Chaqueta muy cortita de paño verde y cuello vuelto; pantalón azul con franja de oro muy angosta; y se cubría con una gorra sin visera, del mismo color y con la misma franja, cuya manga caía sobre el hombro derecho que acariciaba una borlita de oro.

Porte, aspecto y tamaño no delataban por cierto un soldado. Había que reconocer y acatar sin embargo á un general! — Ahí estaba su ejército tendido á lo largo de la pintoresca loma! — Ahí estaba concentrado en aquella personalidad infantil la fuerza más absoluta de su autoridad discrecional.

El general Dehesa me presentó al joven López como á un amigo estimado.

—El señor es el secretario general del ejército correntino: trae una comisión cerca del señor general.

—Está bueno, contestó; sin hacer la más ligera muestra de afabilidad.

—Esta comunicación es para el señor general, le dije. — Conservó el pliego en su mano sin abrirlo; y cuando se hubo agotado aquella conversación incoherente y vaga, en la que él no hacía gasto, y cuando hubimos fatigado un

poco las mandíbulas chupando el *petíparáa*, se retiró el *generalito* dándome un tieso apretón de mano.

Hicimos con el general Dehesa un largo paseo por la línea, y tuve ocasión de saludar á varios oficiales argentinos incorporados á aquellas fuerzas.

Era aquel personal una base inestimable para hacer un ejército.

Por lo pronto, era una aglomeración de fuerza vigorosa y lozana, sin educación táctica ni disciplinaria. Poseía apenas aquellas nociones muy elementales que son comunes á todas las milicias informes.

Su indolencia era igual á su alegría. Pasaban delante de sus jefes sin atención y estaban siempre en fiesta en el vivac: la guitarra y el canto tenían poco descanso. Su coreografía, *au clair de la lune*, estaba ya á la altura de aquella desgraciada *polka de punta y talón*, importada recién con grande conmoción del pavimento paraguayo.

En su alegría y en su algazara, más parecían estudiantes que soldados.

Eso no impidió que más tarde dieran alto ejemplo de valor heroico defendiendo su tierra.

Los jefes que por lo pronto los mandaban, eximios en sus gloriosas carreras, maestros del arte, habían improvisado cuerpos, sin darles

tan pronto ni la destreza ni el porte. No había cómo desprenderlos de sus propensiones geniales, que había que abandonarles en cambio de su decisión y de su voluntad.

Favorecía poco su actitud bélica la falta de uniforme y la falta absoluta de calzado, que ni usaron ni soportaron nunca.

Su banda militar era un *specimen* de aquella transmigración de los crepúsculos paraguayos en la luz más clara de horizontes nuevos.

Se componía de un conjunto numeroso de harpas, bastante sonadoras, á que se mezclaba el ruido extranjero de dos ó tres cornetas de cobre, manejadas por el director y dos acólitos.

Cuando marchaban á veces acompañados de aquel grupo musical, imaginaba una legión de bardos precediendo á sus guerreros celtas.

Me figuro que el harpa ha de haber sido preferida en el gusto de los pueblos místicos. La he hallado preponderante en el Paraguay y en Chile. Allá debieron dar el modelo los jesuítas: Su génesis en Chile no fué araucano. Era deleite de la clase media, la animadora incitante de la *chingana*, y por fin, la herencia exclusiva de los *rotos*.

De un modo ó de otro, aquella fuerza se habría batido con denuedo llegado el caso. Su valor se trascendía y su obediencia al *supremo* era profunda.

Muy temprano recibí al día siguiente un llamado de López. Eran las siete de la mañana cuando me presenté en su alojamiento.

Su tienda era un palacio, por su material, por su tamaño y por su forma. Su extremidad superior se apoyaba en una especie de mástil; la superficie era circular y su extensión muy vasta.

¿De dónde había salido aquel palacete envidiable, pero de arquitectura repudiada ahora? No lo supe.

Si fuera privilegio de la lona, gruesa y pesada, resistir por cientos de años, podría creerse la herencia de algún Ayolas ó de algún Cabeza de Vaca; pieza decorativa quizá, en la escena paraguaya de las viejas conquistas.

En el centro, y medio perdido en aquella plaza, estaba Francisco Solano López, sentado junto á una mesita de campaña.

Me ofreció asiento con su tiesura natural: me preguntó con interés por el gobernador y me pidió con indiferencia algunas noticias de actualidad.

Parecía humanizarse poco á poco; y me dió muestra de su blandura ofreciéndome de almorzar.

— He almorzado ya, señor general.

— Almuerce de este dulce, me dijo, haciendo seña á un asistente que aproximó una gran caja conteniendo dulce de huevo.

El desayuno era aterrante y desconocido en

el catálogo de las reposterías en uso. Lo acometí en el mismo original, ya que era preciso apurar aquella píldora matinal, que, contra mis inquietudes, hallé excelente.

Me fué servida una copa de caña del Paraguay, tan justamente afamada; y me permití preguntarle si él no bebía.

— Ya he almorzado, me respondió netamente, y continuó en su mismo tono sus preguntas.

Inicié mi comisión que ya conocía por mis notas. Venía encargado de asistirlo en cuanto necesitase en su retirada y su embarque al Paraguay. Todas las autoridades concurrirían en su oportunidad.

La parte esencial de mi comisión era procurar que se retardase todo lo posible su regreso.

Era necesario ganar tiempo en favor de los trabajos que se estaban haciendo, para vencer las indecisiones del Presidente del Paraguay á la continuación de la alianza.

— El regreso del señor general será muy lamentado en Corrientes, le dije, para explorar su ánimo.

Contra lo que esperaba, su disposición era favorable.

— Yo también quisiera quedarme: mi padre no quiere, me respondió.

Esta disparidad de gustos de familia era buen descubrimiento. Sobre todo, me daba entrada en la continuación del tema.

Me dió á entender que la separación del

general Paz en la dirección de la guerra, había destruído la confianza de su padre. Aquel jefe tenía gran prestigio en su ánimo. Desde su separación empezó á disponerse el regreso del ejército.

—Malo para Corrientes, me dije para mí. . . .

—Don José M. Paz es reconocidamente un gran general, continué yo, pero no es el único soldado. El ejército del Paraguay y el de Corrientes son invencibles; y usted sabe por experiencia que en la guerra importa más el valor que la sabiduría.

—En ese punto, me dijo, al soldado paraguayo no lo vence nadie!

—Ya lo sé; y por otra parte mandado por un jefe competente y querido, tendrá siempre la victoria.

No lo sonrojó el cumplimiento; no tenía que extrañarlo; pero aquí empezó á desbarrar el muchacho terrible y á mostrarme los quilates de su vanidad.

El no había tenido que aprender nada al lado de Paz. Conocía todas las armas, aunque era su predilecta la caballería. Refería en esa ocasión, historias de peligros superados que atestiguaban su temeridad, cuidándose poco de disminuir exageraciones. Estaba seguro de ser creído.

En este camino íbase haciendo más expansivo pero no menos tieso: los temas le halagaban y presumía que andaríamos bien.

No perdía nada en bosquejarle perspectivas que exaltasen sus devaneos militares. El camino que le estaba reservado era brillante en las armas, y debía aprovechar esta ocasión para levantar más su nombre. El Paraguay debía salir de su aislamiento y tomar su puesto en el mundo. El sería seguramente su campeón!

Subí el diapasón todo lo posible, pero me detuve. Había tomado demasiado vuelo; y por poco le cuento aquel soberbio apóstrofe de César:—« á los veintiún años ya Alejandro había conquistado el mundo...! ».

No había peligro en aventurar el recuerdo histórico.

Tenía ya noción hecha de la educación moral de aquel joven, de la suspicacia que se revelaba en su aspecto y de la vanidad cultivada en esa alma.

Un incidente inmediato me mostró su temperamento.

En el mástil que sujetaba la tienda había afirmada una manoplia. Su maestro de esgrima era un italiano viejo, director de la banda; pero entiendo que no debía estar muy orgulloso de los progresos del discípulo.

Me preguntó López si tiraba.

—Muy poco le respondí: puedo decir que apenas.

—Tiraremos *unos cortes*, me dijo, descolgando él mismo los floretes.

Desde que tomó su guardia ví que no sabía

pararse. Iniciamos el abecedario: á mí me tocó parar; y cuando me trajo por segunda vez su asalto, se tendió demasiado y se le cayó el florete.

Me apresuré á levantarlo; y me quedé asombrado del cambio repentino de aquel semblante. Era rojo; la mortificación súbita estaba pintada en su cara: era rabia sofocada. Puso el florete sobre la mesa, y como balbuceando me dijo: « dejemos.... ».

Procuré tomar el incidente como muy natural, como era, para atenuar el efecto; pero él no dijo palabra ni para explicar el lance.

Inquiriendo más tarde los rasgos geniales de su carácter, no extrañé aquel arranque de irritación y de intemperancia que había presenciado.

Cuando me retiraba á mi alojamiento, íbame dando cuenta de aquella larga é incómoda visita. A pesar de todo no había perdido mi tiempo. Había adquirido informaciones importantes entre lo que ví y lo que me refirieron.

Don Carlos Antonio López reiteraba á su hijo la orden urgente de retirarse al Paraguay. Este me dejaba comprender que los negocios de alianza en gestión andaban mal....

A despecho del respeto filial, el generalito se hallaba contento de su comando. No sería tan difícil demorar un poco la partida que se estaba preparando.

Su retirada apartaba desde luego á todos los jefes y oficiales argentinos, y quedaba malograda aquella aglomeración de fuerzas viriles.

La permanencia del Delfín paraguayo interesaba seriamente.

Dos días después me dijo Solano López, que una comisión de damas de Caacatí le había ofrecido un baile de despedida. Había aceptado la invitación con placer.

El comandante del departamento lo invitaría también á unas fastuosas carreras; puede decirse que toda la semana sería de fiestas.

Dolorosamente el tiempo corría pronto y ya no se diferiría mucho más la partida.



En estos días presencié en el campamento una de esas escenas asombrosas é inolvidables.

Se habían recibido grandes cajones conteniendo morriones de suela, fabricados en el Paraguay.

Parecía absurdo realmente que todo aquel ejército mantuviese el uso de su sombrero común.

Aquella forma y aquella fabricación era tradicional en su país. El tejido de paja ó de cerda, era consistente como una muralla y el tamaño como el de una catedral. Era único en el planeta.

Era la balija, era la cartera, era el arca de

Noé de aquellos ciudadanos. Iba depositado dentro todo su capital, toda su propiedad; el grueso y abultado pañuelo de *yerbas*, los útiles de *toilette*, sus navajas, su peine, también su bolsa de tabaco y hasta el tintero de aspa y la acostumbrada pluma de ave.

Era una montaña de peso y de tamaño aquel sombrero adorable. Era perfecto, por la fuerza del hábito y del cariño entrañable á aquella adherencia secular. Aquella pieza monumental no se movía de su base sino en el sueño.

Y sin embargo, Solano López conspiraba contra aquella idolatría profunda!! En un devaneo caprichoso de su orgullo militar, iba á destruir aquella encarnación empedernida en el génesis de las costumbres privilegiadas.

Al llamado del Estado Mayor, formaron los cuerpos para disponerse á la ingrata transformación. Abriéronse los cajones y acudieron por compañías á proveerse del nuevo atavío.

Eran de verse aquellas caras mustias, pesarasas, afligidas. Se despedían de sus viejos é inseparables compañeros!

Una enorme calamidad se había desplomado imprimiendo aquel aspecto de pesar y de duelo.

Imponía aquel silencio angustioso, é interesaba aquella actitud de dolor. Eso se explica: aquél fué un asalto repentino á las costumbres inveteradas, sin compensación atenuante de mejoramiento evidente. El morrión aquel era toda una provocación.

La protesta era uniforme pero inútil: la única que era posible; la del silencio profundo.

Habían quedado en el campo enormes montañas de sombreros, cuyo aspecto debía ser mortificante para los doloridos. Se les prendió fuego y no tardaron en levantarse las llamas, chisporroteando con estrépito pirotécnico.

Por algunas horas siguieron ardiendo aquellas piras devastadoras.—Tres siglos antes no habría de dejarse de reflejarse en ellas Felipe II. En este auto de fe no se quemaban herejes, sino una afección profunda y la paja grasosa de los sombreros condenados.

Aquella noche no hubo guitarra, ni canto, ni *punta y talón*. Esa juventud constantemente alegre y bulliciosa, permaneció triste.

Aproximóse el ejército al Paraná y pasó al Paraguay por el « Paso de la Patria ». En ese punto que había de ser más tarde la portada de una memorable campaña llevada al corazón de aquella República, en la que corrió abundante la sangre y en la que lidió de ambos lados un valor homérico.

El boceto de la primera juventud de Solano López no es inútil conocerlo. Son los comienzos de una vida dolorosamente célebre en la historia contemporánea de cuatro naciones de Sud América.

No obstante lo que de él conocía, nunca hu-

biera sospechado su sangriento porvenir, ni descubierto las propensiones que había de desarrollar, hasta traer sobre sí la poderosa coalición de tres grandes naciones, que derribasen su terrible poder y su vida.

Lo veo pisar la orilla de su tierra, pero sin presumir que ese niño soberbio iba á preparar, no muy tarde, el drama formidable de la guerra del Paraguay.

La oficialidad argentina hizo allí sus cordiales despedidas y se retiró á la capital de Corrientes.

CAPÍTULO IV

SUMARIO:—Silencio de Rosas—Confidencias significativas del general Urquiza—Cordialidad más íntima con Corrientes—Aspecto de las cosas por el Paraguay—Agradable visita del comandante brasitero Osorio—Presunciones gratuitas sobre esta visita—; Contestó Rosas!— Conflictos del general Urquiza: la actitud que asume—Nuevo tratado—Corrientes lo resiste—La negociación se hace difícil—Su ruptura— Incidentes.

Entre tanto D. Juan M. Rosas no contestaba una palabra sobre los tratados de paz.

Sus muchas atenciones motivaban sin duda estas demoras..... El estudio del asunto le tomaba tiempo..... Será materia de unos días más.....; la verdad es que Urquiza no se hallaba tranquilo. Divagaba entre conjeturas y mortificaciones.

Su amor propio estaba resentido contra aquella extraña indiferencia en asunto tan preferente. Su orgullo se sublevaba y lo llevaba á producirse á veces con imprudencia.

En una carta que sobre el estado de las cosas escribía el 8 de Noviembre del 46 al gobernador delegado de Entre Ríos, Dr. Alvarez, su confidente y su asesor privado, le decía:—«Hasta
« hoy el señor Rosas no me ha contestado una
« palabra, ni sobre el mencionado preferente
« asunto, ni sobre otros, siendo todos ellos

« favorables para él y para su gobierno....
« Veremos por qué rumbo se nos viene el señor
« encargado de los negocios generales de paz y
« guerra; y le observaremos respetuosamente
« con toda madurez y cautela, que según el
« aire de su marcha política, será también la
« nuestra ».

El estado de su ánimo se revela en esa confianza. En ella se afirma la declaración que le hacía á Madariaga—«si Rosas desaprobare los tratados, esa sería la señal de su desconocimiento ».

La correspondencia con Corrientes era diaria, siempre y siempre firme en los acuerdos, y procurando explicar de modo plausible las demoras de Rosas, que lo ponían á él en situación desairosa.

La posición individual del general Urquiza con relación á la política, era difícilísima y peligrosa. Había que sostener y prestigiar á Corrientes, base muy principal de sus propósitos. Había que desarmar á Rosas y arrancarle deferencias imposibles; y no había realmente la seguridad de renovar una alianza.

En el Paraguay, entre tanto, era incommovible el terreno en que estaba D. Carlos A. López. Declaraba su resolución de incorporarse á una alianza pero bajo condiciones y garantías anticipadas. Exigía pronunciamientos previos; y ofrecía en presencia de ellos, concurrir con todos sus elementos á la lucha.

Los trabajos por esa parte no auguraban sino oscuridades y dudas: así continuaban.

La acción de Urquiza era siempre alentadora. Sus cartas y sus agentes se sucedían, y se hacía una especie de ostentación de la sincera reconciliación de ambas Provincias y de la inquebrantable amistad de sus gobernantes.

Entretanto se prolongaba el mortificante mutismo de Rosas.

En estos días tuve la fortuna de conocer y de estrechar amistad con el comandante Osorio, oficial muy distinguido del imperio del Brasil.

Sus altos méritos militares lo levantaron á muy elevada jerarquía en su carrera y fué honrado con el título nobiliario de Marqués do Herval.

Lo traían á Corrientes, según decía, asuntos puramente particulares.

Se alojó conmigo, y protesto que su corta compañía fué para mí inapreciable. El carácter más franco y más desembarazado en todos sus rasgos; festivo, natural sin trivialidad, viril sin ostentación, amigo de los equívocos joviales en su trato. Su tipo era hermoso, abierto y simpático; y en sus ojos, que revelaban gran viveza y gran penetración, no podía ocultarse un poco de malicia burlona.

Paseábamos á caballo todas las tardes y á veces era de la partida el gobernador, que tenía

gran consideración por él. Se inclinaba á tomar con preferencia la dirección de los cuarteles, especialmente á la hora de lista.

En sus conversaciones le era agradable conocer todo lo que se relacionaba con el ejército, la importancia respectiva de los jefes, las peripecias de la campaña del general Paz y los acontecimientos que motivaron su separación.

Estas informaciones eran muy naturales en un hombre de su trascendencia, y mucho más en un soldado. Si tenían mayor alcance en el interés de la política, no era tampoco raro, tratándose de acontecimientos que se debatían en las cercanías de su país que podrían seguramente afectarlo.

Fuese ó no este viaje, como se insinuó, una exploración militar, ni lo inquirí, ni me hizo de ello ninguna confidencia. Nuestra conversación sobre las cosas públicas fueron siempre absolutamente francas.

Si el ojo de la política brasilera no quería permanecer cerrado delante de situaciones tan conmovidas, eso mostraría que desde entonces, buscaba el lado de los antagonismos contra Rosas, y que afirmadas las coaliciones desvanecidas de Corrientes, pudieron muy bien ser ellas la base de las que condujo Urquiza á Caseros.

El gobernador Madariaga, por indicaciones ó por datos, no creía ajeno este viaje al interés de la política, y á veces en tono familiar y ale-

gre, solía traer la conversación á la imposibilidad de que se evitase una guerra infalible con el Brasil.

«Nosotros no queremos guerra con nadie» decía Osorio, con esa bonomía medio zumbona que empleaba en la conversación. «Pero es que los pendencieros saben buscar sus razones»—le argüian con la misma sorna—«Oh! Rosas tiene mucho con que entretenerse: tiene de sobra».

Cuando he pensado en ésto, me parece que las impresiones con que regresó Osorio, no debieron ser muy favorables á la situación que encontró. Su referencia insistente á la superioridad reconocida de Paz, dejaban ver que en su separación se hallaba un poderoso argumento de declinación.

Cuando lo visité en Bagé, lugar de su comando en la frontera, ratifiqué esta idea, porque sin ampliar juicios me dijo: «yo había previsto que el resultado de los sucesos les sería á ustedes funesto».

Cuando se despidió de nosotros, nos dejó las más amistosas y las más duraderas impresiones.

Le ofrecí mandarle un buen caballo que desaba tener. Se buscó con empeño en los departamentos. Vinieron dos; pero llegaron cuándo la guerra iba á estallar de nuevo y el envío á Uruguayana era aventurado.

Por fin contestó Rosas! Mal presagio su silencio; peor presagio su palabra.

El general Urquiza debió sentir una impresión de hiel al recibir lo que con tanta ansia esperaba. Si hubiera recibido la negativa de su aprobación al ajuste de Alcaraz, ya tenía anticipado la actitud resuelta que asumiría. Si hubiera recibido la aprobación completa, francamente, no atino con el giro que habrían tomado los sucesos.

Pero ahora, la contestación no era gaje de avenimientos condicionales, sino acto terminante de severa imposición. En todas las cláusulas y convenios veía postergada su autoridad suprema como jefe de la Confederación: su orgullo estaba vejado! En ninguna parte veía las declaraciones de subordinación y sometimiento; ni de las obligaciones que contraía Corrientes, ni los pronunciamientos enérgicos contra todos los elementos antagónicos y en lucha contra su gobierno.

Sobre este canavá de ideas imposibles, trazó Rosas el modelo de un nuevo tratado con que debía sustituirse ó ensancharse el de Alcaraz. Como lo aseveraba su autor, este modelo sí que contenía todas las generales de la ley.....

A pesar de ésto, el gobernador de Corrientes rechazó la reforma con observaciones muy razonadas y argumentos inconmovibles, sosteniendo que había ofrecido en obsequio á la paz, incorporarse á las demás Provincias lealmen-

te, pero conservando todos los atributos federales de su propia autonomía. Todas las estipulaciones en que pudiera abundar no saldrían jamás de aquellos límites.

Pero el general Urquiza, confiando en su acreditada adhesión á Rosas, le observó que en obsequio á la situación excepcional de Corrientes, defriese á algunas concesiones de secundaria importancia.

El se encargaba de convencer por completo al gobernador de Corrientes en una negociación que se reabrirla.

En efecto, Urquiza acreditó oficialmente á su ministro el coronel José M. Galán, que se trasladó á Corrientes, en donde se siguió una larga discusión, con las interrupciones, consultas y explicaciones reservadas.

El general Urquiza, entre tanto, manifestaba reconocer la justicia de las exigencias de Rosas; y hallándolas por nada inconvenientes para Corrientes, aconsejaba su aceptación, quedando subsistentes y firmes los propósitos políticos y amistosos que ambos gobernantes cultivaban.

Estas veleidades muy comunes en el carácter político del general Urquiza, podían pasar por efectos necesarios de su posición difícil; pero reiteraba su afirmación á los pactos íntimos, cuando Madariaga le recordaba el compromiso contraído de sostenerlo.

Pero la situación del general Urquiza sí que

era insostenible en el terreno de las ambigüedades! Su papel conciliatorio estaba concluído: no tenía ya otro rol que el de la completa obediencia.

Rosas lo entendía así y le hacía más difícil aun esa situación: no entraban los sentimientos de fraternidad dentro de su política implacable. . . .

Su carácter sigiloso y desconfiado, dejaba escapar sospechas sobre la actitud dudosa de Urquiza y sus arriesgados propósitos. Dejaba sentir su preocupación; y entre sus órganos y sus secuaces, se susurraban versiones depresivas de la lealtad del general.

Estos amañes llegaron pronto á conocimiento de Urquiza y provocaron su justo y profundo resentimiento. Esta actitud nueva de las cosas, la hacía sentir en el tono más apremiante con que urgía á Madariaga por la adopción sin resistencias del nuevo tratado.

Los esfuerzos del comisionado Galán, redoblaban su lánguida peroración ó ensayaba subir el tono de las perspectivas asarosas é imponentes. Todo era lo mismo: la negociación continuaba sin debilitar la actitud de Corrientes.

Un cuadro nuevo y de otro género se presentaba en la arena de los acontecimientos; cuadro que no era escaso, por cierto, en ruidosas peripecias.

Los ultrajes más directos y más colorosos contra el general Urquiza, eran los que partían

de Buenos Aires mismo, inspirados en la susceptibilidad del *celo federal*.

La ostentación del patriotismo hasta el sulfato del amor cívico, como el catálogo de todas las virtudes del ciudadano, se cernían en una propaganda retumbante y atronadora.

Había resaltante interés en perderlo con el mismo Rosas, con todos los recursos de la instigación, negándole públicamente hasta su valimiento militar y político.

Sus hechos no fueron sino la ejecución de mandatos del superior: él no podía sino temerariamente atribuirse nada propio.

Se hicieron tentativas para aseverar con hechos su impopularidad en Entre Ríos; y el mismo Urquiza recogió denuncias de sus fieles soldados del Diamante y pruebas fracasadas de las tentativas del soborno.

Sus amigos sinceros se apresuraban á comunicarle hasta las provocaciones más hirientes, pero atribuyéndolas á la inventiva calumniosa de los enemigos exteriores, interesados en la tarea de sembrar la anarquía entre los leales.

Ya no era posible mantenerse en silencio delante de tantas ofensas, que debían tomarse por amenazas serias, desde que las toleraba y seguramente las estimulaba Rosas.

Es fácil imaginar la violencia que abrumaría el ánimo de Urquiza, combatido de todos lados. Corrientes, disintiendo con la actitud en que él había necesitado colocarse, era una conquista

perdida por el lado de las simpatías. Todos los parásitos en su misma congregación federal, mordiendo y destrozando su autoridad con la vocinglería de sus insultos. Los émulos, como él lo dice, azuzando el ingenio demoleador para perderlo. . . . y sobre todo, Rosas no ponía la mano sobre tantos y tan apasionados detractores!!

Ya no se bastaba á sí mismo: estaba minado. Tenía que esperarlo todo de Rosas, y que buscar ese apoyo que le debía, reavivando las pruebas desfiguradas de su constante adhesión.

Aquel apoyo era más poderoso que nunca. La prepotencia de Rosas había crecido en estos momentos, en que acababa de desembarazarse del peso de las intervenciones de Francia y de Inglaterra, que habían levantado el bloqueo largamente mantenido por sus escuadras.

Su autoridad intransigente se hallaba doblemente robustecida; y el general Urquiza que soportaba el peso abrumador de estos hechos, se sintió empujado á tomar su partido.

Su inspiración fué certera. En realidad su actitud fué decorosa. Escribió á Rosas en términos enérgicos, denunciándole todos los medios que se ejercitaban para lastimar su reputación: le señaló en torno de él á sus gratuitos enemigos y pidió su represión en nombre suyo y del pueblo entrerriano, que estaba desde muchos años á la vanguardia de los ejércitos en combates constantes.

No tubo reparos ni para los nombres propios bien colocados cerca de Rosas, ni para entidades de primera fuerza como jerarquía en las armas y en el gobierno. Así es que, llevando su queja contra el general Echagüe, gobernador de Santa Fé, su compadre y su émulo, hacía resaltar la culpa de fomentar discordias entre esos dos pueblos vecinos. Entiendo que el general Echagüe procuró desvanecer estos cargos, que Rosas no habría estimado en mucho por la predilección con que lo distinguía.

La comunicación de Urquiza fué seguramente eficaz. Sirvió probablemente para que se tocase el botón con que repentinamente se impuso silencio.

El mal aspecto de la negociación, necesariamente iba despertando grandes inquietudes. Se presumían nuevos conflictos si no se arribaba á una terminación.

Esta parecía imposible, porque no quedaba lugar á términos conciliatorios. Tenían que ser fatalmente extremos.

Rosas había propuesto un nuevo tratado con elementos discrecionales. El general Urquiza, negociador directo, los aceptaba. La fuerza decisiva estaba de aquel lado.

Entre tanto, Corrientes proponía reformas que cohonestasen su interés, reformas que no eran aceptadas y que no estaba dispuesto á abandonar.

Manteníase la correspondencia diaria en lenguaje siempre cordial, pero afectado. Se traslucía el descreimiento en los propósitos que se iban persiguiendo en esta situación nueva.

Toda aquella firmeza en las ideas concertadas había declinado.

La fuerza de las cosas imponía al corazón y al ingenio su contingente, para atinar mejor con los medios de responder á su interés respectivo.

Se manifestaba el del general Urquiza, en el empeño que mostraba en precipitar la terminación del tratado. Mostraba hasta impaciencia por una solución.

En efecto, el comisionado Galán obedeciendo órdenes, comunicó de pronto—que daba por terminada toda discusión, pidiendo perentoriamente sus pasaportes.

Este acto no sorprendió: se esperaba; pero convenía á Corrientes ganar más tiempo, no ya con el ánimo de torcer ni debilitar los peligros á que la exponía una ruptura, sino la necesidad de prepararse contra ellos.

Corrientes no quería quedarse con la responsabilidad de la guerra, cuando tan cerca apareció de la realización de la paz. Era deber suyo gestionarla hasta el fin, para contar con la confianza y la adhesión uniforme en la renovación posible de la guerra.

Era indispensable dejar clara su actitud en este debate que iba á romperse, y era forzoso prolongar todavía la discusión.

La resolución que tomó por de pronto el gobierno de Corrientes, no andaría muy de acuerdo con el derecho de gentes, pero lo estaba seguramente con su necesidad urgente. Negó los pasaportes al comisionado Galán, en los términos del mayor comedimiento; y le hizo saber que llevaba cerca de sus mandatarios consideraciones que serían quizás plausibles para un avenimiento, que ellos mismos no desdeñarían tratándose del supremo bien de pueblos argentinos.

El señor Galán no esperaba esta salida, contra la que protestó en una nota llena de razones que era difícil contestarle.

Contra lo que se esperaba, la negativa de los pasaportes no fué motivo de cargos ni de reclamos. Tanto D. Juan M. Rosas como el general Urquiza, parecían deferir á la espontaneidad de un acto que estaba inspirado por sentimientos aceptables.

Había sido comunicado con celeridad en una nota en que el gobierno de Corrientes, más que todo, hacía resaltar su modo de conducirse en esta negociación desde Alcaraz, declinando todo cargo que se pretendiera inferirle, si se insistiera en dar por terminada la negociación.

El tono de las relaciones oficiales, puede juzgarse por esta nota, en cuyo lenguaje se mantiene la más irreprochable cultura, en medio de la tirantez y la reserva del estado político:

— Corrientes, Junio 6 de 1847.

« Tiene el honor de significar á V. E. (escribía Madariaga á Urquiza) que á virtud de la alteración que han sufrido los negocios de paz pendientes, por causas aun desconocidas al infrascrito, se permitió la franqueza de demorar su pasaporte al señor Comisionado Especial por parte de V. E., como emanada de los deseos conciliatorios que animan á este gobierno, conservando el *status quo* hasta obtener las explicaciones que era natural aguardar de V. E. Pero si este gobierno no tiene la complacencia de ver satisfecha la mente que lo guiaba en aquel paso, no pretende prolongar más, por su parte, la ejecución de las órdenes que V. E. ha tenido á bien impartir á su Comisionado Especial para que se retire de esta Provincia, y con tal objeto le ha enviado su pasaporte y puesto á su disposición el pailebot que debe conducirlo á ese destino.

« Es doloroso al infrascrito ver alejarse de Corrientes al señor Comisionado Especial, sin haber llenado los nobles objetos de su importante misión, pero le queda al menos la satisfacción de no haber perdonado medio alguno que condujese estos negocios á una feliz terminación.

JOAQUÍN MADARIAGA ».

El mismo lenguaje se mantiene con la cancillería de D. Juan M. Rosas, á la que se dirigió Madariaga al mismo tiempo que á Urquiza, en esta ocasión tan extrema, para justificar su actitud y su derecho.

De esa última nota y por su mucha extensión se limita la transcripción á estos párrafos:

“ Corrientes, Junio 22 de 1847.

« La conciencia de este gobierno, tranquila sobre la buena fe que acostumbra usar en sus actos, le indica dirigirse á V. E. en esta ocasión, para acentuarle su marcha en este negocio del interés general de la Confederación y someter á su conocimiento (como en copia lo hace) todas las comunicaciones que obran en este asunto, sin que le sea posible explicar el curso que haya tomado posteriormente.

« El infrascrito espera que V. E. considerará con interés un asunto que envuelve el bien-estar presente y la suerte futura de pueblos que, cansados de la guerra, se alejan de los grandes destinos á que la naturaleza les provoca con los recursos que ha encerrado en su seno, y gastando en una lucha fratricida las fuerzas que debieran emplear en su engrandecimiento.

« Si después de la franca exposición que el infrascrito cree de su deber hacer á V. E. por la ingerencia que le compete en este vital

« asunto, fuesen ineficaces sus justos razona-
« mientos, hijos de su deseo ardiente para
« lograr el grande y noble objeto de la paz, le
« quedará al menos la seguridad de haber
« propendido, con todos sus esfuerzos á apartar
« el horror de consecuencias fatales, y habrá
« correspondido á la confianza de este pueblo.
« que no podrá reprocharle jamás olvido
« alguno de medios eficaces para asegurar su
« suerte, antes de aventurarla en el sendero
« incierto de nuevas luchas, que su razón
« rechaza y á que sólo la necesidad de su con-
« servación podría impelerlo. No lo espera sin
« embargo el infrascrito, porque confía en que
« su condición respecto de la Confederación, lo
« garante ya de una actitud que es tiempo que
« cese entre pueblos hermanos.

JOAQUÍN MADARIAGA».

Era consiguiente que Rosas no aceptara sin observar de incorrección la dirección dada á esa nota. No se consideraba el negociador, facultad deferida al general Urquiza, con cuya intervención directa se seguía esta negociación.

Sin embargo de la autoritaria acentuación con que se hace sentir lo que se califica un error, vuelve luego á la exposición abundante de sus propósitos pacíficos, como es de notarse en estos párrafos finales de la nota del doctor Arana, ministro general del gobierno de Buenos Aires:

— Buenos Aires.

..... « V. E. ha obrado en un concepto
« muy equivocado, pretendiendo podría con
« separación de la persona encargada de la ter-
« minación de este asunto, dirigirse á este go-
« bierno general y concluirlo con él, hallándose
« confiado á la ilustración y lealtad del Excmo.
« Gobernador de Entre Ríos, lo que ya se
« dejó traslucir en la carta de V. E. á dicho
« Excmo. Señor, de 28 de Enero último. Porque
« no es sino con dicho Excmo. Señor General
« que V. E. debe entenderse para la conclusión
« de un arreglo de presente y hasta la termi-
« nación del convenio.

« Pero el Excmo. Señor Gobernador en medio
« de tan inconciliantes procedimientos como los
« que han tenido lugar en Corrientes, y de la
« repulsa que ha hecho, aun se halla animado de
« sentimientos pacíficos; aun quiere lisonjearse
« de las manifestaciones de paz y buena armo-
« nía expresadas en la nota de V. E., que el
« infrascrito contesta, á pesar de observar que
« V. E. persiste en sostener la inconveniente é
« inadmisibile modificación que propuso sobre
« el proyecto de tratado de este gobierno, ten-
« diendo claramente á anular el derecho, la
« legalidad y el mismo pacto federal de la Confe-
« deración, al establecer V. E. que al reser-
« varse el derecho de modificar las bases

« propuestas por este gobierno, lo hizo—*en*
« *aquella parte que comprometía la tranquilidad interior*
« *de la Provincia y en uso de un derecho que la forma*
« *política de la Confederación le acuerda, y que no le*
« *dispensa el deber de su posición.*

« En dicho sentido es, que haciendo un mayor
« esfuerzo en obsequio de la paz, para obtener
« por la razón la aquiescencia de V. E. al
« proyecto propuesto, antes que apelar al forzo-
« so y lamentable medio de las armas, y abun-
« dando en moderación y deseos de un arreglo
« honroso con V. E., ha ordenado al Excmo.
« Señor Gobernador General Urquiza, proceda
« á manifestar á V. E. detalladamente las expli-
« caciones y resolución definitiva de este go-
« bierno, adoptadas desde el 1º de Marzo último
« y comunicadas á él desde esa fecha.

« Si á pesar de ésto, V. E. no abandona sus
« expuestas pretensiones, el gobierno del infras-
« crito declara que V. E. cargará con toda la
« enorme responsabilidad de las calamidades
« que sobrevengan por persistir en exigencias
« inadmisibles, y rehusar concertarse con la
« Confederación, adoptando una marcha digna-
« mente federativa, nacional y americana, úni-
« ca de común utilidad y recíproco honor.—
« Dios guarde, etc.

Felipe Arana ».

CAPÍTULO V

SUMARIO:—Horizontes cargados: aspecto de tormenta—Vaguedades de la opinión—Impresiones dentro y fuera—Los particulares se precaven—No hay desaliento—Condiciones del gobernador—Colocacion de las fuerzas—Síntomas de hostilidad—Tirando el guante—Fuego con pólvora—Romería al Brasil: viajeros notables—Crisóstomo Alvarez.

Empezaba á soplar ese vientecillo destemplado, que se arrastra por el suelo barriendo el polvo y las basuras; ese vientecito que precede casi siempre á las tempestades.

Advertencias de precaución que cada uno recoge y aprovecha. Los unos amarran las velas, los otros aseguran sus haciendas, apuntalan sus obras; y todos se aseguran presurosos contra la tormenta.

Se veían celajes en el cielo y de cuando en cuando algunos relámpagos. Eran como anuncios de nuevos conflictos, apenas conjurados.

Algunas personas que no tenían confianza en la actualidad, pretestaban viajes al Brasil. Hacendados de consideración solicitaban traspasar sus ganados á Uruguayana ó al Paraguay. Los que son de nacimiento antagonistas de las armas, procuraban con tiempo distanciarse. Aquí entra el expediente de las papeletas

para los aneurismáticos profundos, para los niños héticos, siempre defendidos por el celo lloroso de la mamá influyente. Los consulados entran en juego, habilitando ciudadanías con la mayor discreción: el común rutinario de la sociedad se nota en cierta agitación por todos los extremos de la Provincia.

Las noticias discurren sin rumbo, con esa movilidad de la grímpola cuando no obedece al viento fijo. Los editores y los emisores asumen su fecundidad de ocasión: los más advertidos inquietan en fuentes autorizadas. Lo de siempre: no hay nada!

Y en efecto, no hay nada que determinar pero mucho que presumir. Este aspecto del espíritu público, no es más que el efecto magnético de la presunción que va cundiendo y va saturando todos los ánimos.

Esta misma inquietud y estos mismos temores se sentían fuera. En algunas partes no estaban inmóviles las simpatías, pero ellas por desgracia no alcanzarían á ser útiles.

Desde Santa Fe se sometían planes reservados de una cooperación posible. Se ofrecían personalmente ciudadanos aguerridos, algunos de los cuales concurrieron.

Del Brasil llegaban consejos bien inspirados: advertencias atinadas; votos de aliento.

Varela que en el «Comercio del Plata» había estimado los acuerdos de Alcaraz como presagios venturoso, con estas palabras conceptuosas

—«una revelación importante de sucesos, de muy largas y muy felices consecuencias»— escribía á Madariaga en esta ocasión «Corrientes hace prodigios....! Pero Corrientes está sola...!» No se esperaba mucho bien por Montevideo.

No faltaban de cerca voluntades abnegadas y resueltas: amistades que se prueban en el terreno. Algunos amigos del gobernador, voluntaria y gratuitamente se encargaron de aumentar el parque, no mal provisto, y condujeron armas por vía del Brasil.

Es de advertirse que el material de guerra de Corrientes no era escaso; que sus talleres y maestranzas no habían cesado de funcionar; y por consiguiente no había necesidad de producirse ningún movimiento extraordinario, que en estos momentos habrían aumentado inquietudes y alarmas peligrosas.

El gobernador Madariaga estaba rodeado de la confianza general. Es también lo que sucede en las crisis populares: la voluntad se inclina á rodear á los espíritus fuertes. De esta personalidad había recogido el pueblo gajes continuados de su lealtad, de su honradez y de su firmeza. Había visto el aliento con que propendía á asegurarle la paz; y ahora que la seguridad podía peligrar de nuevo, su gobernante venía á refor-

zar su autoridad con el concurso espontáneo de todos.

Era el señor Madariaga un hombre de inteligencia clara, de temperamento sereno y de valor probado. Un hombre tranquilo y firme. Su probidad era universalmente reconocida.

Su primera educación la hizo en Buenos Aires al lado de la conocida familia de su nombre; y en su provincia natal estaba vinculada á los Acosta, á los Cósio, á los Lagraña, la primera etapa de los nombres más antiguos de Corrientes.

En las guerras civiles á que era imposible sustraerse, se distinguió por sus ideas y por su denuedo. El desastre del « Arroyo Grande » lo obligó á asilarse en Uruguayana con muchos de sus compañeros; y allí se organizó un centro con el propósito audaz de llevar una reacción armada á Corrientes.

Madariaga se puso al frente de la cruzada y pasó el Uruguay, dando el nombre de « Paso de los Libres » á la aldea correntina que es hoy un puerto de cierta importancia.

Libróse una batalla contra las fuerzas dominadoras en la llanura de la « Laguna Brava » y triunfó completamente la reacción invasora.

Llevado al gobierno el señor Madariaga, procedió á realizar una activísima reorganización de la provincia, á reunir todos los elementos de acción previendo seguras amenazas; y pronto estuvo en actitud de presentar fuerzas considera-

bles á cuyo frente puso al general Paz, con los designios ya conocidos.

Tenía razón para contar con la confianza de su país, sintiéndose con calidades de carácter para llenar los deberes de su puesto en situaciones azarosas.

Algunos años después de estos sucesos y cuando el general Urquiza se hallaba al frente de la presidencia, escuché con gusto juicios muy honrosos que se complacía en hacer sobre su antiguo adversario.

No se habían descuidado las previsiones atinadas en medio mismo de las congratulaciones de la paz.

La confianza no llegó hasta el candor; y el gobernador de Corrientes mantuvo en pie y en colocaciones estratégicas algunos buenos cuerpos de ejército.

El coronel Nicanor Cáceres, el más diestro guerrillero según lo dice el general Paz en sus Memorias, permanecía situado en la frontera. Tenía á sus órdenes las caballerías muy renombradas de Curuzú-cuatiá, Pai-ubre, etc., que obedecían más que á su jefe á su caudillo.

En el campamento de Villanueva se mantenía una división de dos mil hombres, al mando del general D. Juan Madariaga.

Un Estado Mayor con algunos regimientos, se hallaba en el lugar denominado «Oratorio de Rolón», en donde el gobernador tenía establecido su Cuartel General.

De la colocación de estos cuerpos, así escalonados, se podría deducir que estaba bien calculado el movimiento de una concentración sobre Villanueva; y en caso indicado, una operación rápida sobre Entre Ríos.

Ello es que el ejército se había mantenido en esta actitud durante todo el tiempo de la negociación de paz y que así se mantenía en este interregno incierto.

Las noticias que se recibían de Entre Ríos no eran tranquilizadoras. La correspondencia empezaba á restringirse como en tiempos de guerra. Los agentes avisaban con cautela que se hacían citaciones á las milicias. Que el general Urquiza aumentaba sus tropas en el campamento de Calá; y sin embargo de estas noticias bien confirmadas, ningún acto provocativo se había sentido.

Así iban pasando esos días de incertidumbre; y aunque las comunicaciones con el general no se habían interrumpido del todo, no eran sin embargo muy expresivas. Por supuesto que no faltaban las protestas de amistad, y el deseo de

hacer en todos los momentos los mayores esfuerzos por evitar la guerra.

Una de sus cartas últimas, bajo formas tranquilas, estaba concebida en términos que no dejaban duda de la disposición del general Urquiza para acometer su campaña sobre Corrientes.

Obedeciendo á impulsos de dignidad personal, justifica su lealtad á la amistad y á la naturaleza de los vínculos que la habían estrechado, y lamenta que en un caso extremo tendría que llenar, con gran pesar, sus deberes de soldado. . .

Dice así un párrafo importante de esa carta:

« Mientras tanto no puedo prescindir de manifestar á Vd., que como argentino estoy dispuesto á sacrificarlo todo por el sostén de los derechos de la Confederación; y como general en jefe del ejército de operaciones, á cumplir fielmente con mi deber, muy particularmente mientras nuestra patria se halle amenazada por dificultades extranjeras. Sin embargo de ésto, la amistad particular que he ofrecido á Vd. y que le profeso con sinceridad, no sufrirá jamás la menor alteración por más extremas que sean las medidas á que la política me impulse, y espero que me hará Vd. la justicia de creer que en todos los eventos seré siempre un leal amigo de Vd. y de todos sus deudos.

JUSTO J. DE URQUIZA ».

Esto era decirle á su adversario con toda galantería, como el mariscal de Sajonia á sus enemigos: « Messieurs les anglais tirent les premiers ».

Era deber de cortesía romper el fuego!

El primer disparo se hizo con pólvora.

Era la señal que convocaba al pueblo á iniciarse por completo en la verdadera situación. rotos los velos del misterio diplomático; y á rechazar con las armas las injustas amenazas que de nuevo se le inferían.

Esas confidencias eran anheladas por la opinión y eran necesarias para el gobierno, seguro de afirmar con ellas la confianza y la decisión del país.

Desde su Cuartel General expidió el gobernador un manifiesto franco y explicativo, exponiendo la historia documentada de la negociación de paz, sus peripecias, su ingrata terminación; y llamando al país á rodearlo en la defensa armada de su seguridad y su derecho.

Para mejor inteligencia en los sucesos de esta *narración*, conviene hacer conocer algunos párrafos de aquel trascendental y extenso documento

« Ha llegado un momento solemne para el país, en que es necesario que se rasge el misterioso velo que por el transecurso de muchos días ha

cubierto toda una época. Como tal pueden considerarse los raros y multiplicados acontecimientos que han cruzado rápidamente el campo de una lucha, que desgraciadamente no ha tocado su fin. Es necesario que ya ocupen su puesto respectivo ante la opinión y ante la historia de la República, los hombres que han tenido un rol en estos sucesos, de que ha pendido quizá el bienestar presente y la suerte futura de dos pueblos. Que la justicia y la humanidad acuerden su voto en favor de los principios y la civilización que se ha pretendido salvar por una parte, y que la otra muestre en transparencia su tenacidad indiscutible, por sofocar estos destellos del gran pensamiento de Mayo que venera Corrientes.

« Si los intereses que se han ventilado en una larga discusión, no hubiesen reclamado el sigilo, el gobierno de Corrientes hace tiempo que hubiera satisfecho la curiosidad pública sobre el verdadero estado de las negociaciones; pero la necesidad de obrar en un sendero que el gobierno de Entre Ríos ha presentado tan tortuoso, tan variable y tan inconsecuente con las promesas que hizo en Alcaraz, que la publicación de los documentos que hoy ven la luz, habrían anticipado la inexplicable actitud de aquel personaje, antes de haber consultado suficientemente todos los recursos de la persuasión, para obtener un resultado conveniente en provecho de ambos pueblos.

.....
.....
« El gobierno de Corrientes se colocó sobre la base del mantenimiento invariable del tratado de 4 de Enero de 1831. Este punto estuvo tan de acuerdo con la opinión del general Urquiza, que lo llevó hasta expresarse en los términos más honrosos, asegurando, que estaba dispuesto á no ceder en adelante un ápice de los derechos que le corresponden; y que hoy sostenido por la amistad de Corrientes, reclamaría del gobernador de Buenos Aires el exacto cumplimiento de aquel tratado, é iniciaría la organización de la República en una constitución sabia é independiente.

«No podía dudarse de estas disposiciones; pero no tardó en descargarse la imposición de Rosas desbaratando el noble programa y obligando al general Urquiza á someterse á sus mandatos.

.....
.....
« No pretende por cierto el gobierno de Corrientes, oscurecer los sentimientos elevados que el de Entre Ríos expresó entonces, sus esfuerzos quizá por el triunfo de los principios y su decisión por sostenerlos, pero deplorará siempre su falta de firmeza para mantener esos propósitos.

.....
.....

« El pueblo correntino todo en armas á la voz del gobierno para la defensa de su suelo, acaba de dar una prueba anticipada de la confianza que deposita en él. Hoy, satisfecho sobre lo que debe esperar, se dispone á sacrificarse antes de manchar sus gloriosos antecedentes de independencia y libertad.

Cuartel General, Oratorio de Rolón, Octubre 30 de 1847.

« JOAQUÍN MADARIAGA.

« *Federico de la Barra,*

Secretario General ».

La palabra del gobierno fué recibida con general adhesión. Se reconocía su firmeza, su lealtad y sus nobles anhelos. Se deploraba la esterilidad del esfuerzo y se aceptaba con entereza la consecuencia.

A los correntinos no les imponía nunca el peligro: los excitaba. Eran de temperamento marcial: nacían guerreros. Salían armados, no de la cabeza de Júpiter, sino del vientre de sus madres, y no conocían barrera que contuviera su impulso.

Había una grande unidad, una gran cohesión de las masas populares, que mantenía el espíritu viril en una cordialidad de raza, que no había quebrantado la descomposición de sus futuras y constantes revueltas.

Así pues, el llamamiento á sus filas no era una rémora. Con su espontaneidad genial marcharían á ocuparlas.

En otras condiciones sociales las impresiones eran varias: los que respondían al impulso de su orgullo local y animaban con su altivez y su aliento los movimientos de la opinión: los disidentes y los adversarios de la política gubernativa, que difamaban en reserva y profetizaban su fin; los que vivían asilados y á la expectativa, sin rol en la lucha pero envueltos en el peligro.

Varias personas importantes que vinieron á Corrientes atraídos por el prestigio del general Paz y mantenían una posición aventurada, sin hallarse por nada obligados con la actualidad, tomaron el camino del extranjero, y entre ellos algunos oficiales que no tenían fe en la contienda.

El camino de Uruguayana debía ser una romería. Era consiguiente el partido que tomaban los que se alejaban: nada los ataba á la situación.

Se presentó en el campamento el amigo tan generalmente querido, Andrés Egaña, fallecido no ha mucho, solicitando un pasaporte para él y para el ilustre general don Eustaquio Díaz Vélez de quien era inseparable compañero.

Hacía tiempo que el renombrado veterano de la independencia estaba residiendo en Corrientes. Se le ofreció toda la asistencia posible en su tránsito para el Brasil.

También el distinguido y benemérito coronel

D. Manuel Olazábal acompañado de dos de sus hijos, seguía la ruta hacia el mismo destino.

El coronel Crisóstomo Alvarez había permanecido en Corrientes atendiendo á su salud quebrantada. Había sido mi compañero de viaje desde el Pacífico y conservábamos la más íntima amistad.

No tenía confianza en que la cuestión que se debatía terminara por las armas, sino por amañones políticos en que veía comprometida su seguridad.

Su fe en mis advertencias lo alentaban, pero sin duda no lo convencían. Un buen día me llegó la noticia de que se había embarcado en un lanchón, en compañía del simpático y bravo marino, el griego Cardazi, dirigiéndose á Montevideo.

Más tarde supe que á la altura de San Nicolás, había salídoles al encuentro la falúa de aquel puerto. Mi amigo fué conducido á las cárceles de Buenos Aires en la que permaneció preso dos años.

Crisóstomo Alvarez era reputado como la lanza más brillante de los ejércitos que combatían en la República. Era un niño por el candor ingenuo de sus sentimientos, por su sensibilidad exquisita, por su espontaneidad en todos los actos generosos.

En el combate de « Angaco », junto con Acha, habían peleado con las tropas de Aldao y Benavidez, uno contra diez.

En el « Rodeo del Medio » bajo las órdenes de La Madrid, combatiendo contra el ejército del general Pacheco y del mismo Aldao, llenó de admiración á todos por sus ejemplos remarcables de bravura.

Las fuerzas derrotadas tuvieron que lanzarse á la Cordillera de los Andes para trasladarse á Chile. La empresa fué espantable! Los caminos se hallaban completamente cerrados por la nieve. Se luchaba con los elementos; se abrían sendas con las armas. De los prófugos infortunados algunos no pudieron resistir, perecieron. Crisóstomo Alvarez que iba herido, fué llevado en brazos por sus soldados hasta ponerlo en salvo; prueba sublime de la simpatía á su jefe realmente amado.

Dejó también su nombre altamente colocado en la estimación y el respeto del ejército de Bolivia, realizando empresas valerosas bajo el mando del Presidente Ballivián.

El calor de las pasiones políticas lo empujó á malograrse en temerarias luchas civiles en la provincia de Tucumán, tierra de su nacimiento que le abrió una tumba precoz, en donde se señala su nombre con los más hermosos timbres.

CAPÍTULO VI

SUMARIO:—Estalló la tormenta—Reunión del ejército—Conciliábulo—Preparativos de marcha—Reserva sobre las operaciones—Se mueve el tercer Cuerpo—Incorporación en Villanueva—Contraste inesperado—Energía del Gobernador—Disposiciones importantes.

Las fuerzas de los departamentos llamadas con urgencia, no tardaron en presentarse en el campamento del « Oratorio de Rolón ». Las más cercanas á Villanueva ocurrieron á aquel punto.

Esos cuerpos estaban bien organizados y bien provistos, mandados por sus jefes favoritos, todos ellos reputados buenos hombres de guerra y algunos de ellos hombres de acción y de consejo.

Estaba dada la voz preventiva y toda la Provincia estaba sobre las armas.—Iba á librarse un duelo á muerte en el que se jugaba su destino, y no escaseaba en esta lidia ni el valor ni el entusiasmo.

El gobernador conferenció detenidamente en su cuartel general con algunos de sus jefes más estimados. Las conferencias se mantuvieron en reserva; y todas las órdenes que partían para los cuerpos avanzados obedecían á estos acuerdos.

El pensamiento, muy estudiado de antemano por el señor Madariaga, prevaleció en el consejo. Era su plan tomar la ofensiva: activar las marchas é invadir á Entre Ríos antes que esperar la invasión.

Esa resolución audaz envolvía muchas consideraciones previsoras é inteligentes que la abonaban. Era una operación inesperada para Entre Ríos, y casi una sorpresa moral. Si la operación alcanzaba el éxito buscado, quedaban los litorales defendidos contra una invasión de tropas de Buenos Aires, y Corrientes segura por algún tiempo para restaurar sus fuerzas y esperar los sucesos con ventaja. El ejército podía mantenerse y consumir los recursos del enemigo, aliviando la propiedad de su suelo.

En las eventualidades de un caso adverso, la retirada ofrecía muchas peripecias parciales para prolongar una guerra de recursos.

Los ejemplos no remotos estaban aconsejando esta táctica, que responde mejor á la naturaleza impetuosa de esos soldados y á su espíritu constantemente impresionable. La actitud de expectativa esteriliza mucho de su actividad moral.

Y tan es así, que durante el gobierno de Ferrer, fué llevada una rápida invasión bajo la dirección del general Paz á Entre Ríos, triunfando en la jornada y desalojando al mismo general Urquiza, que se trasladó á la provincia de Buenos Aires.

Las inconsecuencias y las intrigas entre los

personajes consulares malogró la victoria y cambió la marcha de los sucesos.

El mismo general Urquiza debió al ímpetu de sus invasiones sus victorias sobre Corrientes; y de todos esos ejemplos se deduce, que ese aire de marcha agresora es la que por lo común ha dado el éxito á las empresas guerreras del litoral.

Supongo que todas estas reflexiones y muchas otras, entraron en los consejos del gobernador de Corrientes.

¿Pero hay consejos en la guerra que puedan ser siempre infalibles? Hay ojo bastante penetrante que pueda ver en lo imprevisto? Está el pensamiento fecundo y la ciencia misma á cubierto de las aberraciones de la vida humana y de los misterios de lo inesperado?

El tercer Cuerpo se puso en marcha en diversas divisiones para incorporarse en Villanueva. Se campaba poco; lo bastante para vivaquear; las jornadas eran largas aunque la marcha no era forzada. Constantemente íbanse incorporando oficiales y soldados que estaban en retardo, y salían los vecinos y propietarios al camino á hacer sus cordiales oficiosidades.

Continuaba la marcha sin contratiempo.

— — —

A las tres ó cuatro marchas de Villanueva y casi al oscurecer, llegó un ayudante del general Juan Madariaga, acompañado con un oficial que parecía venir de muy lejos. .

Se aproximó al gobernador y le entregó una carta. Debía ser muy breve el contenido pero muy grave. Se notó la contrariedad del gobernador en su actitud y en su semblante.

Guardó el papel y continuó la marcha procurando sin duda mantener su habitual aplomo. Al poco rato adelantó su caballo y llamó á su lado al oficial portador de la carta. Continuó largo rato con él, tomando seguramente informaciones y le ordenó que no se apartase de su séquito.

Debía ocurrir algún acontecimiento muy serio. Aquéllos eran síntomas de una gran contrariedad; pero jamás se habría imaginado el tamaño de la realidad.

El gobernador me hizo acercar y moviendo la cabeza de una manera insinuante, me entregó la carta.

Recibí su lectura como la descarga de un rayo! procurando no descubrir á los demás estas violentas impresiones. La causa era terrible; y venía á traer de repente un trastorno completo en los acontecimientos que se desenvolvían, una perturbación considerable en este plan de guerra, y á desequilibrar con desventaja los elementos que habían entrado en la lucha.

El coronel Nicanor Cáceres, de quien he hablado antes, jefe de la vanguardia, compuesta de las mejores tropas del Sud, él mismo, un guerrillero experto y bravo, acababa de adherirse con su división en favor de la invasión!

El general Urquiza adquiriría un refuerzo poderoso y el concurso militar de un soldado muy competente en esta campaña.

La división de Cáceres contaba con ochocientos ó mil hombres de tropa muy aguerrida y muy probada. La adhesión de los soldados á esa evolución inesperada debió ser mortificante, pero su resistencia se dificultaba, primero, porque situados al Sud del « Río Corrientes » se hallaban sin apoyo cercano para protestar, y luego porque Cáceres ejercía grande influencia en el afecto de sus soldados.

Se resolvió campar en el primer terreno apropiado; y unas cuantas horas después ardían los fogones y la tropa se entregaba á la holganza.

El gobernador llamó á su tienda á algunos jefes de su mayor confianza, y ordenó á su hermano que bajase desde Villanueva con celeridad. Dióseles conocimiento de lo ocurrido y puede suponerse la sorpresa que causó aquella noticia; la irritación estalló contra aquel compañero de armas, que así comprometía la campaña y que así los abandonaba el día del combate.

Llovieron la recriminaciones, los desahogos ardorosos; pero hombres todos habituados á la lucha, hombres de temple levantado, convinieron uniformemente en que esta situación gravísima reclamaba mayor aliento, mayor esfuerzo y mayor decisión en los sacrificios.

Al oírlos, la dignidad del espíritu se alzaba.

Parecía que el mal había perdido repentinamente su intensidad, y que ese hecho ingrato era inmediatamente reparable.

Esa es la virtud de las almas fuertes que no declinan ante el contraste, que se retemblan delante de él y que inoculan en los corazones la savia purificada del heroísmo.

Aquello pasó rápidamente y la atención del deber supremo se impuso: todo era urgente.

Alguno de los presentes insinuó la necesidad de mantener la reserva de esta noticia el mayor tiempo posible á fin de poder tomar las precauciones indicadas.

El gobernador rechazó esa opinión.

Dentro de poco, dijo, la noticia de este acontecimiento circulará en el ejército. Las malas noticias son sutiles, se filtran como el aire y como él se esparcen. Es necesario andar adelante. Que el Estado Mayor dé la noticia en una Orden General bien preparada, condenando el hecho y concitando á todos los buenos á reiterar su decisión.

—No temo las consecuencias. Ese pronunciamiento será universalmente condenado. La impresión pasará luego; y sobre todo que los efectos que pudieran temerse se manifiesten de una vez.

Así se caminó.

Se tomaron, con todo, las medidas precaucionales de vigilancia y se procedió con la cordura exigida por la situación.

Al día siguiente la Orden General fué leída á los cuerpos, resonando calorosamente la aclamación del patriotismo de los que iban á combatir por la seguridad de la Provincia. Algunos oficiales y sargentos advertidos de antemano, dieron los *vivas* y aclamaciones de adhesión que unísonamente se repitieron por todas las líneas.

Quién sabe lo que pasaba por cada uno; pero la Orden General era tocante y enérgica: hizo su efecto; y las proclamaciones patrióticas conmovieron noblemente el espíritu de la tropa.

El golpe estaba dado; y la noticia de sensación profunda quedaba comunicada al ejército. La explosión manifestada era en realidad un hecho exterior y comunicativo que había completado el efecto que se deseaba.

Vendría después la apreciación íntima y personal de los grupos, de los oficiales y de los soldados; los comentarios de los jefes subalternos, los cálculos más ó menos discretos sobre las consecuencias del hecho; pero, con pesar unos, con irritación todos, la manifestación evidente era uniforme.

La primera medida que se tomó fué ordenar al general Madariaga que avanzase sobre el río Corrientes algunas fuerzas de observación.

Se despacharon chasques á la capital y á los departamentos, previniendo exageraciones y comunicando el pronunciamiento de Cáceres, acentuando la disposición dignísima con que el ejército había recibido la noticia.

Un suceso lamentable ocurrió, que hizo gran impresión de tristeza en el ejército.

Un rato después de tocar silencio, se sintió en la línea la explosión de un tiro de fusil. El jefe de campo estaba muy cerca y ocurrió al instante. El comandante y oficiales del batallón, con la mayor diligencia investigaban el sitio de donde había partido el tiro, que tomaron por una señal. Todo el mundo ignoraba lo que pasaba; nadie había oído nada. Entre tanto el jefe de campo hacía oler los fusiles que se hallaban en las proximidades del estallido y acertó á dar con el cuerpo del delito. Pertenece el fusil á un sargento joven, que fué preso y sometido á una inmediata investigación.

De una entereza y una espontaneidad extraordinaria, confesó ante el consejo que se improvisó, que aquel tiro era realmente una señal á que debían responder los que se habían desentendido cuando debían acompañarlo en la empresa de insurrección. Se negó á declarar los nombres de sus cómplices obstinadamente, y el consejo, tratándolo con la severidad militar del caso, lo condenó á muerte. Todo este procedimiento fué muy rápido.

Un aspecto de tristeza se expresaba en todos los semblantes. Causaba honda tristeza en realidad aquella condenación. La carpa que servía de capilla estaba asechada por muchos desde lejos, que no ocultaban sus simpatías por la desgracia del compañero de filas; y por otros

lados se daban pasos para promover una petición de gracia.

El gobernador comprendió que en aquellos momentos importaba más que la severidad, la clemencia, é hizo gracia al reo enviándole preso fuera del campo. Este perdón, por supuesto, se rodeó de consideraciones que lo enaltecían, inspirándolo en parte en los sentimientos generosos del ejército.

El efecto fué certero y aquellos rasgos magnánimos fueron recibidos con general contento.

El señor Madariaga suponía que la justicia militar alcanzaría á descubrir algunos otros insensatos, seducidos por aquel otro insensato que se había precipitado ciegamente á una muerte segura.

En aquella situación de las cosas, era preferible contentar al ejército: no era necesario imponerle. El perdón alejaba al reo y dejaba en la oscuridad á sus iniciados, que seguramente sería un puñado inconsciente que no había para qué sacrificar.

En estos días se suspendieron las marchas; y las costumbres de campamento que dominaban no dejaban ya percibir el surco de los sucesos pasados.

El trabajo y la actividad estaba concentrado en el Estado Mayor y desde allí partía un gran movimiento que se hacía sentir hasta en los cuerpos destacados.

En un instante había cambiado la faz de los sucesos, complicados y perturbados á causa de la actitud de Cáceres.

La impulsión agresora dada al ejército estaba detenida de pronto, las perspectivas de un éxito preconcebido empalidecían, medios poderosos amenguaban, y un cambio total iba á producirse forzosamente en el plan de guerra iniciado con felices probabilidades.

Por fortuna, el ánimo del general en jefe no vaciló un momento en medio de estos contratiempos. Por el contrario, desarrolló una energía, una actividad y una confianza, que era magnética en el espíritu de todos los que lo rodeaban.

Para mí, fué una transformación súbita de aquel carácter tan apacible, producida en medio de las contrariedades y manifestada en una actividad incesante, y en la claridad y la firmeza de sus resoluciones.

Necesariamente estaba decidida la actitud defensiva que imponían los sucesos. Esa fué la opinión del gobernador con el acuerdo de su consejo.

Desde luego las medidas que se tomaban y las órdenes que se impartían obedecían al nuevo plan.

Jefes expertos salieron en comisión á estudiar rápidamente ciertos terrenos indicados, que consultaban señaladas ventajas.

Un encargo idéntico se encomendó al coro-

nel Faustino Velasco, oficial muy acreditado por su competencia profesional, por sus facultades de organización y por su práctica de la guerra. El concepto del general Paz lo tenía muy en alto. Era de avanzada edad, pero lleno de actividad y de brío: boliviano de origen, vino muy joven á la República, en cuyos ejércitos alcanzó al grado de coronel, habiendo hecho la campaña del Brasil hasta Ituzaingó; sirviendo luego en las fuerzas regulares durante las guerras civiles que se iniciaron el año 28, y en varias campañas de la República del Uruguay. En vez del reposo de la vejez, halló la muerte en la batalla de San Gregorio que libraron las fuerzas del sitio de Buenos Aires el año 53, contra las que mandaba don Pedro Rosas, de quien era jefe de Estado Mayor.

La información que dió este oficial sobre el resultado de su comisión, fué la más luminosa y la más acertada. Tuvo por consiguiente la más completa aprobación.

El coronel Velasco recomendaba el campo denominado «Potrero de Vences», que á su juicio reunía todas las condiciones deseables, para aumentar los recursos de acción táctica contra fuerzas superiores, con el concurso auxiliar del terreno.

El coronel fué muy felicitado por su acierto. Recibió la orden de trasladarse al punto explorado é ir acampando las fuerzas que sucesivamente irían llegando.

El ejército comenzó á moverse sin precipitación, campando por divisiones en las cercanías de Vences.

En una de estas marchas me ocurrió una sorpresa que me impresionó profundamente, y que no olvidaré nunca, por el aspecto singular del cuadro que presencié y por la impresión que me produjo.

La división en que marchaba el Cuartel General era la más fuerte. Iba incorporado el parque y la artillería. Campó esta fuerza al caer la tarde abrazando un buen espacio. Me encontraba fatigado y entré á descansar en mi carpa.

Dormía profundamente, cuando me desperté sobresaltado al oír una gritería atronadora, palmeteos estruendosos, gritos que no entendía. . . . ! Me eché afuera de mi tienda poseído de gran sorpresa, imaginando que aquella algazara era causada por un motín: la división se había sublevado! ¡las tentativas anteriores se realizaban. . . . ! se aclamaba la rebelión. . . . !

Esta era mi impresión, por fortuna errada; nada de eso ocurría. Mi asistente Cabral con su seriedad genial me dijo al asomar: «la gente está alegre.» Respiré con más tranquilidad; me serené del todo y me alegré con todos cuando me explicaron la causa afortunada de tanto júbilo.

Había corrido en el cielo una de esas exhalaciones tan frecuentes, y que por razones atmos-

féricas son allí muy luminosas y muy brillantes. La línea de fuego corría en la dirección y contra el enemigo; y esta especie de anatema celeste era augurio de buena fortuna.

Estas indicaciones providenciales sólo se explican en este sentido en las ocasiones de guerra, en que hay un peligro enfrente. Ordinariamente el fenómeno eléctrico no tiene significación alguna: pasa inapercibido.

Ese rayo de luz es el lenguaje con que el cielo habla á la preocupación, eternamente interpretativa de las manifestaciones que no se explican.

Me parece que en todos los siglos las multitudes inconscientes son medio paganas, con la propensión innata de leer á su manera en los arcanos de la naturaleza. Es posible que en los campamentos de Héctor y de Aquiles se haya producido una escena como la que estoy viendo, á la presencia de alguna chispa de fuego, con la misma algazara y la misma alegría.

Pero la verdad es, que el incidente no podía ser más propicio en favor del espíritu del ejército.

No alcanzaría la elocuencia humana á producir una proclama más alentadora, ni voz amiga y prestigiosa que impusiese tanta confianza.

Por supuesto que nadie durmió por algunas horas. La excitación del gozo había desvanecido el narcotismo del sueño.

He nombrado en esta narración á mi asistente José Cabral. Lo nombro en mi recuerdo

mientras voy viviendo. El que logra tener á su lado en las situaciones azarosas de la vida un hombre de estas condiciones, es un favorecido de la fortuna.

Un asistente como Cabral es el compañero leal de todos los momentos, el sirviente más consagrado y más perseverante; el ser más abnegado. Fué para mí el mejor apoyo en la campaña y mi providencia en los mayores percances.

¿Con qué derecho ni con qué autoridad me apropiaba los oficios de un hombre independiente; ni qué razón había para exigirle á un desconocido igual á mí, afanes, contracción, obediencia, coraje, condiciones preciosas todas para sí mismo?

No me entraré á discurrir sobre esta lógica y los antecedentes de hechos que existen, y que como á otros me aprovecharon admirablemente. Por eso he calificado de verdadera fortuna hallar un asistente como el que me tocó.

Me lo había recomendado el gobenador y era éste el mejor servicio que podía hacerme.

Cabral era un hombre de color, nacido en la cápital entre el servicio de una familia de nota. Fué destinado á los trabajos de campo en cuyos ejercicios era eximio.

Las guerras civiles lo envolvieron y peleó en todas las batallas de su tiempo. Arrastrado por la simpatía siguió al general Lavalle hasta Salta; y á causa de sus contrastes ya irrepara-

bles, atravesó el Chaco con Hornos, y llegó á la provincia de Corrientes en los momentos en que el general Paz iba á librar su famosa batalla de «Caaguazú», en la que combatió Cabral al lado de los vencedores.

Hablaba muy poco y no se reía nunca: no podría afirmar que durmiese. Era observador y dotado de un ingenio singular para proceder en todas las situaciones.

Se me adhirió con una lealtad sincera y me acompañó con una fidelidad impagable. No se separó de mí un momento y más adelante ha de verse hasta adonde llegó su abnegación.

El general Madariaga se hallaba contento de la aparición de la chispa, y él me hizo relación de escenas análogas que había presenciado.

— Por fortuna, me dijo, esta vez no trajo la dirección á nuestro campo! Entonces no habría presenciado usted estas alegrías sino las reservas de un silencio profundo.

Antes de la diana me mandó despertar: Trabajamos con urgencia. Los partes de su hermano participaban la entrada de las fuerzas de Entre Ríos en el territorio de la Provincia; y comunicaba al mismo tiempo todas las medidas de observación que había tomado y la clase de fuerzas que había destacado.

CAPÍTULO VII

SUMARIO:—La primera sangre—Movimiento de Virasoro—El campo de Vences—Operaciones de los ejércitos—Reconocimientos sangrientos—Las guerrillas en acción constante—El campamento en la noche—Avanza el invasor—Maniobra de su infantería—La caballería entrerriana amenaza el costado izquierdo—Dianas—Colocación de las fuerzas correntinas—La artillería y la infantería en el desfiladero—La noche pasa en silencio—El ejército invasor ha tomado distancia—Vuelve á la madrugada—Los ñanduis—El fuego se concentra en el desfiladero—Allí se empeña la batalla—La artillería correntina hace estragos—El combate se hace más recio en ese punto—La caballería invasora amenaza de nuevo la izquierda—El coronel Francia jefe de la infantería invasora es derribado por una bala de cañón—Las reservas entrerrianas se acercan por la derecha—El encarnizamiento en el desfiladero parece más tenaz—Fuego por la derecha—Una división entrerriana flanquea por ese costado—Estratagema de guerra—Operación hábil del general Garzón—Infantería montada—Exito de ese ataque—La derecha correntina vacila—Energía y coraje del general Madariaga—La derrota se pronuncia en la derecha—Algunos cuerpos resisten pero ceden—Sálvese quien pueda !

Se habían trabado ya algunos encuentros con partidas avanzadas del ejército que se venían replegando en observación. Había corrido sangre aunque afortunadamente los heridos eran muy pocos. Un comandante Sandoval era enviado en un carretón al ejército porque su estado era grave.

Constantemente llegaban partes que siempre tenían grande interés. En uno de ellos, se comunicó que el general Urquiza había desprendido la división del coronel Tacuabé, al mando superior del general Benjamín Virasoro, para

que tomase la línea del Uruguay y se corriese hacia la capital. Se atribuía á esa operación el designio de flanquear al ejército por la retaguardia. Esta opinión no tuvo crédito. Parecía más cuerdo suponer, que esas marchas rápidas llevaban á Virasoro á promover ó apoyar algún movimiento de rebelión en la capital, en donde tenía amigos.

No debían hallar los invasores grandes obstáculos en la ruta que seguían, sino fuertes partidas de las milicias locales que los hostilizarían sin gran resultado aunque con ardoroso empeño. Estaban todas esas guerrillas bajo la dirección del coronel Zenón Pérez, oficial muy experto, que incomodó como pudo á la columna enemiga.

Las fuerzas avanzadas del ejército correntino continuaban replegándose sin comprometer ningún lance serio y se hallaban á seis ú ocho leguas de su centro.

Desde ahí la marcha del invasor fué más parsimoniosa. Parecía que descansara. Así son probablemente esas intermitencias á la aproximación inmediata del peligro.

Pocos días duró esta reserva de las operaciones. Fuéronse acortando las distancias y las avanzadas invasoras se aproximaron más. Según los partes, el grueso del ejército enemigo debía estar ya á corta distancia.

El general Madariaga ordenó que el parque y todo el material pesado ocupasen el lugar designado.

El sitio elegido para el combate, llamado « Potrero de Vences », era una llanura considerable, un poco más elevada en el centro y que se extendía en tres ó cuatro leguas de Sud á Norte. Estaba esa área rodeada de agua y de pantanos fangosos en parte; y esos accidentes la convertirían en una isla, si una prolongación angosta en su cabecera Sud no hiciese el papel de un istmo: desfiladero que unía el terreno con los campos abiertos.

Las arboledas no formaban montes espesos, sino pequeños grupos á orillas de las lagunas ó se esparcían muy ralos por el centro. Esta posición parecía realmente ofrecer todas sus ventajas á los ocupantes; y corrobora de antemano esta opinión, el estudio que tuvo que consagrarle el enemigo en los largos y costosos reconocimientos en que se empeñó varias veces.

Cerca de tres días empleó el ejército entrerriano en esos sangrientos preliminares antes de emprender sus operaciones decisivas. Las guerrillas se estrechaban casi sobre las líneas, obstaculizando los correntinos aquellos reconocimientos y desplegando los contrarios sus reservas. Había momentos en que aquellos encuentros parecían batallas.

En la tarde del segundo día, sobre todo, las refriegas se hicieron más recias y más encarnizadas. Los tiradores de la caballería se reforzaron con grupos de infantes, y el fuego, más sostenido, más frecuente, más unísono daba cuenta del

ardor que inflamaba á los combatientes. Los tiroteos alternativamente se oían en distintas direcciones más ó menos lejanas. Hubo un momento en que de parte á parte se habían reforzado las avanzadas, y el fuego se hizo tan cerrado, tan tenaz, que parecía el empeño preliminar de un ataque resuelto.

Era simplemente una operación de reconocimiento, que había motivado una aproximación que activó la resistencia y empenó la refriega por un par de horas.

Después que cesó el fuego se avisó que el ejército invasor que estaba á dos leguas se había movido, retirándose sin duda para mudar campo. Sus avanzadas habían quedado en acecho pero no se sentían.

Presencié antes de la noche un doloroso espectáculo. En brazos ó enancados trajeron al hospital improvisado con carretas, algunos heridos. Jóvenes, vigorosos casi todos, parecían indiferentes á su infortunio. Los más graves dejaban conocer su sufrimiento, pero ninguno se quejaba. Su entereza era admirable y soportaban su curación, bastante mediocre, fumando algunos de ellos y refiriendo hasta con cierta jocosidad los incidentes del combate.

Y sin embargo, estaban envueltos en un cuadro de sangre que conmovía, sin que al parecer se dieran por apercibidos de aquel espectáculo en el que eran ellos los pacientes. Dos de los recién curados se dieron de alta ellos mismos, y solici-

taron permiso para trasladarse á sus cuerpos.

La noche era de luna pero muy toldada, así es que andando por el campamento se daba con grupos que dormían, con caballos atados á la estaca, con carros mal colocados ó con una que otra carpa fuera de línea. Sombras más oscuras y más uniformes, eran cuerpos que velaban, sentados ó echados en su misma colocación ordenada. Alguna voz conocida lo hablaba á uno en la tiniebla: era un jefe amigo ó algún grupo de ellos que conversaban bajo sobre los sucesos. Así llegué á la artillería, en donde pasé un rato agradablemente con Carlos Paz: estaba seguro de su fuerza, de su moral y de su destreza. Pobre amigo: no lo volví á ver más!

La vigilancia era muy cuidadosa dentro y fuera del campo.

La diana se tocó media hora antes de costumbre, presumiéndose alguna operación del enemigo en la madrugada.

En efecto, de día ya, se divisaron las columnas enemigas en movimiento. Tras de las guerrillas avanzadas se veía venir una gruesa columna de infantería que se dirigía hacia el desfiladero del Sud que daba entrada al campo. Con esa columna venían algunas piezas de artillería.

El general Madariaga mandó ocupar con tres batallones aquel punto amenazado. Uno de ellos lo mandaba el comandante Palma, después general Palma, tan ventajosamente conocido en

el mando del 1º de línea del ejército nacional en los batallas de Cepeda y Pavón. El segundo tenía por jefe al coronel Toledo, que apoyó la revolución del 11 de Setiembre en Buenos Aires y formó con sus infantes correntinos en la plaza de Mayo. El tercero estaba mandado por el comandante Martínez.

Estos jefes desprendieron pequeñas partidas que ocuparon posiciones convenientes, cambiándose tiros de fusilería que fueron aumentando á veces hasta convertirse en descargas entre aquellas fuerzas que se iban empeñando.

La columna de infantería enemiga la mandaba el coronel José M. Francia reputado por su competencia militar.

La derecha del ejército invasor, aproximó una gran columna que parecía traer su ataque por las lagunas, de ese costado. Según se dijo, pero sin afirmarlo, el mismo general Urquiza conducía esas fuerzas. Ese movimiento tenía probablemente por objeto favorecer las operaciones iniciadas por la infantería entrerriana.

Ocupaban el costado izquierdo del ejército correntino, excelentes cuerpos de caballería dispuestos á recibir aquel ataque; y tenían su mando, algunos jefes de muy probada importancia. Estaba entre ellos el coronel Joaquín Baltar, de justísima reputación en la guerra; lleno de servicios en las campañas del general Lavalle y en varias de la República Oriental á las órdenes de Rivera. Se contaban entre los

jefes de esas fuerzas, el coronel Bernardino López, altamente estimado por su importancia; y el comandante Plácido López, hoy coronel en el ejército de la nación.

La columna enemiga se detuvo. Aquel era un ensayo, como lo dije antes, mientras la infantería tentaba abrir camino por el desfiladero del Sud.

Realmente, el tiroteo arreciaba pero sin propiciarles ventajas.

Al caer la tarde los cuerpos enemigos se retiraron, permaneciendo á la vista hasta el anochecer. Todas las opiniones estaban contestes en la idea de que al día siguiente el ataque se haría general.

Con efecto, á las siete de la mañana el enemigo estaba encima, trayendo las mismas direcciones del día anterior. Notábase, sin embargo, que sus fuerzas estaban aumentadas con reservas que estarían retrasadas.

El general Madariaga se apresuró á colocar la artillería en puntos inmediatos á los batallones. Esta arma estaba admirablemente dirigida por el distinguido y simpático coronel Carlos Paz, oficial de la campaña del Brasil y del sitio de Montevideo; y lo acompañaba como segundo jefe el comandante Solano, muy respetado por sus aptitudes.

Al mismo tiempo cubrió su costado derecho con una división de caballería mandada por el general Juan Pablo López (ex-gobernador de

Santa Fe) segundado por el coronel Paiva, uno de los mejores oficiales correntinos, y por el coronel Manuel Saavedra, jefe de la mejor escuela en su arma. Este distinguido oficial pertenecía á la familia de su nombre, tan altamente conocida y tan estimada en Buenos Aires.

El fuego recomenzó como anteriormente, por la cabecera del Sud; y como antes, fué aumentando en estrépito y en volumen. Es que la artillería mezclaba ya su voz de trueno en la lucha; y uno que otro cañonazo que se cambiaban hacía poco, convirtiéndose en verdaderas descargas de artillería. Se peleaba con rabia. Lo atestiguaba el fuego de fusilería y lo afirmaban los cañones.

Había momentos en que realmente aquel era un infierno; pero francamente, excitaba los ánimos tanto estruendo. Cuando crecía parecía que se acercase el peligro; que se viniese el enemigo encima.

De repente cesaba aquel estrépito. Se hacía el silencio por todas partes: parecía que todos los combatientes hubiesen muerto, para resucitar al rato por otro lado, más moderados y parsimoniosos y para reventar de nuevo con mayor zaña y con mayor estrago.

Esas intermitencias imponen por su solemnidad. Ese silencio repentino parece una celada; ese estruendo inmenso es como un desplome.

Tenía delante de mis ojos ejemplos que desmienten mis observaciones. Hay para quienes

todo esto no produce emoción. El temperamento y el hábito no le da entrada. Saben que llegado el caso todo lo vencerán con el valor. Sus nervios se mueven con la provocación pero no con el sentimiento.

Estaba viendo unos cuantos soldados de la escolta del gobernador, tirados sobre el pasto, jugando á los naipes su *monte* preferido, riendo á carcajadas y celebrando sus dichos con una indolencia pasmosa.

Esta escena tan jovial y tan tranquila, pasaba en medio de aquel cuadro de general agitación en que corría la sangre y se perdían vidas queridas.

Estos soldados pertenecían á un escuadrón muy escogido y renombrado, que acompañaba al general Madariaga desde mucho tiempo. Se les nombraba con el distintivo indígena, los *ñanduis*; y los mandaba el coronel Alemí, soldado aguerrido, de altísima estatura, de rostro moreno, de barbas ásperas y renegridas que le llegaban hasta el estómago. Un mandoble de Alemí, debía ser de la medida de aquél con que Plantagenet partió de un golpe su masa de armas.

Esos hombres de aspecto indolente, saltaron sobre sus caballos con la celeridad de los pájaros ó de las panteras á la primera señal. Eran los *mosqueteros* gauchos en las aventuras guaraníes.

Su sensación tocante está en la lucha: las emociones comunes pasan como accidentes.

El combate arrecia.

Incidentes sucesivos motivan disposiciones, movimientos, refuerzos: cruzan grupos distintos, llegan y van ayudantes; se piden y se dan órdenes. La actividad crece en aquel campo en donde el fratricidio implacable se reta á muerte.

De repente se sienten dianas!! Que es ésto!! —¿Se ha triunfado del enemigo?—Hurra!!—De dónde vienen esos avisos de la victoria?

Las dianas parten de la división Baltar. Llega el parte; y aquel jefe comunica que la gran columna que le traía el ataque ha vacilado y retrocedido. Otros detalles explican más el hecho celebrado. La columna de caballería que el día anterior amenazaba el costado izquierdo, penetró en los pantanos con intención de flanquear. Se corrieron sobre ese punto dos piezas y cien infantes, cuyos fuegos llevaron perturbación al agresor, conteniéndolo entre aquellos lodazales y obligándolo á retroceder de la línea en que había ya avanzado.

El fuego de la infantería era cada vez más encarnizado y más nutrido. La artillería jugaba con tesón. Sus efectos debían ser costosos de parte á parte.

Estaba visto que el general Urquiza concentraba su atención preferente en la toma del desfiladero del Sud. Todo convergía á realizar esa operación. Por eso se sostenía con tal encarnizamiento el combate en aquel punto, y por eso se prodigaba allí tanta sangre preciosa.

Era indispensable por lo visto, romper aquella línea de defensa; que se tomase la posición para dar entrada á sus fuerzas. No había otra puerta: pero tomarla parecía más que difícil; quizá imposible. Los correntinos mantenían las ventajas de su posición con gran firmeza; sus enemigos tenían que retroceder á veces. La artillería de Paz hacía estragos; pero la infantería entrerriana no declinaba de su coraje y volvía á renovar su ataque.

Allí estaba concentrada la batalla, el interés y la ansiedad de unos y de otros.

Era en donde arreciaba más y más el fuego. La tenacidad podía medirse por el estruendo. Aquél era como un barómetro de muerte.

Nueva emoción!

El Estado Mayor comunica á gran prisa que el coronel Francia, jefe de la infantería enemiga ha muerto derribado por una bala de cañón.

Es realmente un acontecimiento! La importancia de Francia debía ser preciosa para el general Urquiza. Aquella pérdida hacía el desequilibrio en su contra.

El coronel Francia recibió una metralla que le deshizo las mandíbulas y lo tuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte.

Este suceso y la detención de la columna que amenazaba la izquierda, se interpretaban en favor de la defensa: eran sin duda promesas venturosas.

Mientras pasaban así las cosas por la cabecera

y por la izquierda del campo, la fuerte columna entrerriana, que parecía amenazar la derecha correntina, se había acercado. Penetraba ya en la extensa laguna; y la división López, en terreno ventajoso y firme, se disponía á cargarla.

La columna invasora era compuesta de lanceros. Era aquel un monte de banderolas rojas. De repente los tiradores rompieron el fuego de una parte y de otra, pero débilmente.

A poco andar aquel estruendo ha cambiado. Esas son descargas de infantería!—Infantería! De dónde sale esa infantería por ese lado? Asalta la natural sorpresa.

Los hados no siempre son propicios á la buena voluntad y al valor.

El ingenio suele ser más eficaz y más certero para vencer á la fuerza.

Así es! Una estratagema de guerra se desarrollaba en medio de esa laguna con éxito irresistible. En esa orilla estaba la solución del combate.

Aquellas tropas distanciadas y como en acecho, respondían sin duda á una operación concertada para entrar en su oportunidad á la refriega: esa era la oportunidad; entraban.

Esa columna que traía su ataque era de mil ó mil quinientos hombres. Venía bajo la dirección del general oriental Eugenio Garzón; soldado experto é ilustrado.

Había colocado entre las espesas filas de sus lanceros un cuerpo de infantería, bien cubierto,

y cuyos fusiles habíanse enmascarado colocándoles banderolas.

A distancia conveniente el batallón echó pie á tierra, ó pie al agua, con ésta á la cintura. La caballería le dió lugar y reventó la primer descarga.

Debió ser aquélla una gran sorpresa! Lo fué al instante muy general en el campo.

Seguía el fuego graneado. Estos tiros y estas descargas debían producir natural inquietud. La aparición tan repentina de esa arma y la superioridad imponente de ella sobre la caballería, debían producir singular efecto.

El general Madariaga que se había dirigido un instante á la infantería que se batía en el desfiladero, volvió repentinamente su caballo. A gran galope y seguido de sus *ñanduis*, se vino á la división López.

Ya era tarde!

Cuando llegaba, se veían salir de las filas uno que otro soldado que abandonaban su puesto en medio de la algazara y del fuego.

La conmoción extraña y confusa aumentaba: ya eran grupos más numerosos los que huían!

Un oficial superior que salía, se aproximó, pero muy de paso al general y le dijo: «señor no he podido hacer pelear esta gente...» Me parece que tenía él mismo bastante voluntad de irse, porque continuó al galope.

Entre tanto, el general Madariaga tocaba reunión; atajaba los dispersos con la voz y con la

espada. Con denuedo digno de otra suerte, se lanzaba á contener escuadrones enteros, que en grandes grupos informes ó en dispersión, se retiraban.

Es imposible mayor arrojo ni mayor olvido de su propia vida, en la demanda de contener aquellas multitudes impetuosas que no escuchaban ya sino á sus propios instintos.

No era posible hacer más!

No era posible contener aquella dispersión que se pronunciaba por completo entre una confusión incomparable, entre aquellos fuegos de fusilería y entre aquellos toques de clarines, que unas veces parecían reunión y otras animosas dianas.

Y sin embargo el general Madariaga continuaba con ímpetu conteniendo las tropas que se dispersaban, envolviéndolo todo y á él mismo.

Allí lo perdí de vista. El desorden y la confusión nos separaron. Quedé un momento orientándome para poder seguirlo.

Imposible!

CAPÍTULO VIII

SUMARIO:—A través de la Maloya—Batalla con los juncales—Un puente de flores—Auxilio oportuno—En lo de Corro—Hospitalidad criolla—Encuentro con el coronel Saavedra—Su obstinación en quedarse—Noticia de su muerte—Me prenden con el trabuco: me liberto con el oro—En marcha á la costa—Conversación con las estrellas—Fuerza armada—Como amanece en Corrientes—La casa á la vista!—¿Qué fuerza sería aquella?—Refugio en el monte—Incidentes—Cambiamos el rumbo—Entrada nocturna en la capital—La despedida.

Mi fiel compañero, mi inseparable Cabral, como empujándome y con cierta autoridad como la del piloto en los mares, dejó oír su voz, que era allí la del Sinaí, diciéndome—Vamos!

La derrota no llevaba rumbos fijos. Muchos tomaban los costados, precipitándose por las lagunas para salir á la campaña; otros se desaparecían quien sabe por donde, perdiéndose entre los árboles y las grandes malezas.

Mi mentor no vaciló un momento: tomó su rumbo derecho al Norte.

—Castigá, ché patrón, me dijo, echando sus miradas investigadoras hacia atrás. Todo se volvía ojos. El alboroto iba quedando á retaguardia.

—¿Por qué no tomamos los costados? le pregunté.

—Eso no sirve, me respondió: la persecución es más por ahí.

—Hay más peligro por esa parte?

—Si yo viniera solo, me iba por cualquier lado; pero á vos te pueden agarrar.

Se nos había incorporado un gallardo mozo, mayor de caballería, de apellido Peralta. La compañía era conveniente para aumentar nuestra seguridad.

Cabral me insinuó que apurase más el galope; pero aquel oficial tenía cansado su caballo. El animal se estiraba como una culebra y echaba atrás las orejas como un conejo: no podía más. En un momento ese compañero iba á quedar á pie.

—Amigo Peralta, su caballo no puede ya.

—Se me viene quedando, señor: no da más.

—Tome usted ese excelente caballo que mi asistente lleva de tiro.

—No me atrevía á pedírselo

La moderación de aquel mozo en situación tan apurada, me encantó.

Le hice dar el caballo y quedó cambiando su montura. Como nosotros continuábamos á gran galope quedamos separados.

Algunos años después lo ví en Buenos Aires. Me visitó con cariño y todavía me agradecía el servicio.

La fisonomía del paisaje cambió de aspecto. Salimos de entre los montecillos de árboles. Se presenta una grande abra, llena de animación y

de luz. No se sentían ya los tiros tan encima, ni divisábamos sino pocos dispersos.

Caía la tarde: avanzábamos siempre de frente y nos hallamos delante de una inmensa laguna completamente cubierta de vegetación.

Era un mar de juncos! Toda aquella superficie era como un espeso bosque de aquella vegetación cañosa y flexible, inmóvil esa tarde por la falta de viento que, mantenía rígido y espeso aquel bosque acuático.

Cerca de su orilla estaban varios soldados, asistentes de algunos oficiales, con sus valijas, con sus cargueros y con algunos caballos de estima. Los habían despachado del campamento con su consigna: esperaban.

Había mujeres de soldados y de oficiales. Llamaba la atención una de ellas por su figura y por su gracia. Estaba montada. El vestido recogido le permitía llevar las piernas desnudas; y se cubría con la ruina de un sombrerito de palma, de donde caían dos trenzas espesas sobre el poncho militar (patrio) que usaba. En esta actitud y recostada en su lanza que descansaba en el suelo, esperaba como los demás, quien sabe qué: probablemente á su querido si hubiese escapado con vida.

Bosquejo el tipo de esta amazona, digna de un cuadro, porque ese atavío es común á todas las mujeres que siguen aquellos ejércitos.

Nos acercamos á sus fogones y acometimos un grande asado, que hallamos excelente y necesario.

Tomamos lenguas. Adelantamos poco, sino es la espantable relación que nos hacían de los peligros invencibles de la gran laguna, que ninguno de ellos conocía sino de fama.

Habían entendido que ese iba á ser nuestro camino y procuraban disuadirnos. «Nadie entra por ahí», nos decían. «No vas por ay ché señor; esta es la *Maloya*. . . .!!»

No hay más que nombrarla, para que todos los correntinos estén de acuerdo en que aquel es el infierno!

—No tengás cuidao, vamos! me dijo Cabral, insitándome á entrar y tomando la delantera.

Para los combatientes que quedaban detrás todo había concluído.

Para mí recomenzaba la batalla.

Adelante!

Había razón para tenerle horror á la *Maloya*. Desde que entramos, aquellos juncas espesos nos alcanzaban á veces hasta la rodilla; en partes nos cubrían del todo. Se raleaban también á pequeños trechos y nos dejaban al descubierto, para volver á condensarse y envolvernos de nuevo.

Pero no eran los juncos verdes y lozanos los temibles, eran los cadáveres de los que habían vivido como éstos, y se habían sepultado por siglos quizás en el fondo.

La renovación constante del junco, daba lugar á que se formase un fondo artificial y movedizo que no resiste ningún peso sin hundirse. En su naturaleza absorbente, es el tembladeral que conocemos, modificado por el encatrado elástico de este piso.

Así pues, nuestra equitación era inquietante y extraña, fatigosa y mortificante al extremo.

Los caballos no podían andar naturalmente, sino á saltos. Daban algunos pasos regularmente y los encatrados del fondo los tomaban. Unas veces enredaban las manos, otras las patas; y se inclinaban de uno á otro extremo alternativamente. Medio se tendían á veces ó saltaban vigorosamente á su frente. No podían permanecer parados ni un segundo: se hundirían.

El grande auxiliar era la espuela. Era el tónico de salvación aplicado al ijar. A la menor vacilación era necesario animar al noble bruto que nos llevaba á cuestras. Su propio instinto y los estímulos constantes, los obligaban á hacer esfuerzos desesperados.

Por fortuna mi caballo era sin igual en pujanza, en mansedumbre y en brío: era un animal de gran poder.

Era uno de aquellos caballos destinados á obsequiar al comandante Osorio. No pudieron enviarse al Brasil por los estorbos de la guerra.

En este lance tenía que bendecir yo mismo la adquisición. Viéndolo luchar con el agua y las malezas, parecía tomado en las caballerizas

de Neptuno. Si hubiera escuchado desde la *Maloya* la voz tonante de Ricardo III ofreciendo su reino por un caballo, no le hubiera dado el mío: hallaba el precio bajo.

No bien lo sentía vacilar, lo tocaba apenas con la espuela; y aquel espléndido animal hacía un esfuerzo imposible y superaba el estorbo.

Mi valiente Cabral, aquí caigo y aquí levanto, iba delante, animándome siempre, creyendo que podía fortificarme alejando la idea del peligro.

Tenía que admirar, no sólo el carácter de aquel hombre, su ingenio y su previsión, sino su fortaleza.

Mientras que á mi todo me embarazaba, todo me era molesto en esta fatigosa jornada, Cabral llevaba consigo el bagaje de muchos: sus maletas, sus armas, su poncho pesado y el mío, sin sentirse agobiado con aquel cargamento.

Había anochecido. Felizmente había luna: se anunciaba con su claridad y no tardaría en ampararnos con su luz. A las ocho nos hallábamos todavía luchando con aquel mundo de obstáculos, pero se divisaban árboles á alguna distancia.

De repente Cabral se halló en conflicto. Su primer cuidado fué prevenirme.

—No es nada, señor: seguí no más.....

—¿Qué ocurre Cabral...?

—Nada...! Se me ha caído el caballo....

—Te alzaré en ancas si quieres.

—No señor; voy bien.

Con el agua á la cintura y en lucha con aquel fondo detestable continuaba con sus traspiés, y yo con mis saltos acrobáticos.

Estaba encima y amenazándome un instante angustioso.

Sentí como una depresión en el fondo de la laguna: los juncales subían á mayor altura y parecían crecer de repente. Me cubrían; y me hallaba como perdido en la espesura y en la oscuridad. Creí que por mi mal, la luna se había ocultado. Instintivamente continué bien por mi frente: era seguro que debía estraviarme.

Este conflicto y esta angustia en la respiración, duró poco. Me sentí despejado sintiendo el aire y alumbrándome la luna.

Fué realmente un momento amargo y entristecedor.

Seguí andando con mayor confianza, pero con el mismo aire de locomoción.

De pronto me hallé detenido! Mi caballo estaba á punto de venirse de espaldas sobre mí: la parte tracera estaba presa de aquella red del fondo. Parecía tomado hasta la mitad del cuerpo. Le arrimé las espuelas; y aquel impetuoso animal hizo un colosal esfuerzo, y lanzando un quejido, dió un salto, pero se tendió de costado y quedó perdido.!

No podía detenerme; no había que pensar en salvarlo. Lo tiré fuertemente de la rienda por si acaso lo ayudaba á levantarse, pero la tarea era imposible. Lo abandoné con pesar. Le

debía tanto! y me veía forzado á abandonar en el abismo aquella joya de su raza.

Mi asistente caminó algunos pasos para juntárseme y así continuamos algún rato.

Pisamos por fin en terreno sólido.

En aquella orilla descansamos un instante decididos á no detenernos sino á salvar pronto los obstáculos que aun se presentaban.

A muy corta distancia de esta orilla y de la opuesta en tierra firme, corría un arroyo profundo con una anchura de veinticinco á treinta metros.

Era preciso pasarlo; yo no sé nadar. Y sin embargo de mi ignorancia en el precioso ejercicio, había pasado todos los impetuosos ríos correntinos en la famosa *pelota* de cuero, frágil embarcación improvisada en que no anda muy seguro el pasajero inexperto.

Pero es que aquí no había *pelota*, ni similar de tosca traslación. No había sino los brazos; y los míos no me servían.

Era situación apurada. Dejaba á Scyla y caía en Caribdes. El arroyo venía á ser como un apéndice á la *Maloya*. El aspecto de esta posdata era menos tétrico: era de un aspecto falaz, que encubría el abismo con adornos primorosos.

A grandes espacios, por muchas cuadras á la vista, estaba cubierta el agua con espesos ramos de camalote, unidos entre sí; más ó menos espesos. Esas masas de camalote producen vistosas flores azules, grandes y carnosas, de una belleza

deliciosa. La luna que era de plata esa noche, se reflejaba sobre aquella enorme vegetación verde y pintoresca.

La superficie era encantadora; pero francamente, más me preocupaba el fondo.

Cabral me daba ánimo.

—No tengas miedo, ché patrón: por aquí vamos á pasar, me dijo con grande aplomo!

—Pero no sé nadar: me voy al fondo como una piedra.

—No hay cuidao, replicó: aquí no hay que nadar. Te echás encima, y de camalote en camalote estás al otro lao. Es muy cortito. No ves? De la orilla se puede uno dar la mano....

Bien intencionado el pobre, me hablaba en la lengua de los dentistas—«esto no duele....! sáquesela sin cuidado».

Se vencieron las vacilaciones y nos dispusimos á acometer esta aventura de Leandro. Nos dejamos caer sobre los tupidos camalotes. Cuando parecía que se hundían, hacíamos un pequeño esfuerzo y nos echábamos en otro grupo; y así, de uno en otro, íbamos avanzando hasta pisar la orilla. El pasaje fué breve aunque sumamente fatigoso.

Cabral alentaba mi confianza cuando veía su agilidad á despecho de la carga que llevaba consigo. Traía al hombro su maleta de lona que no quizo abandonarle á la *Maloya*.

Descansamos sentados sobre un albardón. Pasado el mal momento reaccionaron mis facul-

tades de admiración á lo bello. Aquel arroyo cubierto me parecía encantador! Bañado por la luna habían alternativas en la superficie iluminada, unas veces reverberando sobre las aguas como sobre magnos espejos, y á trechos embelleciendo más las flores azules y avivando el verde lustroso de los enmarañados camalotes.

Tenía casi olvidados los percances de la *Maloya*, de que iba felizmente á despedirme. Hasta cierto punto estábamos obligados á ufanarnos de esta Odisea, en que nos tocaba pasar los abismos por sobre puentes de flores.

Mi buen asistente tomó balance de su maleta. Se había salvado la botella de peltre que contenía excelente cognac.

—Bien Cabral! Todo se ha perdido. . . . menos el cognac; y aquel refrigerio en aquellas alturas y después de la jornada nos fué de gran provecho.

Nos retiramos hacia una alturita cubierta con algunos árboles. Allí recapitulamos ligeramente lo hecho y lo que había que hacer, pero antes de madurar el plan nos quedamos dormidos.

A la madrugada me tocó Cabral. Se sentían trancos de caballos y voces de personas que hablaban tranquilamente. Se acercaron. Eran soldados del ejército vestidos ya con sus trajes

de paisanos. Venían sin monturas pero con buenos 'caballos.

Tomamos informaciones sobre el lugar y sobre las poblaciones que se hallaban más cercanas. Teníamos la intención de llegar á pie á alguna de ellas. Nos señalaron la estancia de un señor Corro, que se divisaba no muy lejos.

Conocía de nombre al propietario y resolví dirigirme á su casa.

Les hice la proposición aventurada y un poco candorosa, de que me cedieran uno de sus caballos. Esto iba en mérito de nuestra confraternidad política y decadente. En último caso podía comprárselo.

Quedó resuelto que nos llevarían en ancas hasta la estancia de Corro y continuarían su excursión por el arroyo después de haber hecho una noble acción. Les indiqué de paso el sitio más ó menos, en donde abandonamos nuestros caballos, estimulándolos á acometer una empresa de salvataje.

El señor Corro, á cuya casa íbamos llegando, era un español que llegó muy joven y se casó en Corrientes con la señora Angeles Escobar, dama ya anciana, muy relacionada en aquella sociedad y con la política de los partidos.

Corro vivía desde algunos años retirado y completamente aislado en su estancia.

Lo encontré en la cama. Hacía mucho tiempo que estaba postrado. Era un viejo sordo de más de ochenta años, estenuado al extremo, de

aspecto antipático, con su cabellera blanca y enmarañada, y con un par de cejas que parecían bosques: me representaron al instante á la *Maloya*.

Estaba sentado sobre un trono de barro.

Cuando me le presenté inesperadamente, puede decirse, que lo tomé por sorpresa. Con un aire uraño y de manifiesta inquietud, me dijo:

—¿Quién es Vd.?

Me nombré; y le dije mi condición muy poco próspera del momento.

—¿Y que busca aquí. . . ?—Haga favor de retirarse. . . No venga á comprometer mi casa!

Procuré docilizarlo; pero es más difícil reducir una momia que un toro! Le hablé de misia Angeles, mi amiga; de sus yernos, de sus niñas, que no parecían retoños de aquella encina tan dura. Trabajo perdido. Las cuerdas sensibles de la naturaleza paternal estaban desde mucho oxidadas. No hizo caso; no hizo nada por precisar gratas nuevas.

—Está mal aquí, paisano. *Aura* no más viene alguna partida y lo ata.—Váyase de una vez. . .

Me estaba fastidiando tanta tosquedad y tanto egoísmo.

—¿Cree Vd., le dije, con modo áspero; cree Vd. que tengo gana de molestarlo ni menos de quedarme en su casa? Yo no le pido hospitalidad!

—Y qué quiere entonces? replicó.

—Que me proporcione caballos.

—Ni uno solo me han *dejao* sus amigos! Han barrido con todos los mancarrones.

—Entonces no puedo seguir: no puedo continuar á pie....!

Le hablé así con intención. El pobre anciano estaba inquieto con mi presencia. Tenía al demonio en su casa....

Mostró cierto aire de convencido y tomó una suprema resolución. Lo principal era echarme.

—Mire amigo, me dijo, como si hubiera salvado la Irlanda; lo único que puedo hacer es franquearle veinticinco pesos..... *sin responsabilidad!!*

Llamó á una maritornes rural, que andaba entrando y saliendo; esta le pasó una caja que hacía el papel de escritorio, y el viejo me contó lo ofrecido en billetes correntinos.

No necesitaba urgentemente dinero, pero lo acepté presumiendo contingencias.

El caso no era para ofrecer recibo, ni tenía más garante que mi asistente. Esto faltaba para completar la farsa y fué mejor excusar *la responsabilidad* de que se me exoneraba.

A la salida de la habitación del doliente, le comé un buen caballo á su capataz.

Ya Cabral había negociado algunos despojos de montura. No había perdido su tiempo. No pude conseguir por nada otro caballo: el capataz no tenía sino el montado.

Uno de los paisanos que nos trajeron con tan buena voluntad, viéndome en apuros, me ofre-

ció darme un caballo si quería llegar á su casa. No estaba muy lejos: nos dejamos conducir.

Esta era la hospitalidad criolla: el paisano correntino en su natural espontaneidad. Tenía familia y bienestar: nos obsequió agradablemente.

Le indiqué á Cabral que viese el modo delicado con que podríamos agradecer aquellas atenciones. «No hagás nada, patrón; eso no se paga» me respondió, rechazando mi indicación. Eso no impidió que hiciese un pequeño obsequio á una chiquilla.

Ambos soldados eran de la división de Paiba. Nos dijeron lo que sabían, que no era nuevo para nosotros. La división del general Garzón había entrado al campo de batalla llevando la confusión al ejército. Creían toda la infantería prisionera. No lo dudaba yo: no podía escapar de la derrota.

Nos despedimos con agradecimiento y nos pusimos en marcha.

Mi resolución estaba tomada. Seguir nuestra dirección á la costa norte del Paraná. Llegar al establecimiento que los señores Ruda tienen en *Yajapé*, en donde hallaríamos los medios de atravesar en el *Paso de la Patria*.

Seguíamos el itinerario procurando excusar las poblaciones. Había que andar pronto y no dejarse conocer.

Habíamos caminado algunas leguas y alcanzamos á ver recostados en los palos de un corral, á tres ó cuatro individuos que indudablemente eran oficiales de los derrotados en la batalla. Secaban sus monturas tendidas al sol.

Nos acercamos: con éstos no había peligro en ser conocidos.

La sorpresa fué recíprocamente agradable. Me encontré con el coronel Manuel Saavedra y con su ayudante el capitán Aldao.

La entrevista fué efusiva, comunicándonos lo que sabíamos, lo que presumíamos, y llegando al tópico de los respectivos proyectos.

—¿Qué camino sigue, mi querido amigo? me preguntó Saavedra.

—Me voy al Paraguay: no hay otro, le contesté. ¿Y cual es su programa?

—Yo? me quedo....

—Se queda! coronel....

En esto se me aproximó Aldao, hijo de Buenos Aires, de la antigua familia de este nombre, y me habló bajo.

—No lo deje, señor! Está empeñado en quedarse y está en peligro. No lo deje! me repitió con vehemencia.

—Pero coronel, Vd. debe venirse conmigo. Desde el Paraguay tomará su camino. Tengo dinero con qué ayudarnos. No perdamos tiempo!

Fué imposible reducirlo, fatalmente!

—La revolución está muerta para mí, me dijo con cierto desconsuelo. Estoy cansado y

cuelgo la espada, agregó con despecho. Decididamente me quedo. . . .

Todavía hice algunos inútiles esfuerzos para arrastrarlo. No pudiendo más, nos despedimos y continué mi camino.

Malogrado amigo! Aquella obcecación, aquella terquedad era su sentencia de muerte.

Me refirieron al poco tiempo, que un comandante montonero, alzado con su partida, y que tenía resentimientos por envidia contra Saavedra, hombre cultísimo, bella figura, simpático y con las preferencias femeninas en el pueblo de su residencia, aquel foragido había entrado con su fuerza en Caacatí, y sacándolo fuera de la población lo había fusilado.

El atentado no tiene nombre! La pasión zañuda de un ser oscuro y vulgar, destruye sin piedad una existencia preciosa!

¡Y tanto empeño perdido en el reparo de aquel corral por preservar su vida. . . .! No se puede contra el destino. . . . Así concluyó Saavedra!

Aquella resistencia que había combatido con tanta sinceridad vino á serme fatal.

La compañía de aquel amigo y sus adheridos, me habría preservado quizá del lance amargo que me ocurrió poco rato después.

Transitaba en ese momento por el departamento de San Luis. Sus hombres de la campaña eran tenidos por revoltosos, con propensiones inquietas y belicosas. Era una raza de hombres hermosos, generalmente rubios.

Pasaba al galope por mis inmediaciones, un miliciano armado de lanza que seguramente no era del ejército. Era simplemente un vecino armado y no me ocupó la atención.

Sin embargo, ese individuo se ocupaba de mí.

A poco andar y torciendo una punta de monte que sobresalía, se me presentó una partida de seis á ocho hombres armados con distintas armas.

Seguramente el jinete que pasó al galope momentos antes, nos espiaba.

El capitán de la partida montaba un caballo muy inquieto, caracoleando á mi alrededor. Amenazándome siempre con su trabuco, me intimó prisión.

Nos paramos sin hacer acto alguno de resistencia. No podíamos ni intentarlo.

Me esforcé en mostrarme sereno y hasta confiado.

—¿Por qué me prende, capitán? le dije.—Ha de estar equivocado. . .

—No estoy equivocado. Vos sos el escribano de Madariaga. Te he visto en el campamento.

—Y, adónde me lleva preso?

—Al ejército del general Urquiza.

—¿Qué ganará con eso, capitán? Qué me maten? Pero yo no le he hecho á Vd. ningún mal! ¿Por qué se echa encima mi desgracia?

—Vos sos enemigo: pagá tus culpas. Vamos no más. . . .

Nos echaron al medio de la partida y nos pusimos al trote.

De cuando en cuando le dirigía una mirada á mi guapo Cabral; pero no me respondía con ningún signo de inteligencia.

Examinando aquella gente, notaba que no eran de esos salteadores que se juntan para merodear en las épocas de conflicto. No eran figuras repelentes y antipáticas. Algunos de ellos mal vestidos; de aspecto muy pobre; otros, de mejores apariencias de condición; paisanos regularmente vestidos y bien montados; y todos ellos armados, con tercerolas, con sables ó con lanzas.

Era una partida de montoneros que proclamaban la causa de la invasión y se habían alzado para servirla.

Con la suprema autoridad de sus trabucos, se habían apoderado de nuestras personas; y aquel tribunal de á caballo nos condenaba, como decía el capitán, á pagar nuestras culpas y pecados.

En la marcha procuraba acercarme al jefe. No lo hablaba; no me daba ocasión: lo observaba.

Las gentes de los ranchos del camino, se asomaban con aire curioso: quizá nos compadecían. Alguno que otro viandante que pasaba, procuraba reconocer á los presos. Probablemente dirían — «han de ser algunos bandidos: bien hecho!».

Así habíamos andado un par de leguas. Hizo

alto la partida, y yo aproveché el momento de pedir al jefe que me permitiera bajarme un instante.

Me concedió la gracia; y noté que me la acordaba con aire hasta cierto punto bondadoso.

Debo advertir que este hombre no me inspiraba repulsión. Era de aspecto más bien simpático: lindo mozo, excelente figura, con bigote rubio y largo, con modales rústicos pero no torpes.

Me aparté á pequeña distancia, medio ocultándome detras de unos *renovalitos* de arbustos bajos, de manera que pudiera verme.

Lo llamé con una seña. Tenía mi plan de salvación y era el momento de ponerlo en juego. Venía estudiando mi proyecto durante la marcha. Para tentarlo me alentaban el aspecto de mi captor y los medios de que iba á usar.

--Capitán, le dije, ya sabe Vd. quien soy y la suerte que me espera. A Vd. no le va nada en este asunto. Me entregará y nadie se lo va á agradecer. ¿No podría Vd. soltarme y hacer un acto de noble generosidad, tan digno de un valiente?

Mi capitán no respondía á la nota heroica; no tenía esa cuerda en su registro.

—Tengo que cumplir con mi deber, me respondió, sin mostrar el menor movimiento en su semblante. Sos enemigo y por eso te llevo.

—Pero yo le puedo compensar, capitán, para

que contente á su gente. Le puedo *franquear* algún dinero por mi *rescate*.

Creía haber ido demasiado adelante con la sórdida proposición. Él me encarriló, dándome lugar para continuar en mi demanda.

Me miró con cierto aire de desdén compasivo; con cierta sonrisa de burla, pero alentadora. Al hombre le gustaba la plata.

—Buena facha *pa comprar gente*, me dijo—*Di aonde va á sacar medio...?*

—Tengo amigos cerca que me darán dinero. Puedo disponer al momento de alguna suma....

Me miró más serio de arriba á abajo, como filiándose en mi condición de proponente atrevido pero conservando su actitud incorruptible.

—Nada amigo: vos querés entretenerme no más. ¿*Diande* vas á sacar amigos con plata? Vamos de una vez!

—¿Y si se la diera aquí mismo...?

Lo tomé de sorpresa! Esta no estaba en sus libros.

Cambió el semblante y puso cara de duda: vacilaba. La cosa le parecía sin duda imposible, extraña; supercherías de apurado... Pero al mismo tiempo mi actitud resuelta trabajaba en su seducción; y sin decirlo, el hombre se vendía. No me prometía nada, pero no me desconsolaba. La venalidad estaba á punto de ceder: la codicia abría una rendija y me dejaba ver su alma.

En cuanto á mí, jugaba forzosamente el todo por el todo!

Tenía que usar de mi último recurso: del medio heroico! Si el hombre nos ponía en marcha era negocio concluído: estaba perdido.

—Mire, capitán, le digo la verdad. Déjeme seguir mi camino y le doy aquí mismo lo que tengo. . .

Saqué un cinturón que había llevado siempre en la cintura; y sin la menor vacilación y hasta con firmeza, se lo entregué.

—Tome, capitán, estas son diez onzas de oro. Acéptelas y déjeme en libertad.

El hombre quedó sorprendido! No sabía qué hacer. Movía la cabeza, miraba á su campamento. Temería quizá un rechazo; ó lo tendría deslumbrado el tamaño de la suma!

Él parecía ahora el preso.

Tomó el cinturón y con aire deferente, me dijo:

—Mirá; aguardate. . . ya vuelvo. . .

Y se dirigió hacia donde estaban sus compañeros.

Hablaba con dos de ellos. Los veía desde mi reparo. No parecía calorosa la conferencia: por el contrario, era tranquila, pachorrienta.

El consejo deliberaba sobre la suerte del preso. Por fortuna el defensor era el oro! Su sonoridad era más elocuente que Cicerón.

Sin embargo, había que conservarse dentro del azar de una contingencia aterrante. Aquellos hombres podían darme la libertad. . . ; pero también podían negármela y negarme el cinturón. . .

No quiero calumniarlos.

Espero!

—Está bueno, me dijo el capitán, llegando tranquilamente. Te podés ir.—Dios te ayude!

—Muchas gracias!

Volvimos á la rueda. La escena había cambiado. Aquellos hombres tan reservados, no eran ya enemigos. Me contaban como á uno de ellos. Había obsequios de *cigarros canela*: expansión en la charla guaraní, con ralas mezclas castellanas que pasarían bien por griego.

Con sus recientes amabilidades, se parecía el capitán sanluisero al dramático Roberto el Diablo, en aquella escena en que un coro de hadas lo seduce para que arranque de entre las tumbas el ramo misterioso.

Yo creo que mis onzas bailaban mejor que las vaporosas hechiceras.

Era ya tiempo de continuar la romería; y con los cordiales adioses nos separamos, yo más liviano y ellos más contentos.

—Ahora he sido yo el baqueano, Cabral.

—Has estao i poná, ché patrón!

Le conté la negociación. No quedó contento. Creía que podía haber transado por menos, como si fueran posibles los regateos en aquel lance, en que el caudal y los presos eran propiedad del capitán.

—Alegrémonos, Cabral, de hallarnos en libertad aunque la paguemos un poco cara; y entretanto, vamos galopando para desandar el camino perdido.

Galopábamos fuerte y procurábamos desentendernos de una que otra persona que encontrábamos, ó de algún soldado, quizá de los derrotados, tan apurado como nosotros.

Era necesario alcanzar pronto á la orilla del Paraná. Quizá esa noche llegaríamos á la casa de Ruda. ¡Ojalá!

Se divisaban á la distancia los montes muy espesos de la costa; pero la noche estaba encima. Apuramos: pero estaba ya bastante oscuro y corríamos el riesgo de extraviarnos.

Las reflexiones de Cabral comentaban el tema.

—Podemos andar perdidos en el monte toda la noche buscando esa casa, que no se divisa. Los caballos están rendidos. Es mejor que lleguemos de día.

Resolvimos hacer noche en el campo. Nos apartamos buen trecho de lo que parecía el camino y entramos en un montecillo; amarramos nuestros caballos é hicimos campamento sobre un blando pastizal.

Aquella era una noche de príncipe: esa era mi perspectiva. La fatiga del día; las emociones constantes; las agitaciones del espíritu y las mortificaciones del cuerpo, anhelaban ese lecho de flores que me ofrecía aquel campo. Me dejé caer en él, junto á Cabral, con quien departimos en voz baja sobre nuestra situación. Sin embargo, la reminiscencia de los acontecimientos más recientes me absorbían. ¡Qué suerte habrían corrido muchos de mis amigos! Estarían vivos

y errantes como yo? Ojalá! ¿Cuáles de ellos estarían tendidos en el fondo de las selvas donde buscaban refugio? El gobernador Madariaga, tan noble, tan virtuoso, tan enérgico ¿habría salvado en medio de aquella confusión en que lo dejé?

¡Qué diera por saber todo esto! Por abarcar la realidad de aquel enorme cuadro de dudas que me preocupaba!

Mis interrogaciones y mis confianzas eran con las estrellas.

Cabral estaba sumergido en las profundidades del sueño.

Todavía se entregaba mi imaginación al vuelo de las conjeturas, queriendo desentrañar probabilidades y formular cálculos, sobre las consecuencias que habría de producir para Corrientes y para la República, el desastre de una causa tan bien inspirada... pero el sueño me iba envolviendo. Tengo tiempo de pensar en todo esto con tranquilidad. Mañana habré dejado la orilla argentina y estaré en un instante en el *Paso de la Patria*...

Me quedé dormido; pero un mal genio seguía conspirando contra mí mientras dormía, y preparándome nuevos azares...

Sentí de repente que Cabral me despertaba cautelosamente.

— Qué hay...?

— Silencio, patrón... más bajo...

— Pero, qué tenemos?

—No sentís esa gente? Escuchá...

—Sí, siento ahora: es gente armada.

—Verdá. Es tropa de línea: fuerza del enemigo... No nos movamos. Aunque estamos retiráo no alcemos la cabeza...

Era tropa regular; no cabía duda. No la podíamos ver pero sentíamos la uniformidad de su marcha, con cierto orden, el ruido acompasado de sus armas y su completo silencio.

No eran éstos los pelotones, los grupos desordenados, bulliciosos, que habíamos visto antes. El oído nos estaba resolviendo la investigación en las tinieblas.

Fuése alejando el ruido poco á poco, hasta perderse del todo en el espacio.

—¿Qué piensas de esa gente, Cabral?

—No sé, patrón...

—Pero la verdad es que he pasado un mal rato: recién resuello fuerte. Si se desvían un poco nos pescan en el nido.

—No, patrón, estábamos lejos. Yo pensaba en otra cosa.

—En qué pensabas?

—En los caballos...

—Por qué en los caballos?

—Si relinchan lo que sintieron á los otros, dan aviso á la gente...

—Por qué no relincharían? Les debemos ese nuevo servicio á los pobres animales.

—Es porque felizmente están cansados, me respondió Cabral con su adivinación de Sibila.

—Entonces, hemos estado pendientes de un relincho, Cabral. Venturosa fatiga que hizo prudentes á esos pobres mancarrones, y benditos nosotros que los habíamos cansado!

Estaba amaneciendo. Nos pusimos en acecho, pero no divisábamos todavía sino sombras lejanas.

En aquellas regiones del planeta, la luz no va apareciendo con flemática lentitud. Los crepúsculos son de un instante. El día puede decirse que se presenta de sorpresa.

Entrego esas atmósferas á los que tienen qué hacer con ellas: que expliquen.

La aurora nos mandó una dulcísima emoción...! La casa que buscábamos se dejaba ver medio cubierta por los árboles.

—Mirá, patrón, ¡allí está la casa!

—Pongámonos en marcha, le dije á Cabral.

—Aguardate! Aquellos soldados de anoche andarán cerca. Bombiemos un poco.

—Tienes razón; pero conviene andar pronto.

—Allá viene un muchacho recogiendo las vacas.

Y Cabral con su agilidad habitual, galopó y se puso al lado del lejano pastor aparecido.

Había hablado con él cinco minutos, cuando lo ví venir á gran prisa derecho á nuestro campamento.

—Montá, patrón! me dijo sin bajarse. Montá y vamos ligero.

—Adónde?

—Seguime nomás; y se entró en el monte, no muy espeso, que teníamos al costado. Dentro del monte seguíamos galopando. Notaba inquieto á mi baqueano. ¿Qué ocurriría?

—Esa gente que pasó anoche, me dijo Cabral, está en la casa. Si hubiéramos llegado temprano como pensabas nos íbamos á meter en la boca del león.

—Diablos! ¿Y qué gente es esa? Averiguaste?

—Alcancé á ver dos soldados á pie con gorros colorados. Esto bastaba; pero le saqué al muchacho lo que pude. La fuerza llegó anoche. Es un escuadrón que marcha aprontando ganado para la división de Virasoro que viene del Uruguay, y quizá alcance á llegar mañana. Estos soldados, agregó de su caudal, no tardarán en desparramarse para comadrear y agarrar prisioneros. Andemos pronto patrón para alejarnos. Por acá no estamos seguros....

Continuamos andando ligero y nos internamos bastante en el monte. Cabral que era gran baqueano, tomó un caminito de animales y seguimos esa huella.

Veíamos á corta distancia un rancho de pobre apariéncia y nos dirigimos á él. A la misma casa iba llegando un paisano, ya de edad y de buen aspecto. Se notaba que había allí familia.

Cabral se adelantó un poco para tomar lenguas. El pretexto usual del *poquito de agua y*

del fueguito le sirvió de introducción. Es el modo de explorar la buena ó la mala voluntad de las gentes con que hay necesidad de entenderse.

Por lo visto tuvo buena acogida mi asistente. Nos bajamos. Permanecí un poco apartado mientras Cabral continuaba su diálogo con el paisano.

Una muchacha le presentó al paisano un gran mate, que le pasó á Cabral y éste me trajo. El paisano se acercó; y conocí en el semblante de Cabral que no abrigaba desconfianza.

— Este amigo, me dijo, también anda pasando trabajos.

— Ha estado Vd. en el ejército?

-- No señor.

— ¿Y qué le sucede?

— Un hijo mío ha estao en la pelea.

— ¿Dónde está?

— Cuanto llegó lo mandé á casa de una hija casada que tengo retirao de aquí. El alcalde no lo quiere y me lo puede perseguir.

— ¿Hay por acá un alcalde?

— Vive como á dos leguas.

Malo es que se hagan autoridades para situarlas en estos distritos, si no han de hacer otra cosa que inquietar á los que no las conocen, y perseguir á sus conocidos.

— Este amigo sabe que ha llegado la fuerza á la costa, me dijo Cabral, y cree que no estamos seguros en su casa. Puede allegarse alguien

y vernos. Pero nos va á ayudar mientras podamos seguir.

Las masas correntinas eran una especie de logia que se debía protección mutua, que uniformaba instintivamente sus juicios; por eso se explicaba esa cordialidad tan universal. Robustecía esas tendencias el uso de su dialecto propio, la uniformidad de sus costumbres y de sus ejercicios, la similitud de caracteres y de propensiones personales.

La hospitalidad era la primera deducción de sus condiciones geniales. El correntino albergaba al que lo solicitaba, (lo que es común por todos los pueblos de la República) pero, estaba pronto á dar amparo al que lo necesitaba arrojando todas las consecuencias. Si ese amparo se ejercitaba contra la autoridad, mayor era la abnegación. No reconocían nunca un criminal, sino un perseguido.

Así pues, en los lances calamitosos debían ser menos las desconfianzas y más fácil la inteligencia con esas gentes.

Mi observación no se limita á excepciones; la compruebo con el ejemplo de muchos.

Sea justicia merecida, sea que una providencia tutelar me protegía, el hecho es, que todas las personas con quienes me iba encontrando en esta larga aventura, francamente, me obligaban. Los hallaba buenos, discretos, espontáneos. Sin esa buena fortuna, habrías apurado mayores amarguras en la jornada.

Así es que, no encontré rara la buena voluntad del dueño del rancho en que estábamos.

No se atrevía el pobre paisano á insinuarme que siguiéramos nuestro camino, porque el peligro en que nos hallábamos era evidente. Habría creído, como los árabes faltar al gran precepto de su ley religiosa: á la hospitalidad....

—Mi amigo, le dije, creo que estamos mal aquí. Le agradezco su generosidad, pero es preciso que sigamos.

Mi asistente se interpuso y me dijo:

—Mirá patrón, ya estamos entendidos con el amigo. Nos va á esconder en lugar seguro por este día para que podamos disponer....

—Bueno, Cabral. En el escondite podremos corregir rumbos.

Montamos; y el paisano nos llevó después de varios rodeos al sitio designado en la mayor espesura del monte. Hízonos descender á un ancho pozo formado por irregularidad del terreno. Podría decir que era un gran bajo, muy profundo, muy pastoso y muy cómodo.

Nadie podría vernos aunque se aproximase un poco.

—No se muevan de aquí dijo el paisano, hasta que yo vuelva. Voy á saber algo por el rancho. Aquí están seguros.

Los mosquitos de esta comarca no eran tan humanitarios como sus señores. Nos hacían pedazos y nos cobraban el albergue al precio de nuestra sangre.

—Tenemos que salir de aquí, Cabral. Hay que abandonar el precioso itinerario que seguíamos. Hay que renunciarlo. No podemos retroceder. No nos queda otro camino que el de la capital. Nos hemos puesto en rumbo á Corrientes, no hay más que seguirlo.

—Así es, patrón. Si andamos mucho por acá al fin nos van á agarrar. En la capital hay recursos y uno se esconde mejor.

—Le temo al camino: á las partidas que podamos hallar, lo que no será raro.... Aquellos malditos montoneros nos robaron un día. Ya estaríamos en el Paraguay...!

—Olvidate de los bueyes perdidos, patrón: lo que no tiene remedio, á la espalda. Aura hay que llegar á Corrientes y atropellar nomás!

Pasamos casi todo el día á la espera del buen paisano.

Como á las seis de la tarde se nos presentó en nuestro profundo asilo, que era ya fatigoso, y nos tenía más cerca de los antípodas que de los que buscábamos en la superficie.

Este buen amigo nos improvisó un banquete. Nos presentó un gran pedazo de asado y una damajuanita con agua, sobre la cual dimos una carga anhelante. Para complemento de galantería me entregó una botella que parecía de ginebra.

—No señor, me dijo: Es la leche de las criaturas....

Me sentí conmovido por aquella muestra de

nobilísima generosidad. Le dí un fuerte apretón de mano con mis agradecimientos.

—¿Qué novedades ha recogido, mi amigo?

—A mi casa no ha llegao sino un pariente mío. Ya sabía de esa gente que llegó, y le han dicho que va pasando pa la capital. No hacen daño.

Le comunicamos nuestra resolución de seguir viaje. Le pedimos como último favor que nos pusiera en el camino y prometió estar con nosotros á la madrugada.

Al ser de día continuamos por el monte.

En esta jornada hasta Corrientes no nos ocurrió ningún lance digno de recuerdo. Algunas inquietudes como á las gentes que andan perseguidas, y nada más.

Marchábamos con todas las previsiones y todas las desconfianzas consiguientes. Llegábamos muy poco á las poblaciones, evitando en lo posible á los transeuntes.

Así nos aproximamos á las cercanías de la capital y pasamos una parte del campo que llaman «La Laguna Brava». Nos acercamos á un establecimiento que parecía un estaqueadero, y pedimos permiso para soltar nuestros caballos cansados, en un extenso campo que había á la espalda. Lo concedieron; y nos tomamos tiempo para cambiar algunas palabras. Supimos que al lado opuesto de la laguna había acampado una fuerza entrerriana, y se decía que traía algunos prisioneros de Vences.

Seguimos á pie á nuestro destino cuando ya era oscuro. Necesitábamos de la noche para entrar en la ciudad. Felizmente la autoridad urbana no era muy amiga de las luces: lo pasaba bien en las tinieblas. Qué preciosa es á veces la ignorancia ó el mal gusto!

Dimos un corto rodeo y nos dirigimos á la casa que necesitaba.

Mi asistente se puso á la vuelta de la esquina, y yo subí al alto veredón cubierto con su techo de palma, que formaba un ancho corredor á la calle.

Buscaba á un amigo de mi más grande intimidad, capaz de hacer todo por mí. Eramos contrarios de causa, pero la política no tenía nada qué ver con nuestras sinceras afecciones.

Llamé á la puerta; y por suerte se presentó él mismo.

—¿Qué busca? me dijo, sin reconocerme en la oscuridad. Hallábame además muy desfigurado con mi ropaje.

—¿No me conoces, X?

—¿Quién? —Tú! —Por Dios! te creía muerto!
—Todos tus amigos creen lo mismo —¿Por qué has venido á Corrientes? Aquí corres gran peligro!

—¿Crees que vengo á quedarme? —No pretendo entrarme en la jaula sino pasar cerca de ella.

—¿Adónde vas?

—No lo sé!

—En esta casa no puedes quedar; ya lo sabes. Aquí entran y salen todo el día personas que te son contrarias. Sería exponerte; casi entregarte.

—Lo comprendo; eso es imposible!

—Voy á acompañarte á donde quieras.— Dime ¿qué puedo hacer por tí? Debes necesitar dinero....

—Dame unos pesos: necesito despachar una persona á que estoy grata.

Volvió trayéndome algunos cóndores. Tomé la mitad y me disponía á irme.... Me detuvo un momento.

—Hazme saber en el acto en dónde te halles. Espera: voy contigo.

—De ningún modo! Pronto sabrás de mí.— Me despedí de un amigo muy leal.

Cabral estaba sentado en la vereda.

—Nos vamos á separar, mi buen compañero! Quien sabe lo que me espera. En toda mi vida te recordaré como al hombre más fiel y al amigo más leal....

Lo noté profundamente conmovido.

—¿Adónde vas, patrón, me dijo; te quiero acompañar....

—No, Cabral!—Adonde yo voy no puedo llevarte; pero voy seguro. Tú me has dicho que tienes muchas casas á donde ir y estoy tranquilo por tí.

—Por mí no hay cuidao, patrón.

—Toma esta friolera, mi querido Cabral!—
Cualquier cosa viene bien.

—¡Por nada, patrón! y se resistió á recibir
aquel dinero.— Vos vas á necesitar más que yo!

—Toma nomás, Cabral. Puedo hacerme de
recursos. No me faltará nada; y en tanto, adiós!

Me dió un fuerte apretón de mano; pero yo
me acerqué y le dí un abrazo estrecho: un
abrazo del corazón agradecido!

Se quedó en el sitio donde nos hallábamos;
y yo continué en busca de mi seguro asilo.

CAPÍTULO IX

SUMARIO:—Asilo amistoso—Estoy en buenas manos—Programa de la evasión—Medios en acción—Ingrata noticia: reflexiones—Terrible fin de Carlos Paz—Indicaciones—Mi impaciencia por partir—Peligra el programa—Marino inflexible—Otra vez corregimos el rumbo—Un argonauta en campaña—Asisto á una boda desde mi encierro.

Me dirigía á casa de uno de mis mejores amigos, y el más á propósito para ayudarme en tan espinosa situación.

Tomás, era un joven inglés, muy *acriollado*, interesante persona y completo caballero. Habíamos cultivado estrecha amistad, recíprocamente útil.

Era apoderado de varias casas de Montevideo y Buenos Aires, cuyas consignaciones valiosas recibía, enviando sus retornos en productos del Paraguay y de Corrientes.

Su giro era considerable. Tenía su gran barraca en las proximidades de la ribera. Estuve vacilando si me dirigía á ella. Preferí ir á su casa directamente en razón de la hora. Habitaba una casita muy chica situada á pocos pasos de la plaza principal.

Se hallaba fuera: fué preciso esperarlo! Me senté en el umbral de la puerta. Como á la media hora llegó; y con su agilidad habitual iba á

entrarse sin fijar su atención en mí. Lo hablé: se volvió de pronto y reconociéndome con asombro, me tomó del cuerpo y me hizo entrar con precipitación.

Cuando estuvimos en su cuarto y hubo cerrado la puerta, exclamó con muestras de gran contento:

—¡Me ha quitado una piedra de sobre el pecho! Lo veo y apenas lo creo todavía. Tenía como cierta la desgracia de su muerte.

—Ya ve mi querido que vengo en cuerpo y alma á pesar sobre Vd.

—Que esperanza! Me ha llenado de alegría su afortunada resurrección.

—He creído Tomás, que Vd. mejor que otros podía darme seguro asilo y ayudarme.

—Por supuesto! Es la mayor satisfacción la que me ha dado viniendo á buscarme en estos apuros. Es una prueba de su buena amistad! En cuanto es posible, aquí está más seguro que en otra parte. Vivo yo solo y tengo una sirvienta de toda mi mayor confianza. Nadie viene porque estoy ausente siempre. Almuerzo y como en la barraca, en donde expido mis negocios, así es que esta casa está casi siempre cerrada.

—La perspectiva es espléndida. Pero quiero renunciar lo más pronto posible á los goces de su hogar.

—También lo deseo! Es preciso salir de Corrientes.! Puede ser que le convenga ir á Montevideo.

—Precisamente es mi anhelo!

—Casualmente empiezo á cargar una goleta para allá, que estará lista en pocos días. Procuraré que se acelere el trabajo. Puede embarcarse Vd. en ella.

—Pero es fácil que me saquen de á bordo al pasar por algún puerto.

—Pienso en eso.... Lo esconderán en la troja y no correrá peligro.

Seguro en un instante de la excursión naval que he de agregar á mi Odisea; concertado el proyecto, pudimos departir tranquilamente.

—Oigo música, me parece....?

--Si: es la serenata que ha recorrido las calles, me contestó Tomás. Fiestas de vencedores!

—¿Y quién desempeña aquí el gobierno?

—El coronel Virasoro es el gobernador provisorio.

—Hay orden?

—No falta; pero hay tristeza. Quién no tiene algo que sentir después de Vences!

—¿Se saben pormenores acerca de los conocidos?

—Lo que realmente ha entristecido á todo el mundo es el fusilamiento del coronel Paz....

—El coronel Paz!—el coronel Carlos Paz.....! Qué me dice? Lo han fusilado...!

—Desgraciadamente.....

Con esta noticia recibí un golpe profundo en mis afecciones íntimas! La muerte de Carlos deja un reguero de pesares inmensos....; hijos

tiernos, esposa amada, amigos numerosos.... su país! Muchos corazones se enlutan á estas horas con la desaparición de esa existencia malograda, de esa personalidad joven y brillante!

Me sentí hondamente conmovido con esta noticia fátal. Era amigo de Carlos y conocía sus cualidades nobilísimas.

Por qué ha dejado caer esa mancha sobre su victoria el general Urquiza!

Por qué no ha bastado la sangre perdida en la batalla, en la pasión de la pelea ó en el desborde de la persecución iracunda! Esos horrores están por dentro del marco de los acontecimientos de la guerra con justa reprobación en todo el mundo! Por qué agregar estas inmolaciones frías, decretadas por la fuerza discrecional!

No atino á explicarme la causa que haya podido excitar este mandato de la voluntad desbordada.

Recapitulando los sucesos en que ha actuado Carlos Paz y que hubieran podido atraerle su fin tremendo y precoz, presumo que los estragos de su artillería hayan irritado al vencedor, que la suerte del coronel Francia derribado en el combate, hubiesen descargado sobre mi pobre amigo la feroz explosión.

No hallaba otra explicación!

He creído esa la causa impulsora; porque cuando pude reasumir los detalles y las peripecias de la batalla, llegué á apercibirme de que

Carlos Paz era la única excepción en ese procedimiento de su llorada ejecución.

Repudiada inspiración!

Fuera de los que cayeron en la lucha y en la persecución, no me consta que otros aparecieran sacrificados al rencor frío de la venganza.

No deben aparejarse del mismo modo los estragos aterrantes de «India Muerta» con los acontecimientos de Vences.

No hubieron en esta última recriminaciones sangrientas contra los vencidos. Los jefes y algunos oficiales que conocí y que fueron los prisioneros tomados en la infantería, fueron llevados á Entre Ríos y acompañaron más tarde al general Urquiza á Caseros. Los Toledo, los Palma, los Benavídez, los Ávalos, etc., eran muy principales figuras en el tenaz combate mantenido por la infantería en el desfiladero del Sud, en donde fué rendido el mayor número.

Delante de los hechos mencionados, aparece la sangrienta excepción de Carlos Paz más dolorosa y más condenable; y sin más explicación del sacrificio, que la inducción que ha obrado en mis impresiones y que creo probable.

Tomás me indicó que iba á retirarse.

—Voy á dejarlo, me dijo. Si no me ve pronto, no extrañe. Queda Vd. dueño de esta casa. Cuide de no dejarse ver de alma viviente, con excepción de la sirvienta.

La excelente mujer que me atendía era llena de bondad y de disposición á ser útil.

Su consigna era defenderme contra toda indiscreción. No abría jamás la puerta de calle sin cerrar antes la de mi cuarto, y dirigir á la barraca á los que pudieran buscar á Tomás.

Con estas prácticas bien calculadas, iban sucediéndose los días. Mi impaciencia por dejar aquel hospitalario encierro era cada día más acentuada, pero por mi mal no se terminaba tan pronto la carga del buque.

No me quedaba ya en mi revuelta cabeza, punto por estudiar, ni problema por resolver. Pasado, presente y porvenir, estaciones cada cual más importante, se daban estrechamente la mano.

Me iba á Montevideo dejando un mundo de ruinas. Montañas de trabajo, aglomeraciones de sucesos trascendentales en un instante desvanecidos! Esperanzas venturosas de corazones rectos para la suerte del país, escapaban como brisa pasajera que se desvanecía en los espacios.

Todas esas combinaciones concertadas con fines tan altos, eran para unos la ambición, para los más el movimiento espontáneo de los aspirados ideales. Un cuadro inmenso de acontecimientos había pasado delante de mis ojos, como esas figuras titánicas, fantásticas y hasta monstruosas que forman las nubes de la noche sobre el firmamento azul. Con la misma rapidez se

transforman en otras visiones ó en otras monstruosidades, hasta que se borran.

Para la adversidad, el silencio ha sucedido á la algazara; la impotencia al vigor; la indolencia á la actividad. Los que han salido con vida huyen ó se sumergen en la oscuridad. Este es una especie de limbo, en que todas las fuerzas se han detenido de golpe. En ciertas condiciones humanas este es un alto; una atonía de las transiciones fatales; como si se concentrase la savia en el árbol dormido, hasta que se renueve la circulación de la vida!

Vamos retomando el camino incierto que tengo delante y siguiendo como todos á lo desconocido, que al fin el porvenir es una aurora y vamos á recibir su luz!

Mis pasajeras melancolías desaparecieron con la panacea de una agradabilísima noticia que me dió Tomás.

—Tenemos fiesta, me dijo.

—Fiesta! ¿Emprendo el viaje á Montevideo?

—Se trata de bodas! Y á los dos nos toca ofrecer en el altar de himeneo nuestros ramitos de azahar.

—¿Quiénes son los afortunados novios?

—Esta noche son las bodas de nuestro Roberto!

—Se casa Roberto esta noche! Realiza por fin sus sueños! Me da la más dulce nueva! Serán esposos felices.

—Como no! Es un camote antiguo y ambos son muy interesantes.

—Irá Vd. á la fiesta, por supuesto?

—No pienso ir y lo siento. No deseo encontrarme con algunas personas del gobierno que problememente asistirán. Toda la casa de Escobar y Garrido está ligada á la actualidad y allí es la fiesta.

—Pero le contará Vd. á Roberto que hemos celebrado juntos sus bodas? Que hemos hecho nuestros votos del corazón por la dicha de los jóvenes esposos, y á la misma hora en que ellos se amarraban al lazo indisoluble!

Cuánta coincidencia singular se mezcla en el conjunto de sucesos que rodean mi vida en este corto tiempo!

¿Cómo había de imaginarme, que hubiese de llegar á mi encierro la noticia de esta fiesta en que yo habría tenido muy principal papel?

Es singular!

El mismo que en pocos instantes va á consagrar el día más feliz de su vida, parece el héroe legendario de una aventura sublime.

Roberto Billingham, tan conocido por sus nobles cualidades, miembro respetable del comercio de Corrientes, en donde vive, ha tenido realmente una juventud medio legendaria que necesitaría ser escrita.

Era un joven gallardo y noblemente inspirado en toda tendencia hidalga.

Siguió al general Lavalle en sus desastrosas campañas, compartiendo siempre todas sus acciones de guerra; y se incorporó luego en las filas de La Madrid, cuando ese general vino á Cuyo buscando allí un campo de batalla.

El famoso combate de «Rodeo del Medio» le fué adverso y sus restos perseguidos, acometieron la audaz empresa de pasar los Andes completamente helados.

El valiente joven arrostró esa penuria inaudita y llegó á Chile enfermo y ciego.

Cuando pudo valerse, se retiró á su país y se estableció en Corrientes, en donde se ejercitó con buena fortuna en el comercio.

Todo Corrientes lo estimó siempre y toda aquella sociedad lo distinguió con justicia.

En el seno de ella halló el secreto de su dicha, y concertó su enlace con la señorita Dolores Garrido, notable por sus preciosas dotes. Sin embargo, aquella boda tuvo que aplazarse. Las amenazas de la guerra estallaban y Roberto vinculado á los sucesos de Corrientes, se creyó obligado á seguir la campaña y asistir á la batalla de Vences en su puesto de edecán del general Juan Madariaga, hermano del general en jefe.

Salvó su vida, dejó cumplido su deber supremo y vino á responder á los deberes del corazón.

Formó en Corrientes una familia adorable y un hogar rodeado de todas las simpatías.

La fiesta de aquella noche tenía un inmenso prestigio sobre mi espíritu!

Realizaba sus ideales y aseguraba su felicidad un amigo que fué mi íntimo desde la primera juventud.

Por un capricho de los sucesos, á un paso de él, no podía estrecharlo ni golpear la copa de las alegrías!

Puedo garantir que no soy para enclaustrado. Entraría en toda tentativa de evasión aunque hubiera que cavar con las uñas. La imposición del encierro es desesperante.

No hay nada que pueda desarmar la impaciencia, la inquietud del ánimo y á veces á la desesperación.

Nada distrae, nada consuela, nada llena las horas. Los paseos por la habitación, que hacen zanja, no sirven de ejercicio; la lectura no entretiene, no se entiende: si se procura escribir no hay voluntad. Me costaba escribir un apunte de ocho líneas, yo que he llenado muchas resmas.

Es la idea de la imposición la que abruma. El retiro voluntario se anhela y á veces deleita. Qué corran por Dios las horas! Ya debo estar para irme.

Que chasco!

Uno de esos días, entra mi amigo un poco contrariado.

—No vaya á molestarle, me dijo. Todo se re-

media.... No hay estorbo que no se pueda vencer.....

—Pero ¿qué quiere decirme, Tomás?

—Que es preciso cambiar de plan.....

—¡Cambiar de plan á estas horas...! Después de tanto tiempo perdido....!

—Es indispensable; y todo lo tengo previsto. Hace dos días á que me ocupo en esto.

—Pero y el buque, no está listo?

—No es eso, me dijo Tomás. Estaba entendido con el contra-maestre á quien le parecía posible realizar la empresa. Su voluntad por desgracia no era decisiva. Dependía del patron, que se hallaba en el Empedrado y que regresó ayer, negándose rotundamente á hacer el servicio. Ni ruegos, ni ofertas, ni influencia, nada ha valido, tiembla á la idea de comprometer el barco y de comprometerse él mismo. No quería decírselo á Vd. hasta no estar convencido de no poder vencer la resistencia de ese hombre, y el barco se ha hecho á la vela..... pero.....

—¿Pero qué, mi querido....?

—Es preciso irse al Paraguay. Creo que aguas abajo no habrá quien lo lleve.

—¿Y cuál es su plan ahora, mi querido amigo Tomás? De qué medio podemos servirnos....?

—Estoy al habla con un hombre de confianza. Es un viejo francés que se ocupa en las industrias de las islas; á veces sirve de baqueano del río, hombre muy versado en esos ejercicios. Lo

conozco porque ha servido varias veces á la casa, y lo creo serio y audaz para acometer este lance.

—A la obra, entonces! Venga el argonauta galo; ese viejo Jason que ha de llevarme á la nueva Colchide en busca de la salvación del pellejo.

—No puedo precisar el momento, pero la partida será de un momento á otro.

El señor Sebastián Alegre (que reside ahora en Buenos Aires) era entonces capitán del puerto de Corrientes. Entre sus disposiciones policiales, ordenó que todas las embarcaciones menores se concentrasen en la capitanía al caer la tarde.

El francés buscaba modo de disponer de su canoa con algún pretexto. Era un viejo vecino de Corrientes, muy conocido y creía conseguir lo que se proponía.

CAPÍTULO X

SUMARIO: — Lúgubre noticia — Parte oficial de mi muerte — Presunciones — Listo á marchar — La virgen á mi favor — Excursión á la Rosada — Evasión — Navegantes mudos — Prudencia de mi piloto — A la costa del Chaco — Las tintas del Bermejo — En la isla del Atajo — Discusión en la canoa — Desembarco — Me vuelvo sobre la orilla — He quedado solo! — Robinson por tres horas — Me creo vendido — Composición de lugar — Cómo me salvo — Escuadrilla paraguaya — Con rumbo á Humaitá — En la guardia — Otra vez Solano López.

--Tengo noticias de Buenos Aires, me dijo Tomás entrando en la habitación; y son muy curiosas.

—¿Qué le dicen?

—Cosa singular! Algo que le concierne precisamente. Algo de estupendo! pero afortunadamente falso.

—¿Asunto que se relaciona conmigo?

—Precisamente. Y aunque se trata de un error, por fortuna, el asunto no es agradable.

—Sáqueme de la curiosidad....

—Ha circulado en Buenos Aires la noticia de su muerte en la batalla de Vences; y me escriben con mucho interés, para que inquiera todas las noticias y practique todas las diligencias consiguientes, por tristes que sean....

—Escribamos ahoramismo Tomás! Enviemos

de un modo seguro el desmentido. Me imagino y me agobia el pesar y los sinsabores de mi familia.... Es preciso tranquilizarla!

Me apresuré á escribir duplicados y á enviarlos con recomendación de urgencia bajo cubierta de la casa de Tomás.

Comprendía la angustia de los míos; el duelo de mi casa. Era necesario llevarles cuanto antes la tranquilidad!

Más tarde y cuando mi familia estaba ya segura de mi suerte, pude explicarme la manera agobiante y sorprendente cómo recibieron la noticia de mi muerte.

Vino á mis manos «La Gaceta» de Buenos Aires, con una nota en que se contestaba el parte especial del general Urquiza, que cayó como un rayo en mi casa!

Me imaginaba el melancólico cuadro de mi hogar; y confieso que de todas mis contrariedades ésta fué la más honda de mis impresiones, á pesar de que luego iba á desvanecer aquella triste noticia. Pero esta seguridad de que iba á deshacer el mal causado, no borraba tan pronto el surco que dejaba en lo más tierno de las afecciones el golpe que habían sufrido.

Este es el parte oficial á que me he referido.

“ ¡ Viva la Confederación Argentina !
“ ¡ Mueran los salvajes unitarios !

“ Palermo de San Benito, Enero 13
de 1848. — Año 32 de la Libertad,
33 de la Independencia y 19 de la
Confederación Argentina.

“ El Gobernador de Buenos Aires,
Encargado de las Relaciones Ex-
teriores y de los asuntos de paz y
guerra de la Confederación Ar-
gentina.

« *Al Exmo. Señor Gobernador y Capitán General de
de la Provincia de Entre Ríos, Brigadier Don
Justo José de Urquiza, General en Jefe del
Ejército de operaciones contra los salvajes uni-
tarios.*

« Por la muy apreciable de V. E. fecha 3
de Diciembre último, se ha instruído el infras-
crito, que con posterioridad al parte detallado
de la gloriosa jornada de « Vences », recibió
V. E. partes de los Jefes de divisiones que
seguían la persecución, por los cuales resulta ha-
berse tomado desde entonces, prisioneros de
los salvajes unitarios trece titulados jefes y
oficiales, y doscientos cuarenta y cinco de tropa,
habiendo inducciones vehementes de que, entre
los muertos se encuentran el titulado Coronel
Jefe de la artillería Carlos Paz, y el instigador
perverso Federico de la Barra, titulado Secre-
tario del cabecilla, también salvaje unitario,
Joaquín Madariaga.

« El Gobierno refiere á V. E. en contesta-

ción á su citada muy apreciable nota, á lo que se le dice en respuesta á la de 28 de Noviembre último en que dió cuenta detallada de la inmortal y gloriosa victoria de « Vences ».

« Dios guarde á V. E. muchos años.

« JUAN M. DE ROSAS.

« *Felipe Arana* ».

Salvo lo de la *perversidad*, acepto lo de la *instigación*; porque en realidad, el lote de acción que me cupo en la serie de acontecimientos que rodearon aquella cruzada, fué abultada en trabajo y en responsabilidades.

Si ese rol me atraía airadas recriminaciones, me las hicieron sentir, quizá sin propósito directo, con la publicación de ese parte que tanto pesó sobre el corazón de los míos.

Retrotrayendo los hechos; mientras se deploraba mi fin con emoción sincera, yo andaba defendiendo la vida por entre aquellos andurriales que dejaba recorridos, y superando todas las contingencias que venían amenazándome.

Procurando explicarme en qué caso concreto ha podido inspirarse el Parte, para consignar el hecho trasmitido; quién habría comunicado la noticia á los jefes que perseguían; y resolviendo probabilidades, he creído darme una solución muy posible.

Los jefes que conducían la persecución por los dos flancos, cuando salimos de Vences con

mi inolvidable Cabral, eran principalmente Nicanor Cáceres y el coronel José Virasoro.

Esa fué la razón por qué mi asistente me aconsejó que acometiéramos el pasaje de la *Maloya*. Cabral sentía, por los tiros y por la algazara, la dirección en que perseguían los vencedores por fuera de la laguna.

Esos jefes, si fueron ellos los que comunicaron la noticia, no pudieron tomarla ellos mismos en el terreno que abrazaban.

La partida que me prendió no tenía seguramente interés en denunciarme; los habitantes de la casa de Corro, darían en todo caso mi fe de vivo.

Así pues, me atengo á esta fórmula para ponerme seguramente en lo exacto:

Los excelentes paisanos á quienes estimulé al salvataje de mi caballo perdido en la *Maloya*, ó cualesquiera otros, tomaron mi montura. En la cabezada de plata del recado, estaba grabado mi nombre completo. Era un regalo que me había hecho el gobernador Madariaga.

El que tomó la montura, comunicó á alguno de los jefes mi fin cierto; y de ese ó de otro modo aproximado, llegó á conocimiento del general en jefe, para darme sarcófago en «La Gaceta»; felizmente sarcófago de papel.

Impaciente estaba por ver á Tomás, que tardaba un poco. Ansiaba por conocer el estado de la partida. Quería emprenderla de una vez; y ante la idea de respirar el aire libre, todo me parecía subalterno, hasta el peligro. Me encontraba en mala disposición de ánimo. Era forzoso cambiar de una vez la escena, esta vertiginosa escena del encierro expectante!

Cuando llegó mi amigo, dióme cuenta muy grata, de haber expedido mis asuntos principales: mi correspondencia para Buenos Aires.

El famoso argonauta estaría pronto de un momento á otro. Avisaría en el instante.

Al siguiente día y fuera de la hora de costumbre, llegó mi amigo con aire placentero; y con su jovial animación me dijo:

— ¡Estamos prontos! — Todo está listo y calculado para esta noche. . . .

— Bravo! — Qué hay que hacer?

— El francés lo hace todo. — Vd. no tiene más que salir de aquí solo y su alma á las doce de la noche, procurando disimular sus modales propios.

— Convenido! Me haré el gañán más ordinario. Felizmente mi ropaje tosco es apropiado para transformarme.

— A la hora indicada se dirigirá Vd. á la bajada que conoce, en la *Rosada*. Esperará en el callejón hasta que sienta la canoa ó el individuo lo busque. Habrá puntualidad concer-

tada y sabe que á esa hora no se mueve un mosquito. No hay cuidado....

Me puse á la espera de la hora convenida.

Qué terrible es esperar para una fuga! Todas las esperas abruman, pero ésta desespera.

Un sentimiento de los más nobles, de los más consolantes en las ocasiones extrañas, vino á mezclarse en mis preocupaciones tan confusas del momento: á hacerme mucho bien.

Aquella pobre mujer, mi guardián, que tanto me había servido, estaba al corriente de las confidencias de mi evasión. Esta vez entró á verme y como á despedirse. Era una mujer de corazón; y conmovida su sensibilidad, creía darme saludable auxilio, invocando para mí los favores supremos en que tenía toda su fe.

—Señor.... me preguntó; se va siempre esta noche?

—Sí, mi amiga. Dejo ya de darle trabajo.

—¿A mí, señor....?

—Le puedo asegurar que si la he molestado, sinceramente la he agradecido.

—Le voy á pedir un favor, me dijo con aire tímido y embarazado, como la que cree hacer mal por necesidad.

—Pida nomás: ojalá pueda servirla.

--Le ruego, señor, que me haga el favor de darme un peso....

Me chocó aquel pedido en tal ocasión... Me hizo mal!

—Le pido ese peso, agregó con más firmeza,

para mandarle decir una misa.... La señora lo ha de ayudar!

Reaccioné dulcemente con aquella ingenuidad, con aquella inspiración tan convencida. Le pedí perdón en mi conciencia de aquella especie de calumnia que le hice un instante, amenguándole la intensidad de su impulso ferviente.

Se acerca ya la hora.... Va á ser media noche....!

Vamos pues, á acometer esta nueva jornada.

Nos hicimos con Tomás nuestros últimos encargos. Se abrió la puerta dejando en profunda oscuridad el zaguán; y me lancé á la calle....

Andaba atinado Tomás. No encontraba gente en mi camino, sino algún viandante que se veía lejos. Desgraciadamente no faltaban perros molestos, que no hacían su papel de amigos del hombre, sino de delatores impertinentes.

No era difícil tomar el aire vulgar que me recomendó Tomás. Aquellas calles eran sumamente arenosas. No oía uno ni su propio ruido, ni sonido que estimulase el aire marcial. Se transforma uno como el elegante en pántuflas.

Llegué á mi destino!

Estoy á salvo hasta la cintura. Un esfuerzo más y queda mi integridad completa y libre.

Casi al llegar á la esquina en que debía tomar la bajada, me encontré con un soldado de gorra colorada á quien despedía una mujer

á la puerta de una pobre casita. El soldado continuó; y al pasar cerca me dijo:

—Buenas noches....

—Buenas noches.... le respondí.

—Vamos á ver, dije entre mí, si no es malo que se mezcle el amor en este cuadro instantáneo. Quiza el genio de las supremas ternuras es propicio á los lances apurados.

Bajé el callejón.

No divisaba nada.—Esperemos!

Tenía enfrente la inmensidad del Chaco, hacia adonde iban bajando las estrellas. Las tres Marías parecían de brillantes: una diadema de luces sobre una hermosura dormida.

Atención!—Veo con emoción que se acerca la canoa. No le doy tiempo para que atraque. Me dirijo á la orilla; me sumerjo en ella; y mi francés, sin hablar palabra, rema y rema aguas arriba.... Estamos en salvo.... A lo menos fugamos!

Nos habíamos entendido con el francés sin hablar una palabra. Era lo que importaba: estar callados.

Sabíamos nuestro papel de memoria: él conducirme y yo estar quieto. Me indicó que me acostara en el fondo de la canoa, que era cómoda y segura. Esta precaución dejaba ver un solo bulto.

La corriente era poderosa: el río estaba alto; y aquel bravo marino remaba con pujanza y serenidad.

En las cercanías de la Estigia, lo habrían tomado á mi viejo francés por el tétrico Carón conduciéndome al través del Aqueronte. Y, lo que suelen hacer las ficciones: llevaba en el bolsillo el *óbolo* en vez de llevarlo en la boca. Realmente, debía darle una moneda como testimonio de haber llegado á mi destino.

Empezaba á amanecer y pasábamos por delante de la Batería. A más altura, el nauta paranaense comenzó á irse alejando de la orilla y tomando dirección diagonal, para cruzar con menor resistencia á la opuesta orilla.

Parecía que avanzábamos poco á despecho del brazo pujante de aquel viejo tripulante del *Argo*. Naturalmente era inquietante esa parsimonia. Hubiera deseado hablar como hoy, la lengua de los *24 nudos forzados*, que es familiar á bordo de nuestro crucero «Buenos Aires».

Aquella travesía era matadora, no porque fuese molesta, sino porque nos mantenía demasiado al alcance de la boca del lobo.

Tomamos por fin la costa del Chaco y mi piloto remó con firmeza siempre, entrando en una caleta que se internaba con mil vueltas, medio escondida por la alta vegetación y por los árboles.

Allí descansó un poco el alentado remero para retornar pronto su ruda tarea. Estábamos en ese sitio perfectamente seguros. Qué silencio! Qué soledad!

Hoy consuela hallar esas costas pobladas con

sus villas recientes, en contacto directo con los puertos y las poblaciones de la República; escuchar la voz humana, el esfuerzo y la actividad de la industria; naves que se acercan, productos que se extraen, colonos que llegan; el espectáculo en fin, de la civilización, del progreso naciente, presagiando un desarrollo de grandeza infinita.

Ese aspecto salvaje de una naturaleza espléndida, no dejaba apercibir por entonces las revelaciones de una transformación cercana, sino vagos preludios del estudio técnico alborando embrionarias esperanzas.

Más allá de esos pajonales, de esas espesuras, de esos bosques en donde no respiran sino alimañas, se divisan sin duda los ríos caudalosos que vienen corriendo á través de las planicies boscosas por millares de leguas. Que llegan á derramarse en los estuarios como indicadores providenciales de rutas desconocidas, como heraldos de un porvenir infinito, conductores de hombres, de ideas, de fecundo y opulento comercio.

La ignorancia de tantos primores creados para fines venturosos, le cuesta á nuestra hermana la República de Bolivia, los infortunios devorados y la extenuación en que está envuelta. Hace mucho á que sus provincias olvidadas del Sud, debieran estar en esa orilla asombrando con sus riquezas inapreciables. Quizá el problema de su verdadera integridad, se habría

resuelto al reflejo de esas aguas luminosas como faros, abriéndose la vida exterior que le falta, y corrigiendo la geografía que le impuso Bolívar.

El humo del carbón de piedra viene zahumando estas orillas de la región argentina, y procurando hacer fuerza invasora, para llevar por el desierto las conmociones del vapor quién sabe hasta adónde!

Voy navegando ya por las aguas del Bermejo, que no se mezclan con las del Paraná en su margen derecha. Es una faja perfectamente colorida hasta cierta altura en que se confunde. Eso muestra la masa caudalosa de ese río interior, que viene impregnado con los aromas de nuestros pueblos del norte.

Estamos en la isla del *Atajo*....

Me espera aquí una gran contrariedad, hija de la imprevisión....

El francés llegó con su canoa á la costa de la isla. Atracó con gran facilidad á un punto muy accesible y bajo.

Creía que íbamos á descansar. No era eso!

—Aquí se va á bajar, me dijo.

—¿Cómo? Y qué tenemos que hacer aquí?

—Al otro lado de la isla, continuó; siguiendo por esa abrita, está la escuadrilla paraguaya: ese es su fondeadero: no tiene más que llegar á ella.

Todo esto me lo decía como la cosa más natural y con visible confianza.

—Pero yo no vengo buscando barcos sino la costa paraguaya! Qué diablos! Sigamos hasta un punto en donde encuentre á alguien, una población, un rancho....

—Pero señor, si está á un paso el punto que le indico.

—Lleguemos entonces á la escuadrilla.

—Es lo que no puedo, me dijo con cierto acento de bondad y hasta suplicatorio.

Me sorprendí, naturalmente. Me imaginaba que había caído en un lazo y tomé una actitud menos deferente con mi piloto. |

—Cómo! ¿Qué no puede llevarme adónde está obligado? ¿Qué quiere decir ésto? Por qué no puede llevarme á los buques paraguayos?

—Porque no puedo llegar.... señor! No me haga mal, cuando ya lo he puesto en salvo.

—¿Y cuál es el inconveniente,? diga Vd....

—Estoy sentenciado á muerte por los paraguayos, me dijo con una expresión muy natural: sin alterarse.

—Sentenciado á muerte! ¿Ha cometido Vd. algún delito? le pregunté ¿Por qué está Vd. condenado?

—Por un contrabando en que fuí sorprendido. Yo no soy ningún criminal!

Me dijo que había logrado fugar abandonando la presa: pero que había llegado á su noticia el estado de irritación de los paraguayos y el estigma que sobre él pesaba.

Cualquiera que viese aquel hombre lo absolvería en el acto. Su aspecto era tranquilizador y amistoso. Era un viejo simpático que revelaba honradez.

Le dí crédito. Aquel era un pecado venial que apenas lo obligaría á permanecer algunas horas en el purgatorio. Sobre todo, la ocasión no era para hacerle un juicio por inobservancia de la ley de aduanas. Quizá le habían exagerado el feroz anatema de los paraguayos.

Lo conocía Tomás y se había fiado en él. Era vecino antiguo de Corrientes y hombre de profesión y de trabajo. Con sólo verle su aspecto, estaba filiado moralmente de manera favorable.

Debía fiarme de él; y por otra parte no había más qué hacer.

—Bueno, mi amigo!—Se va á llevar mis noticias á Tomás y á referirle nuestro viaje. El le va á agradecer bien, y por los dos, este servicio que me ha hecho.

—No tiene más que seguir esa abrita.... derecho no más.... y va seguro hasta el otro lado. Allá va á encontrarse con los barcos.

Le entregué una moneda inglesa que debía presentar á mi amigo como señal de mi feliz llegada. Nos dimos un fuerte apretón de mano y me dirigí á la *abrita*...

El diligente marinero se deslizaba por sobre un espejo y yo caminaba á sumergirme en un antro.

Entré, apartando las malezas y avanzando con trabajo por el matorral, entre ramas espinosas. Procuré seguir derecho siempre, dando traspiés en la espesura y salvando pozancones cubiertos. Por allí no más hallaría la senda.... No veía nada: no veía traza alguna sino confusión agreste y salvaje.

El camino se accidentaba más: me detuve. Decidí no continuar. Era imposible! Temía que me tomase el vértigo y no quería perturbarme. Me dí vuelta y resolví desandar el camino que había recorrido. Era fácil extraviarse antes de retomar la costa.

Llegué felizmente á la orilla con anhelante impaciencia, para llamar á mi francés y refugiarme de nuevo en su canoa.

Imposible!

Aquel barquichuelo, sobre aquella corriente tersa y poderosa había volado. Saqué instintivamente un pañuelo para hacer señales. Era un absurdo esperar que me viese!— La canoa se iba convirtiendo en un punto negro sobre aquella superficie reverberante.

Me acometió esa angustia de las situaciones supremas en ocasión de serios peligros. Volvía de nuevo á las desconfianzas, á los juicios airados contra aquel hombre que me había engañado!—¿Por qué me ha sacrificado?— ¡Esta es una traición inicua!—¿Lo habrán comprado los que tengan voluntad de perseguirme?

Luego venían los reproches contra mí mismo, contra mi irreflexión, contra mi ligereza y mi pueril confianza; y por fin, subía del corazón una fuerza benéfica de reacción, que desvanecía aquellas debilidades y aquellas entristecedoras congeturas.

Me puse en la atmósfera más clara, más varonil, más consciente, y pude darme cuenta de mi situación. Pude reconocer recién el espacio que me rodeada, tan extenso y tan claro.

Es indudable, que cuando se ha luchado y se han superado contrariedades en la vida, se adquiere cierta confianza en su propio destino. Las nuevas adversidades no son ya tan imponentes. Es más familiar la idea de hallar siempre hados propicios!

—En este lugar, me decía, no puedo estar perdido aunque se haya buscado perderme. Es imposible que en algunas horas no se vea un barco, una canoa, una hangada, algo que pase por estas aguas. Estaré en acecho y haré señales á la primera aparición. Creo que me exagero el cuadro de mi situación y que no hay un peligro tan irreparable.

La majestad del espectáculo que tenía á la vista, tan vivo, tan deslumbrante, debía contribuir á la tranquilidad de mi ánimo.

Recorría la playa arenosa, entre la barranca y la orilla del agua, variando los puntos de vista.

Noté en la arena algunas pisadas de animales, que por el tamaño parecían de carpinchos;

pero estas señales me sugirieron nuevas aprensiones. ¿No habrían tigres en esta isla....? ¿Por qué no? Esta es otra, que recién me ocurría! Pero no en todas las islas hay de esas fieras.... ¿por qué las ha de haber en ésta? Prueba es de ello, que los marineros y los leñateros duermen á pierna suelta sin que nadie se los coma....

Con todo: vamos pensando un poco en las posibilidades. Si me toma la noche, adelantemos precauciones.

La primera que me ocurrió, fué el amparo de los árboles corpulentos y frondosos.

Pasé revista á algunos de ellos y me subí al que me pareció más accesible y más cómodo.

Desde allí la vista se dilataba infinitamente y el esplendor del paisaje resaltaba más. El cuadro era espléndido!

No hay nada más majestuoso que aquella conjunción de enormes masas de agua, que se enlazan como hermanas sublimes en la creación.

Parece que ambas se diesen cita, para correr abrazadas por entre jardines, hasta envolverse en el mar.

Continué recorriendo la barranca con suma atención y con la vista fija en las costas. Me pareció ver alguna vela á la distancia; resultaba al fin ser algún pájaro y se desvanecía la ilusión....

Las esperanzas cambiaban su perspectiva. Me parecía oír voces muy distantes. No quería fijar mi atención de temor de engañarme siempre; pero mi desdén era aparente, porque el pensamiento no quería distanciarse con aquella fantasía.

Si hay voces y yo las oigo, también podrán oírme á mí... Por qué no? Se me ocurre disparar más bien un tiro de pistola; pero reflexiono en que podría perderlo y no tenía como reemplazarlo.... Quanto más escucho más me afirmo en la idea primera, y me esfuerzo en poner mi tensión más íntima con los rumbos que me envían aliento.... Ensayo mi único recurso: me pongo á dar voces de socorro, dilatándolas lo más posible para que no amenguasen en el espacio; y lo cierto es que aquel murmullo lejano se hacía más persistente y hasta oía golpes dados en madera.... No hay duda!... por estas cercanías hay gente...!

Y tan es verdad, que al poco rato oigo ruido de remos y voces humanas que conversan en cierto desorden.... y hasta que ríen...!

Una larga canoa con cuatro ó cinco hombres, se me puso enfrente. Le hice seña y se acercó sin demora. Un individuo, que me dijeron oficial, venía parado sobre la popa y apoyándose en un fusil.

Me bajé más que de prisa....

— ¿Quién es? me dijo, con su entonación guaraní el recién aparecido; y con su tuteo usual.

—Soy conductor de comunicaciones muy importantes para el señor general López, le contesté.

—¿Y la embarcación? me preguntó con aspecto de extrañeza.

—Se volvió, porque yo venía con destino á la escuadra y estando tan cerca no la necesitaba. No acerté á dar con la senda y me venía dirigiendo por la costa.

—Subí no más. La escuadrilla está muy cerquita.

Un golpe de arrepentimiento me dió el corazón! Le pedí perdón en mi mente á mi guapo francés.....!

Había tenido la previsión de traer una carta preparada para Solano López. Podía ser rechazado por sus subalternos y no había entonces á quien apelar. Le pedía su hospitalidad, en términos seguramente más tocantes que los desprendidos desde el Belerofonte!

En el trayecto supe que mi conductor era oficial de la escuadra. Al ver el uniforme nadie lo habría pensado. En mangas de camisa y las faldas flameantes al aire libre. El gran sombrero tradicional, y unos calzoncillos que se volvían flecos desde la rodilla.

Su fisonomía era abierta, lindo color y linda cara. Figura y trato simpático, era el aspecto general de aquel bienaventurado surgido de las ondas.

Poco caso hizo de mí, lo mismo que su tripu-

lación. Se limitó á remar y á conducirme á la escuadra.

Se había separado de aquélla, hacía buen rato y estaba próximo al sitio en que me encontró. Es por eso que alcanzó á oír mis voces con que acerté con pedir socorro. Creyeron que era algún marinero paraguayo el que llamaba.

La costa de la isla del *Atajo* en que yo desembarqué, no dejaba adivinar sus dimensiones. Parecía muy reducida y sin embargo por el lado opuesto era bastante extensa. En esa prolongación hacia el norte, y en un recodo muy cómodo, estaban amarrados los buques paraguayos. La escuadrilla se componía de tres pailebots y varias balandras, botes y canoas. La artillería era un mosaico. Unas cuantas carronadas de fierro de distintos tamaños, y dos ó otros cañones pequeños de bronce y de fierro de distintos calibres.

Me presentaron al almirante. Era un individuo como de sesenta años de edad, bajo y muy delgado, de ojos pequeñísimos de una vivacidad extraordinaria, y él mismo, de una agilidad asombrosa.

Casi toda la tripulación estaba acampada en tierra, casi al costado de los barcos, formando grupos, con sus fogones y sus útiles más necesarios. El almirante ocupaba una barraca improvisada con una vela de buque y espeso ramaje de árboles. La habitación era extensa y almacenaba sacos y bolsas que contenían los aprovisionamientos.

El racionamiento lo presidía y aun lo distribuía el mismo almirante, probablemente obedeciendo á su natural movilidad. Con una mano manejaba una vasija vegetal con que repartía ciertos cereales, y con la otra no cesaba de fustigar los mosquitos que le acometían las piernas. Estaba siempre armado de una pantalla de palma.

El almirante habló con el oficial que me condujo; y dirigiéndose á mí:

— ¿Qué se te ofrece? me dijo, interrogándome y filiándome. Sin dejarme contestar, continuó: ¿Dice que traes comunicación? Veamos pues. . .

—Agradeceré á Vd. señor almirante que me haga conducir á donde esté el señor general López. Tengo comunicaciones importantes para él.

—No puedo mandarte, me contestó. Voy á remitirle la correspondencia.

—Pero tengo necesidad de hablar con él. Es indispensable, le supliqué.

—Así será; pero es preciso su permiso. Es orden y no puedo mandarte.

El modo tan terminante de expedirse, no me permitía insistir demasiado en mi petición, sino atenerme á sus resoluciones aparentando que las reconocía por muy justas.

—¿Tardará mucho en recibir la comunicación el señor general?

—Quién sabe cuando contestará. El general está cerca: está en Humaitá.

—¿Entonces será preciso esperar su contestación...?

-- Así no más es! Sentate por ahí; me señaló un banquito muy tosco que no estaba muy distante de su carpa.

Le entregué la comunicación. Con intención y para darle exterioridad, le había puesto un sobre abultado y dos sellos de lacre colorado y bien chillón. Las apariencias imponen siempre. Como dice el marqués de Pombal; «en las cuestiones de estado la buena forma es el todo».—Ello es que según me dijo el almirante, se puso pronto en viaje mi aparatoso pliego.

Un mocetón, que sería asistente del almirante, me trajo un mate, supongo que de orden superior. Aquel mate era de dimensiones opulentas. Tardé bastante tiempo en concluirlo y el pobre sirviente, sentado en el suelo, abofeteando mosquitos, parecía bien avenido con su oficio, mejor avenido que aquellas sirvientas que en Buenos Aires se llevan horas seguidas cambiando de postura, mientras las visitas chupan y chupan con implacable intermitencia.

Encontré excelente el mate, pero no pude pasar dé dos. Cuando me trajo el tercero se lo tomó él mismo, como compensación de su trabajo.

Nadie me hizo caso. Me puse á pasearme lentamente por la orilla. Mi almirante andaba por los barcos. Los tripulantes subían y bajaban por las planchadas ó estaban indolentemente echados.

En ésto sonó un clarín! Todo el mundo se puso de pie rápidamente; los que caminaban se detuvieron; cada cual se colocó la mano reverente sobre la frente ó sobre el sombrero, mientras duró la sonata. Se tocaba la oración. Este acto relevaba de las obligaciones diarias, dejaba á unos ocuparse de su cena y á otros de consagrarse á su mate.

Era la hora de holganza y por consiguiente no faltaban su par de guitarras por los fogones.

Mi almirante se me acercó y con cierto aire más amistoso, me dijo:

—Te van á dar un poco de comida. Has de tener hambre.

—No falta, señor almirante!

El mocetón del mate me trajo un plato de caldo de la cocina de su jefe, y de mano á mano me sirvió un gran *chipá*, de difícil digestión para los que no lo conocemos. Es un amasijo que lleva mezclada una buena parte de queso. La cena me pareció un banquete! Tenía necesidad de ella.

El almirante se sentó en una hamaca de cuero que le servía también de cama; y allí fueron acudiendo uno que otro de sus subalternos, no sé si simples tripulantes ú oficiales. No podía distinguirlos por el uniforme. Todos ellos se sentaban en el suelo y así se mantuvo la tertulia por algún tiempo. Debió ser amena por su tono festivo y la verbosidad con que se disputaban la palabra.

El asistente conocido me indicó que podía usar de un montón de lona arrollada, para descansar; pero en el Paraguay la hora del descanso es la hora de la gran tarea. Acuden las nubes de mosquitos á reclamar su presa y á acompañar con su música aterradora su nocturno festín.

La mayor parte de la tripulación dormía en tierra al lado ó cerca de sus fogones. Otros sobre la cubierta de sus embarcaciones y no faltaban quienes mantuvieran su conversación incesante y vivaz.

Esta afluencia guaraní, esta abundancia de asunto, esta especie de contento general, mostraba que los paraguayos se bastaban á sí mismos, que tenían de sobra con su tierra y aun con el radio que generalmente ocupaban. Que su estado moral é intelectual estaban conformados al estado de su civilización, y muy satisfechos con ese aislamiento que los encerraba dentro de sí, con prescindencia y hasta con menosprecio por los demás hombres.

Y, cosa rara! Los paraguayos poseían mejor que otros los elementos que sirven á la instrucción. En pocas partes del continente estaba más difundido, en su condición, el conocimiento de la lectura y de la escritura; con la diferencia de que allí no eran elementos intelectuales sino puramente mecánicos.

Sabían leer, pero no tenían qué leer. Estaban amarrados á su « Catón Cristiano » y á sus

« Obligaciones del Hombre » en que aprendieron, del que nó se separaron, y en el que continuaron haciendo gimnasia alfabética.

La obstrucción no permitía pasar de ahí, ni nadie pretendía pasar.

Cuando fué de día, aquella gente entró en sus funciones, más bien familiares que militares. El almirante andaba de un lado á otro, con su mate en una mano y la pantalla en la otra, rechazando las cargas de mosquitos, á cuya agresión se mostraba muy sensible, á pesar del blindaje con que la intemperie y los años habían acerado su cutis varonil.

Le hice el elogio de sus barcos. Lo aceptó de buena gana y me dijo que tenía todavía mejores en la Asunción.

Me apercibí de que habría tenido quizá algún *quid pro quo* marítimo con la escuadrilla de Corrientes, que en alguna ocasión y muy accidentalmente mandó el coronel Baltar.

Especialmente á aquel jefe le guardaba prevención, pero no me dijo la causa.

Señalándome su predilección por uno de los *pailebots* y enumerando sus méritos, me dijo de repente:

— ¡Con éste me hubiera querido agarrar á *toca penoles*. . . con ese Baltar que anda por ahí. . . No había de contar el cuento!

Fuera de la colisión de los *penoles*, que no entendí, quedé pensando que el crédito náutico de Baltar no andaba en gran valía por ahí, *e in altri*

citi! Quién sabe cómo habrían andado los *penoles* del coronel en una posible refriega.

Caía la tarde y se reproducía el cuadro del día anterior. Sonó el clarín y nos paramos todos. Mi plantón en la isla me había dado títulos de adherencia á la armada, y hasta me había impreso mayor soltura en la casa ajena. Me entraba un poco por el bosque, que en este punto era raro, monótono. Me allegaba al río y solicitaba de algún pescador que me prestara su anzuelo. El objeto era combatir la impaciencia y acortar aquel tiempo tan largo. . . !

Lo que más interesaba mi atención eran los accidentes y el conjunto de aquel campamento marítimo. Una preciosidad para ser tomado y trasladado á una galería de costumbres, con sus grupos, con sus trajes, con su descuido pintoresco, con esa especie de desorden en que se ven mejor los tipos.

He aquí una escuadra anfibia, como la de los griegos amarrados á las orillas de Ilion. Como los atridas, están de medio cuerpo á bordo; pero no descubro por aquí á Agamenon ni diviso á Troya.—Estoy con la mirada fija en Humaitá.

Los paraguayos han tenido siempre fama de buenos marineros. Han sido muy buscados y muy preferidos, aquellos que, por razones que ignoro, lograron sustraerse al encierro de su país.

Lo que estoy viendo, me decía, es el bosquejo al natural de los futuros tripulantes de una marina mercante de grande importancia, que tiene

que llevar fuera estas colosales riquezas naturales, que están de manifiesto para provocar la codicia del porvenir.

Casi á la madrugada, oscuro todavía, se me presentó el almirante armado siempre de su pantalla maternal.

Recién podía conciliar el sueño y me sorprendió la presencia entre sombras del diligente marino.

—Ha llegado la embarcación, me dijo. Ha andado bien. Era el tercer día.

—¿Qué dice el señor general? Le ha escrito á Vd., señor almirante?

—No: no ha escrito.

—Cómo, señor...?

—De palabra es la orden. Lo que llegó, le mandó al oficial que regresara.

—Y para mí, qué ha dispuesto?

—Me ordena el general que te mande á Humaitá. Vas á embarcarte para ese destino.

Respiré más largo! Se disiparon dudas aunque exageradas, y me sentí más firme en el terreno de la hospitalidad.

—¿Y ya me voy, señor almirante?

—A la tarde has de marchar, me respondió. Irás bien.

Así fué dispuesto por el almirante y así quedó convenido.

Amanecía. El sol nos enviaba luz: un poco más tarde nos mandaba fuego. Las mañanas son encantadoras en aquellos lugares, donde los ríos

espléndidos, las florestas frondosas y pintorescas ostentan tanto lujo de hermosura y de alegrías.

Acompañé al almirante á recibir á Febo, que había ya hecho *toilette* porque no traía suelta la cabellera de oro. Le hicimos los honores con la ofrenda genial de estas regiones. Cada cual armado de su mate, hacía sus libaciones al rey de la creación.

Esta vez se completó la ofrenda. El almirante me ofreció un *vasito de caña del Paraguay*, delicioso licor, que en los gustos delicados tiene ya tan buen lugar.

Estaba convenido que seguiría mi viaje después que mis conductores hicieran su poco de siesta. Eso era lo acordado.

Me despedí de la isla del *Atajo*, que debía ingresar en el catálogo de mis recuerdos. Mis inquietudes morales duraron poco: no me acometió por fortuna ningún peligro real; y desde aquí me encontraba libre de retomar mi vuelo á impulso de mi voluntad y bajo el amparo de mi destino.

¡Qué diera por enviar dos palabras de adiós á mis leales amigos de Corrientes, que con avidez esperan mis noticias! Iban con el pensamiento mis votos de felicidad!

La embarcación corría rápidamente: volaba. No quisiera conservarle su denominación, por-

que he conocido por canoa una tabla frágil, pequeña y casi sin bordes. Esta era en todo caso, una canoa magistral: un esquife; de buen tamaño, de corte fino y bien estudiado para ayudar á su rapidez, y para romper las corrientes más impetuosas de estos ríos.

Estaba tripulada con seis remeros y una especie de cabo, que iba á la popa armado de una larga caña tendida, que le servía de timón.

De cuando en cuando y consultando el descanso, los remeros de una banda se cambiaban súbitamente con los de la otra, sin alterar la uniformidad del movimiento. Cambiaban de brazo con la mayor gallardía y precisión, sin amenguar nunca la fuerza de impulsión contra una corriente de tres y de cinco millas que teníamos en contra.

Me venían á la memoria algunos grabados copiando ciertos ríos de Africa, navegados con embarcaciones idénticas á ésta y manejadas de la misma manera, aunque con mucho mayor número de remeros. La comparación me sugería otro y otros ejemplos análogos, reproducidos en el uso hasta de los pueblos más primitivos, que sin conocerse, ignorándose, y por razón de necesidad y de intuición, han respondido á la misma forma de un arte instintivo.

Era admirable aquella situación que podía contemplar desde la canoa, que corría sobre el agua con mantenida rapidez. Aquel silencio, que entra por lo majestuoso, en los conjuntos de

lo bello, que impone admiración por su misma solemnidad, tenía para mí un encanto fascinador. No lo habría cambiado allí por una orquesta de Mascheroni ó por las notas conmovedoras de Tamagno.

Ese mutismo sublime de la naturaleza, como alejado del bullicio humano, rodeado de sus propios rumores, sin vientos, sin conmociones; ese momento que logra uno sorprender en esa languidez de los elementos de la suprema armonía, es como un deleite nuevo para la admiración y el sentimiento.

En el transcurso de algunos años tuve que lamentar la ligereza con que hube de realizar mi travesía del Paraguay. Aquél no era un viaje, era una romería. El espíritu inquieto iba preocupado de ideas absorbentes. No disponía de tiempo para detenerme, ni de gusto para observar; habiendo tanto que observar y admirar en aquel país tan hermoso, con tradiciones interesantes y con un organismo tan especial en su primitiva sociabilidad.

El Paraguay moderno, regido por un gobierno regular, en trato directo con el mundo, con aspiraciones de progreso sucesivo, con hombres ilustrados, con usos comunes en su vida, con ejercicio fructífero de industrias útiles, con un comercio importante, con adelanto en su viabilidad, cruzados de vapores sus ríos, visitado con simpatía por el mundo, presenta un aspecto atractivo, pero se va perdiendo seguramente su

original, esa peculiaridad de los pueblos embrionarios, que por ser lo viejo es la novedad de los desconocidos.

Yo pude alcanzar todavía el Paraguay medio legendario, secuestrado al mundo, sin exigencias ni aspiraciones; y encerrado yo mismo un instante en aquella comunidad, en donde no penetraba un relámpago de vida exterior, debí utilizar con más provecho aquellos espectáculos que iban á perderse en la fruición de cercanos y estupendos acontecimientos.

Ahora nos acercamos á la Guardia.

Es un lugar de la ribera, en donde estaba situado un destacamento de cuatro ó seis hombres, cuya misión era puramente expectante.

Esos individuos enviados allí, eran muy rara vez reemplazados. Vivían y morían allí consagrados á un perdurable espionaje sobre temidas asechanzas.

Era como un puesto de observación contra un enemigo que no se veía nunca. Todo el litoral estaba de la misma manera defendido, con esa precaución normal que la suspicacia febril de Francia le inspiró, y que no le disgustó á López.

Cada uno de esos puestos tenía levantado lo que llamaban un *mangrullo*, mirador altísimo con techo de ramas y de paja, en donde hacían su guardia alternada con vista fija á todo el planeta.

Se subía al Observatorio por una inconmen-

surable escalera construída de largas tacuaras, á que están adheridos los tramos con lazos de cuero, ascensorio poco seguro por su visible flexibilidad.

El *mangrullo* fué inventado probablemente en tiempos más remotos, para acechar á las tribus amenazantes del Chaco. Francia lo utilizó para descubrir constelaciones sucesivas por el lado de Buenos Aires, y López, como el impasible auxiliar de un régimen petrificado.

El cabo de la canoa tenía la consigna de pasar la noche en la Guardia y continuar el día siguiente á Humaitá.

No he olvidado nunca aquella noche! Se puso á prueba la resistencia humana contra los destacamentos de hombres y de mosquitos. No había cómo decidir la cuestión de competencia. No habría juez que la fallara.

El lugar en que estábamos tenía condiciones especiales para amparar el flagelo, ó por la depresión del terreno en algunas partes, ó por el estacionamiento de aguas nocivas, ó por causa de aquel paludismo propicio, lo cierto es que los mismos paraguayos referían que el lugar tenía fama por lo insoportable.

Se explica así, que desde temprano se hubiese encendido una buena fogata contra las nubes invasoras. Allí era posible dormir, según el testimonio de los prácticos. Error! Eran vociferaciones del amor propio nacional: defensa del pabellón de la Guardia. . . !

Ellos mismos estaban derrotados; y tanto los dueños de casa como sus huéspedes se subieron pronto al *mangrullo*. Allí estaban reservadas las inmunidades de la piel contra la púa carnícera.

Me mantuve próximo á la fogata para defenderme de la invasión. Me conservé por ahí hasta media noche. No pude más; me sentí vencido y me aventuré á buscar refugio en el *mangrullo*. Fué una maniobra de acróbatas japoneses. Aquella escalera se cimbraba con natural zozobra de los inexpertos; y lo peor es que no se llegaba nunca. Era éste un remedo de aquella famosa torre que se quedó á medio camino del cielo con gran fracaso de los hijos de Noé.

Llegué por fin á la plataforma. Había allí seis ú ocho individuos esparcidos sobre la techumbre en el más amplio abandono. Dormían profundamente y algunos roncaban con estrépito.

Una brisita tenue estimulaba el sueño; y bajo su amparo me dejé caer como mis demás compañeros de viaje.

Al poco rato pude convencerme de que había hecho mal en aspirar á las alturas. Aquello era peor! Cien veces peor! Aquellos ciudadanos dormidos superaban á los mosquitos despiertos... Aquella atmósfera se había hecho densa... asfixiante! Aquellos ronquidos estremecedores, eran á veces rugidos. Cambié de dirección; me pasé á otro lado. No gané con la evolución: el cambio no me dió resultado y me persuadí de que no era posible sostenerse.

Me decidí á bajar y á precipitarme de nuevo á la fogata. Me puse á la cimbra; y creo que hice bien de exponerme á este peligro en vez de arrostrar la asfixia.

Pobre Dante Alighieri! Creyó haber inventado los martirios más espantables para purgar culpas. Aquella era pura demencia! Si el florentino pasase una noche en la Guardia, la agregaba á la cabecera de su colección, y destinaba este *tortmento* incomparable para todos los que lo han atormentado.

A la madrugada pude ver la población. Se componía de dos ranchos y una cocina. También había su cementerio: dos ó tres cruces de palo bastante deterioradas, atestiguaban su larga data. No sabían de cronología los habitantes. No darán mejores datos los que los entierren á ellos.

Cuando me encontré con el principal del Cantón, me dió sus *buenos días* sacramentales.—No, mi amigo, le dije: lo que aquí se necesita son buenas noches. . .

Me mostraron su museo, poco abundante. Un par de yacarés rellenos con paja, que por lo tiesos parecían labriegos con guantes: varios tejidos elaborados con pieles de animales del bosque. Ví los despojos de una tigra bastante grande que hacía poco que habían muerto. Esperaban cazar luego al macho que debía de andar en las cercanías. Tenían perros muy diestros para acorrallar al animal, que los cazadores acometían con lanza.

No les faltaba entretenimiento á aquellos vigilantes guardianes de la seguridad nacional.

Nos pusimos en marcha, navegando por una costa apacible y risueña. Cuando llegamos á la punta de Humaitá, los vogadores redoblaron sus fuerzas para romper aquella poderosa corriente. Era una especie de cabo. Seguimos un rato más y atracamos á la orilla en donde habían algunos ranchos.

Estuvimos allí pocos momentos y continué á pie con el patrón de la canoa. Subimos á la alta planicie de Humaitá, llanura que se extiende hacia el río formando esa extremidad saliente que acabábamos de pasar.

Había en Humaitá rancherías desordenadas ocupadas en cierta confusión por familias, soldados y supongo que labradores. Más apartados y en otra dirección, habían grandes galpones de madera y tres ó cuatro casas muy reducidas, con sus ventanas y sus corredores dando frente al río.

Ahí se alojaba Solano López.

Nos presentamos al cuerpo de guardia y pedí á un oficial, que suponía de servicio, que me anunciara al general, que desgraciadamente estaba durmiendo.

Me aproximé á la sombra de unos árboles inmediatos á la guardia y me senté á esperar á que se desvaneciera aquel blando sopor.

Tenía especial cuidado de no comunicarme con los que andaban por allí, ni de hacer explo-

raciones de turista, ni de parecer curioso; todas estas precauciones en contraposición con aquellas gentes, que me miraban con insistencia fastidiosa, propensión muy corriente en donde no se ven con frecuencia personas extrañas.

Es verdad que no había por allí nada que me llamase la atención. Humaitá no tenía el aspecto de posición militar que habrá tomado después. Era un campo en el cual se divisaban algunas poblaciones y ganados, con alternativas accidentadas y á veces boscosas.

Cierto movimiento que noté, me hizo comprender que el generalito acababa de desatarse de las ligaduras agobiantes del sueño: perfectamente.

No me había engañado. Él mismo vino á donde me encontraba. Me adelanté para saludarlo, y él me extendió la mano con extraña cordialidad.

— Ha resucitado el muerto, me dijo. Así lo he comunicado á sus amigos que hay en el Pilar.

— Muchas gracias, general! Seguramente habrán estimado en mucho su noticia.

Girando sobre el mismo camino que había traído, nos dirigimos á su habitación, sentándonos en su corredor.

Solano López estaba en mangas de camisa, cubierto con un ponchito de hilo á rayas azules y blancas y llevaba la misma gorra galoneada que le conocí en Corrientes.

—Tuve gusto en recibir su carta porque tenía malas noticias tuyas, me dijo, ofreciéndome un cigarro.

—Estaba ansioso por llegar al Paraguay, señor general. Sabía que hallaría aquí muchos de mis amigos, y la hospitalidad tan generosa de este país.

La conversación sobre los sucesos pasados fué breve y superficial. Creo que les daba poca atención. Según su juicio, las cosas habrían tenido otro resultado si el general Paz hubiera dado una batalla en Ubajay, en donde la división paraguaya habría tomado parte, y en donde abundaban tantos jefes expertos. Me hizo ligeras preguntas sobre mi evasión, y de incoherencia en incoherencia fuimos llegando á lo esencial para mí.

—Lo voy á mandar al Pilar, me dijo, porque voy á despachar un chasque y puede acompañarse con él.

—Como Vd. disponga, le contesté; pero tengo que abusar de su bondad, general, con un pedido.

—Qué se ofrece?

—Que me haga extender un pasaporte para pasar por las Misiones al Brasil. Tengo urgencia de acercarme á mi casa, como debe comprenderlo. . .

Esperaba su respuesta afirmativa; y no fué poca mi contrariedad cuando me contestó:

—De eso hablaremos en el Pilar. En cuatro ó cinco días estaré allí.

—Está de viaje al Pilar? me apresuré á preguntarle buscando ratificaciones animadoras.

—Voy á un casamiento, me contestó.

Llamó á un individuo que parecía de su servicio inmediato y le habló en guaraní. Después de un rato, que se pasó entre vaguedades, paseitos, preguntas, respuestas y chupadas de mate, se detuvo y me interrogó con cierta bondad.

—Necesita algo? me dijo. Pídame no más con confianza . . .

—Muy agradecido, general, fuera de lo que he solicitado, nada me es indispensable.

Notaba en aquel mozo muy buena voluntad hacia á mí. Sea que recordase mis atenciones de Corrientes, sea que el acercamiento le hubiese vencido aquellos primeros retraimientos geniales ó adquiridos por los mimos de la adulación, ó sea la mayor desenvoltura que da la salida del terruño y el trato con gentes extrañas, el hecho es, que encontré á Solano López más expansivo y hasta cordial. Quién sabe si en algo pudo influir mi carta, concebida en términos que no podían contestarse sino respondiendo—*pase usted adelante*. . . En resumen, el personaje estaba obsequioso á su manera, algo más conversador y más comunicativo que antes, sin adelantar en nutrición moral. Estas observaciones me alejaron la aprensión que me había causado la postergación de su respuesta sobre el pasaporte.

Estaba seguro de mi viaje, que era el asunto de mi mayor preocupación.

Hubo un poco más de Corrientes, de campañas, de guerras, de censuras, de superioridades ostentosas, de ventajas de poder invencible, asuntos que no tardarían en agotarse desde que no hallaban contradicción, lo que dió lugar en efecto á que me digera López: — « cuando quiera no más, puede marchar ». Nos dimos un apretón de manos y me despedí *hasta el Pilar*.

El chasque estaba pronto y había un caballo para mí. Nos pusimos en camino y dejamos á Humaitá.

CAPÍTULO XI

SUMARIO:—En el Pilar—Encuentro con amigos—Disposición de los ánimos—El ex-gobernador Madariaga moribundo—Recorro rápidamente el pueblo—¿Serán centinelas?—Con el sombrero en la mano—Cuadro de la ribera—El mercado pintoresco—Llegada de Solano López—Despacho y obsequio—Madariaga mejora—En marcha—Aspecto del país—El trabajo en los montes—Palmeta contra los mosquitos—Las habitaciones de los paraguayos—Todo el mundo en ejercicios militares—Costumbres: «toilete»—La escuela naturalista—Á orillas del «Tacuari»—Homenaje de respeto—Varia el aspecto del país—Los territorios altos de Misiones—Aspecto pintoresco—Visita á algunas ruinas—Proximidades de Itapúa.

Grande fué mi satisfacción de hallarme con algunos de mis compañeros en el Pilar; pero fué también grande mi pesar, de encontrar en gravísimo estado de salud al ex-gobernador Madariaga. Su situación era desesperada y faltaban los medios inteligentes de una asistencia urgente. Lo rodeaban dos de sus hermanos y algunos de sus íntimos.

Todos los refugiados, necesariamente ocupados de combinar sus proyectos en armonía con su condición individual. Los unos, con mayores responsabilidades en los sucesos recientes, resolvían dejarse estar; otros sin significación expectable, pensando en regresar á Corrientes; y algunos en dirigirse al Brasil así que recibie-

sen recursos que esperaban; entre éstos el general Juan Pablo López y personas de su séquito. Este mismo itinerario habrían procurado seguir los hermanos Madariaga, á no hallarse detenidos por el deplorable estado del principal en esa familia.

No es necesario volver sobre la multitud de incidentes, de relaciones subalternas, de referencias exactas, de hechos más serios pero no siempre bien garantidos, que fuí recogiendo, acerca de los acontecimientos pasados, conceptos favorables para unos, deprimentes para otros, sugeridos en parte por relaciones apasionadas, por emulaciones ó por afectos entusiastas. Felizmente en el aire de la relación se vende siempre el móvil que la inspira. Aquí se hace un llamamiento á la prudencia que quiere mantenerse serena.

Más tarde vienen las confidencias parciales y reservadas; esa es la ocasión del desahogo; la descarga sobre las gratuitas culpabilidades. Se sale de la estrechez personal, para entrar en la crítica de más calibre sobre las deficiencias que motivaron el contraste, ó de la torpe insuficiencia para repararlo. Se abunda en cargos contra el menosprecio á los consejos rechazados ó contra las debilidades de aceptar consejos absurdos; y poco á poco, el censor caloroso entra á fondo con el trazado de líneas en el suelo, para señalar posiciones mal escogidas, y otros para mostrar la debida rectificación, quedando

en evidencia final y teórica, que si se hubiera seguido el plan bosquejado con el palito, no andaríamos viajando por el Paraguay.

En situaciones como ésta, en que el ánimo está mortificado por grandes contrariedades, en que se agolpan diversos temperamentos, inteligencias más ó menos claras, no pueden faltar estos descontentos con todo, en hombres que acaban de mostrar inmensa abnegación, formidable aliento, y que montarían á caballo al primer toque de clarín para volver á la carga.

Esos arranques que en nada hacen á la nobleza del carácter, están contrabalanceados por el juicio sereno de los que ven y sienten de la misma manera en el grupo de la misma adversidad. El sentido recto se impone siempre, sobre esa anarquía de juicios que nacen del estado moral de un momento de contrariedad.

Estos son cuadros que se reproducen siempre, trazados por las indisplacencias que engendran las soluciones ingratas.

Procuró revisar otros, con tintas más apacibles, y darme cuenta de esta primera población del Paraguay en que me encuentro.

A poco andar entro en la plaza, cuadrado regular de gran extensión. En uno de los costados me llama la atención la presencia de dos centinelas, con su fusil terciado y colocados á ambos lados de la puerta de un edificio público.

Esa casa estaba accidentalmente habitada por el Presidente D. Carlos Antonio López y su fami-

lia. A consecuencia de los sucesos de Corrientes había bajado de la Asunción, para presidir la organización de las fuerzas que envió al mando de su hijo.

Vuelvo á los centinelas. Me asombraba su inmovilidad y tenía la vista fija en ellos. Desde lejos me parecían manequés colocados de firme, clavados contra la pared. Esa especie de cariatídes, en donde el calor agobia, en donde las moscas desesperan, debía ser imposición de su consigna, que embargaba así los movimientos más naturales y más precisos.

Necesitaba convencerme de que aquellos eran hombres vivos, y que aquellos uniformes rarísimos que divisaba no estaban adornando á dos estatuas.

Me decidí á aproximarme. Para eso era indispensable descubrirse. Nadie se permite pasar por cerca de un puesto militar ó de la casa oficial, sin sacarse el sombrero. «Bien vale París una misa» me dije. Demos el tributo á la curiosidad y afuera el sombrero.

Aquellos centinelas tenían un uniforme medio civil é imponentemente militar. Esa promiscuidad de estados se dividían el cuerpo por mitad. Tenían dominio absoluto desde la cintura, los calzoncillos á largos flecos y el chiripá ó sabani-lla. La parte superior, es decir la parte bélica, estaba encerrada entre una chaqueta de lanilla verde, con dos carreras de botones de metal blanco, que llamaban de cascabel; y la cabeza

sustentaba el peso de un enorme casco de fierro, adornada su cimera con una espesa cola de caballo.

Había razón para sorprenderse delante de aquel extraño atavío; y más que todo, de la inexorable apostura de aquellas personas, que parecían adherencias del puesto que guardaban.

La ribera del lindo Paraguay y el mercado de abasto, eran los puntos de reunión más indispensables y más amenos de aquella población.

El agua estaba casi siempre tachonada de cabezas humanas. Las gentes de todas condiciones se bañaban constantemente; y era cosa admitida en el código balneario, que no se demarcasen fronteras entre los sexos.

Me parece que esas cómodas tolerancias, estuvieron vigentes, algo remotamente, en nuestras amadas orillas del Plata; abolición amargamente lamentada por la multitud, que en homenaje á la cultura ha tenido que renunciar al baño.

Como decía, había gran movimiento, especialmente á ciertas horas, en la ribera. Los grupos de paseantes hablaban á gritos con los que se bañaban, cambiándose agudezas guaraníes celebradas con sendas carcajadas. Nadadores y nadadoras se alejaban de la costa ó permanecían tendidos de espalda, ostentando muellemente su dominio de las ondas; y los partidos de muchachos persiguiéndose con proyectiles de arena ó

haciendo su gimnasia en la superficie y en el fondo del agua.

Era aquel un constante alboroto producido por el buen humor incesante de aquellas gentes.

Los unos se solazan, los otros haraganean, y muchos, trabajan con empeño. Los barcos de aquella navegación hacen su carga y descarga, de modo adecuado á sus usos. Presencí la ingeniosa manera de techar un enorme galpón levantado á pequeña distancia de la orilla. Una línea de peones, tendida desde el barco, desembarcaba un cargamento de tejas, que corrían de mano en mano hasta colocarse en su lugar. Era simultáneo el techado y la descarga, lo que atestigua la exuberante abundancia de brazos, que rebalzaba en un país sustraído á la actividad del movimiento exterior.

Para un recién llegado, caído allí por acaso, era aquéllo una pantomina divertida, aunque no pudiese penetrar en la confusión de su expresivo dialecto.

La escena matinal del mercado no era menos novedosa para un extraño, ni carecía de precioso interés para un pintor de costumbres.

Era un cuadro secuestrado al mundo y estaría bien en un lienzo. Es verdad que nunca quedaría completo. Le faltaría la parte de vida que no puede pintarse; la singular expresión del bullicio, de las carcajadas descomunales, de la chacota grosera, de los cantos desentonados al son de las guitarras, de las agrupaciones distintas

en festiva plática ó en *tête-à-tête* más grave, escenas de amor al aire libre, sin que nadie observe, ni nadie censure, ni nadie se mezcle.

No es lo consumible sino los consumidores lo que interesa la curiosidad de aquel mercado.

Las montañas de mandioca, alimento de gran consumo; poca variedad de productos alimenticios pero grande abundancia de frutas, todo ello colocado en montones sin orden y sin gusto. Todo eso no llama la atención. Son preferibles los grupitos en donde se sirven consumos del momento, ya preparados, para esas tertulias parleras, que van aumentando y dejándose estar; pero arriba de todo eso, es lo más atrayente la circulación de aquellas graciosas paraguayitas, llevando sus canastos provistos en la cabeza, con una seguridad y con una desenvoltura singular. Su traje usual, tan pintoresco y tan libre, ayudando á embellecer más sus formas; y casi todas con su gran cigarro en la boca, respondiendo con vivacidad y con chispa á los galanteos que les dirigen los paseantes.

Hay por allí personas de tipos más reservados, que venden objetos de uso y de adorno, labores de gran consumo, tejidos diversos, randas de hilo en gran cantidad y hasta encajes primorosamente trabajados.

El mercado es así su bazar, su centro de provisión, su lugar preferente de recreo y de toda clase de alegrías.

Una escena verdaderamente risible y brutal-

mente grotesca se produce de cuando en cuando. Un buen número de burras y pollinos conductores del abasto, quedan sueltos en un cercadito del mercado. De repente se arma entre ellos un furibundo combate de patadas y mordiscones, un coro de rebusnos atronadores, de quejumbres y ternuras de jumentos, que son universalmente aplaudidas con tempestades de algarazara, y constituyen un período festivo de cada día.

Transcurridos algunos días pude verme con Solano López. Me presenté en su casa. Vivía separado de su familia.

Al momento comprendió el objeto de mi visita.

— Viene por lo que hablamos? me dijo.

— Sí, general; pero solicito de su bondad que el pasaporte se haga extensivo á dos oficiales y sus dos asistentes, que suplican igual deferencia para acompañarse conmigo.

— Está bueno: deme los nombres.

Los llevaba ya anotados y le entregué el apunte.

— ¿Cuándo se va? me dijo.

— Así que esté despachado, señor general.

— Luego le voy á mandar el pasaporte. Lo va á acompañar un sargento hasta la costa.

Me afané en agradecer como obsequio estos procedimientos usuales en todo el mundo, pero al fin él mismo las apreciaba como concesiones. Era igual! Me despedí sumamente obligado y muy satisfecho de su acogida.

Gran contento experimentaron mis compañeros de viaje: quedó concertada la partida para el siguiente día. Estábamos todos preparados para la cruzada.

Me estaba reservada una agradable sorpresa de última hora, que no tenía razón para esperar como gaje de la buena voluntad de López.

Se me presentó un joven conduciendo bajo un sobre los pasaportes ofrecidos; y él mismo me dió á conocer al sargento que debía acompañarme. Este individuo traía del diestro un hermoso caballo sebruno, que el joven me entregó como obsequio de su jefe. Esta atención dió lugar á que le escribiese una esquila, reiterando mi despedida y mi agradecimiento por sus deferencias.

Pasé algunos horas con mis amigos íntimos y recibí sus encargos. El estado del señor Mada-riaga continuaba gravísimo. Si fuese posible mejorarlo, tenían resuelto trasladarlo al Brasil.

Así sucedió. Algunos meses después, fué conducido á un pueblo de la provincia de Río Grande; pero su naturaleza muy debilitada, no pudo hallar una curación imposible y murió un año después, bien rodeado y sinceramente llorado.

Aquel insigne patriota ha dejado para siempre en Corrientes la gratitud y el respeto. Todos los partidos, todas las familias, todas las gentes honestas honran su memoria con los más altos conceptos.

Viajando entre aquellos montes espléndidos, necesariamente había que presentir el gran porvenir comercial del Paraguay. No podía imaginarse nada más imponente ni más rico. Esos árboles de enorme elevación y corpulencia no dejaban penetrar el sol, y la densidad de su follaje era como un paraguas para detener la lluvia, razón para que el suelo fuese escaso de vegetación y de malezas en el fondo de aquellas selvas.

Otros montes más bajos, de forma más extendida, producción de otros árboles y de otras maderas, los hallamos más enmarañados y más escabrosos; y esta preponderancia del bosque se sucedía con cortas interrupciones alternadas, desde las arboledas colosales hasta los ralos arbustos.

Por los descampados, los caminos que transitábamos eran irregulares y difíciles.

Nos detuvimos en algunos obrajes viendo derribar con el hacha aquellos árboles enormes, que quedaban tendidos para que otros los convirtieran en maderas labradas. La fortaleza de aquellos hombres imponía, pero su sufrimiento inspiraba compasión. Bañados en copioso sudor, eran las víctimas preferidas por el enjambre devorador de toda clase de insectos que pueblan los espacios. Se apiñaban sobre la espalda de aquellos infelices en cantidades enormes, explotándolas con impunidad, hasta que de cuando en cuando, agotado el sufrimiento, soltaban el

hacha y dejaban caer con ambas manos sobre sus espaldas, una ancha palmeta de cuero que se empapaba con la sangre de aquellas fieras aladas. La escena carnicera, es entendido, que se reproducía constantemente.

Fuí encontrando campos cultivados y sementeras muy variadas. Habían que se ocupaban de la cosecha y preparación del tabaco, de la cultura del algodón, de los plantíos de horticultura, especialmente de los farináceos de gran consumo y de la diversidad de sus excelentes frutas.

Los habitantes no carecían de bienestar, especialmente en la posesión de sus habitaciones. No ví en mi tránsito, ninguna de esas taperas desconsolantes que se hallaban con frecuencia en las campañas de Buenos Aires, de Córdoba y de Santa Fe, á las que sus dueños entraban probablemente de rodillas. La abundancia de sus ricas maderas y de la palma que empleaban para los techos, suministraba á las poblaciones paraguayas, hasta á las más menesterosas, los medios fáciles de levantar sus ranchos cómodos y seguros. Era de notarse la uniformidad de sus construcciones, participando sin duda en ésto como en todo, de ese sello del viejo comunismo que había imperado.

Chicas y grandes, todas esas construcciones revestían la misma arquitectura. Tenían la forma correcta de un semicírculo, como imitando, diré, la configuración de un buque de popa redonda; y el techo bastante elevado por impo-

sición del clima, se dilataba por el frente para dejar formado un corredor más ó menos espacioso. Era esa una excelente defensa contra la intemperie, en donde las lluvias son recias y el sol abrumador.

Lo que llamaba sobremanera mi atención, era que en todos los corredores de las casas, sin excepción, se veían recostados contra el muro algunos fusiles en relación con el número de los moradores.

Esos fusiles eran de madera dura y tenían el mismo peso del arma que simulaban.

Era disposición del gobierno que durante una hora en la mañana ó en la tarde, habían de hacerse ejercicios en todas las casas y los establecimientos de la campaña; y que este acto estrictamente obligatorio, debería ser dirigido por el superior de la familia, quizás con alguna excepción.

Es conocida la manera absoluta con que se obedecían las órdenes superiores en el Paraguay. Nadie se permitía infringirlas; y lo que es más, nadie era rehacio en cumplirlas, ni las llenaba como violenta imposición sino como deber inherente á su condición. Ningún síntoma dejaba presumir alguna resistencia moral del pueblo á las disposiciones públicas, por pesadas que fuesen. La idea de la autoridad era tan alta, que era la infalibilidad misma; y la dependencia de aquella tutoría omnisciente y todopoderosa, entraba en el orden de las creencias, arraigadas

bajo el imperio de una tradición genuina que nadie había intentado conmovier.

El Supremo—este era el título jerárquico del Presidente—estaba encargado de gobernar, de pensar y de resolver para todos, por derecho divino ó por derecho humano, era lo mismo. Sus facultades intelectuales y morales estaban arriba de todo nivel; y es fácil concebir que la multitud debía adjudicarle privilegios sobrenaturales para ejercer funciones tan descomunales.

Una orden del Supremo era buena siempre y debía ser cumplida sin alteración; y ese convencimiento venía á ser el custodio universal en la ejecución puntual de las resoluciones públicas.

Así pues, á la hora prescrita, todos los habitantes de la campaña estaban haciendo ejercicio, no importa que no fuese muy eficaz en la enseñanza militar, pero al fin lo sustancial era echar el fusil al hombro y descansar á la voz monótona del jefe.

Nos aproximamos al río *Tacuarí*, que pasamos casi al anochecer. No presentaba grande anchura y era encajonado en parte: su corriente era apacible.

Aquella ribera pintoresca me inspiró el respeto más íntimo á los recuerdos sublimes del heroísmo argentino en los albores de la revolución, que uno de sus apóstoles más ferviente, más abnegado, más perseverante llevaba á aquella región del virreinato, que no logró por en-

tonces asociar al gran movimiento de la emancipación de América.

Nuestra pequeña caravana no fué parca en el calor de su homenaje al nombre de Belgrano, repetido con amor en aquellos sitios que había recorrido con tanto aliento y con tantas contradicciones en su misión regeneradora.

Decidimos pasar la noche en la costa del histórico *Tacuari*.

Varias circunstancias contribuían á hacer más grata la estación de esa noche. El prestigio del lugar, la hermosura del paisaje y la disposición del ánimo en ocasión tan simpática.

Unos vecinos nos anunciaron que no sentiríamos mosquitos en ese lugar. Recibimos la nueva con justa alegría y dimos el parabién á nuestros dilacerados pellejos.

En efecto, hacía buen rato á que no sentíamos el zumbido del arco ni la púa de la flecha de las hordas volantes que no nos daban descanso.

Aquel era un día de fiesta, *una función de gala*, un aniversario! Dormiríamos tranquilos alguna vez, tendidos sobre la pradera verde y lozana á orillas de un río memorable. Este era un lujo!

Se dirá que voy exornando el párrafo con milagros convencionales, con buscadas coincidencias.

No es así. Es que desde este lugar entramos en las tierras altas de las Misiones.

La fisonomía del paisaje ha cambiado como la naturaleza de los campos. Las brisas son más

libres: no están encerradas entre los bosques. Los terrenos empiezan á ser más accidentados; las praderas más extensas. Necesariamente la temperatura mejora sensiblemente.

Habíanme dicho, y creo que lo había leído, que el *Tacuarí* corría entre bosques muy expesos en partes, sin duda por el encadenamiento de montes que llenaban las campañas paraguayas; pero la verdad es, que el espacio que veía era abierto, que los grandes montes quedaban detrás y que desde el *Tacuarí* el aspecto general era despejado.

La curiosidad nos detuvo un momento para presenciar los trabajos que se hacían en un pequeño rodeo de ganado. El dueño de la casa nos convidó á tomar un mate y descansamos un rato en su casa.

Aquel individuo debía ser en línea muy directa de la raza de Job, y su émulo seguramente en punto á reproducción. Tenía un familión inmenso; y con los vecinos asistentes á la feria, la concurrencia era respetable. Preponderaba el sexo bello con ausencia de bellezas. Los turistas habrían dado su observación preferente á las *toilette*. Habrían hallado de todo; desde el timbó hasta el camisote. Algunas de color indígena y en temprana edad, se servían de las modistas del paraíso. Los que andan disputándose la prelación de propiedad á lo que llaman la *escuela naturalista*, se hallarían aquí precedidos por el naturalismo puro y en todo su esplendor. Zola se

encontraría vejado, salvo en su pornografía incomparable.

Iban á tener su fiesta, para lo que tenían licencia. Nos excusamos de no aceptar la invitación y continuamos nuestro camino.

Las tierras de Misiones ofrecen un espectáculo delicioso más que deslumbrante.

Hay una originalidad de perspectiva que no había visto en otras zonas de América: ni la grandeza ostentosa de las montañas andinas, ni el paisaje variado y pintoresco del Brasil. ni la inmensidad imponente de la Pampa. Esta es una serie continuada de colinas, que se van levantando sucesivamente y sucediéndose hasta hacerse pequeñas montañas. Todas ellas se parecen. Todas ellas cubiertas de un verde realmente de esmeralda, teniendo todas en su cima un montecito de la misma forma, perfectamente circular y de árboles bajos y espesos.

Parece aquél como un entretenimiento de la naturaleza, que ha cortado bajo un molde larga serie de montecillos iguales, coronándolos con guirnaldas encantadoras.

Ese es el efecto que hacen mirando atrás, hacia las colinas que van quedando más bajas, ostentando sus bosquecillos esparcidos como adornos sobre sus cabezas.

Así va esa cadena de cómodas elevaciones, dilatándose por el norte quién sabe hasta á don-

de, á mezclarse probablemente con los grandes verbales que abundan por esa fértil región paraguaya.

Con verdadera emoción entré á visitar algunas ruinas de los antiguos pueblos misioneros.

Ese respeto á lo que ha existido, tiene gran poder sobre el espíritu y preocupa á veces más que lo que existe. Obras de otros siglos, tiradas y perdidas como rastros de los desaparecidos. Aquí ha habido bulla y no hay más que silencio. La mano del hombre ha hecho prodigios; la naturaleza y el tiempo hace el rol devastador: son los demolidores implacables!

No hay á quien pedir noticia: no ha quedado sucesión, ni continuadores. Todo ha caído aplastado por el hundimiento de un régimen avasallador, y de una fuerza imperante que desapareció por el exceso mismo de su influjo.

Me sentí empujado á reconstruir á mi manera, y con las trazas confusas, aquellos despojos colosales. Esa es propensión natural.

Me encontré á veces con claustros ó galerías derrumbadas. Poco quedaba en pie. Grandes masas de escombros entre las que abundaba el granito labrado, perdiéndose gran parte de esos escombros entre las enmarañadas malezas y los árboles salvajes.

No había cómo darse cuenta de la configuración de un pueblo, ni de insinuaciones que pudieran ayudar á la irresistible avidez.

Me apoderé sin embargo de una denuncia

anónima. Encontré que el cuadrado de una gran plaza no lo había borrado del todo la maleza. Aunque muy alta, había continuado su crecimiento, manteniéndose entre los ángulos con superficie igual.

En otra aglomeración de escombros y ramas, se conservaba una fuente de granito bastante corpulenta y que había servido á la provisión del pueblo. Le faltaba una llave de metal, que debió tener, porque existía la indicación; y ví con gran gusto dos ó tres naranjos, sin lozanía, que interesaban por su culto origen, en contraste con aquella espesura desordenada de vegetación salvaje. Serían los últimos sobrevivientes de millares de su especie que dejó morir la ausencia del cultor.

Algunos otros restos de aquellos pueblos de Misiones, se mantenían mejor conservados y aun mezquinamente habitados por familias indígenas. Hacía tiempo que una disposición del *Supremo* las había concentrado en esas tierras, manteniéndose del cultivo de ellas, congregadas bajo la administración de algún sargento, que es lo que por allí servía, lo mismo á lo civil que á lo militar.

De todos esos antiguos pueblos de Misiones, el que se mantenía en buen pie y en buen estado de conservación, era *Itapúa*, adonde á poco andar iba á llegar.

CAPÍTULO XII

SUMARIO:—Sorpresa agradable—Un compañero impagable—El comandante del punto—Paseo por Itapúa—La iglesia, su perfecta conservación—El sentimiento religioso de los indígenas—Influjo de la tradición—El culto de la retreta—El ejercicio militar, por batallón—Consideraciones: próxima transformación—Nuestro guía: su tipo y sus condiciones—A través de las Misiones Argentinas: pasaje del Paraná—Aspecto del territorio: su riqueza—Travesía—Espléndido espectáculo del Uruguay: lo atravesamos—Atención á estos ríos—Estamos en el Brasil—Sus Misiones y las nuestras.

Me esperaba en *Itapúa* una gran satisfacción que no sabía cómo agradecer á mi buena suerte. Me encontré allí con mi querido amigo Mariano Billinghamurst, tan universalmente estimado por sus inapreciables calidades, por su gran corazón y por sus ideas tan impulsoras del progreso de su país.

¡Así lo ha llorado Buenos Aires, no ha mucho, cuando su existencia tan poderosa, agobiada ya por el tiempo y por el trabajo, pidió á la tierra el eterno reposo!

Mariano Billinghamurst, comerciante de mucha importancia en Corrientes, era conocidamente amigo del orden de cosas vencido en aquella Provincia. Creyó deber ausentarse de ella; y se dirigía al Brasil, procurando hacer la travesía por las Misiones. En ese camino se le informó

de que, habían partidas correntinas destacadas para interceptar esa línea á los emigrados, y resolvió esperar en *Itapúa* la constancia de esa noticia.

Fuera ó no cierta, era para mí una fortuna el incidente, que me proporcionaba el goce de hacer con tan buena compañía la jornada á Río Grande.

Fuíme á presentar á la autoridad del lugar, á cuya presencia me acompañó mi guía, explicándole mi condición y seguramente recomendándome.

Informé de que acababa de visitar algunas de las viejas misiones.

Presentamos los viajeros nuestros pasaportes. Bien acogidos, obtuvimos que se nos franquease una habitación por algunas horas.

Era el funcionario que investía la autoridad, un viejo sargento del tiempo de Francia, que si no tenía nada de muy atractivo no era tampoco repelente. Era lo que se dice: un buen hombre.

Parece que el grado de sargento fuese la jerarquía más alta que concediese la milicia, en disponibilidad para confiarle investidura administrativa. Era lo que sucedía en España con sus capitanes de los tercios de Flandes, especie de pepinera inagotable que daba personal para todos los cargos. Ni subían ni bajaban de capi-

tán los agentes reales con cargos y comisiones que llovían sobre América.

Me pareció de tan poca significación la sargentía del personaje en cuestión, que le alcé el título de mi propia cuenta llamándole comandante, dictado más compatible con la categoría de su puesto,

Sin embargo, les bastaba, con tal que fuese del tiempo de Francia, circunstancia que se tenía en gran valía, primero, porque representaba edad, práctica y largos servicios; segundo, porque era gente segura y coetánea de la edad de oro de la tirantez y la inflexibilidad.

Mi comandante se había docilizado sin duda, tenía buen carácter ó creyó deberme tratar bien, lo cierto es que nos entendimos perfectamente. Me hizo mostrar mi habitación; y aunque estaba próxima á la de Billingham, las refundimos para formar campamento en dos de aquellas cómodas celdas.

Toda la importancia de *Itapúa*, y no era poca, estaba concentrada en la plaza. Nada más característico que aquel aspecto típico de las construcciones jesuítas. Solidez y monotonía: toda igualdad prosaica, sin que falte por eso la previsión en todo, ni deje de responderá las exigencias y necesidades del clima.

Aquella era una gran plaza, de un cuadrado perfecto, rodeado de un enorme y ancho corredor, con pilares tallados, que ocupaba frentes y costados con sus anchas entradas respectivas.

Todos esos corredores estaban edificados sobre una serie muy considerable de habitaciones perfectamente cómodas; cada una de ellas con su puerta al frente y su gran ventana al fondo. Mejor dicho, una cadena de celdas, muy continuadas, idénticas en el tamaño y la disposición, lo que daba á la plaza, no el aspecto de un sitio urbano, sino la forma claustral, prolongación del convento edificado en uno de los frentes junto con la bonita iglesia de Santa Rosa.

Ese convento debían habitarlo los PP. Jesuítas, y las celdas de la plaza serían probablemente ocupadas por las familias indígenas, ó por administraciones ó reparticiones de algún orden en ese sistema comunal y uniforme en aquel gobierno.

El estado de su conservación era perfecto. Casi sorprendía el efecto de los cuidados que le consagraban incesantemente los naturales. Era una iglesia que estaría bien en una ciudad de importancia, por su tamaño, por el material de su edificación, por la severidad genial de su arquitectura. Realmente asombraba, á través del tiempo, como se conservaba la ornamentación del templo sin haber sido reparada. El dorado de los altares, de sus columnas, de sus bajo relieves, brillaba como en su primera elaboración.

Era la constancia de los cuidados indígenas, que se ejercitaba fervorosamente sobre esas obras, tan consistentes por la solidez y por la pureza del trabajo.

En esos rasgos de la perseverancia y en muchos otros, se revelaba al influjo profundo ejercido en la conquista moral de aquellos pueblos, cuyos rastros se mantenían vivos en sus almas, sin otro estímulo que la tradición. En esos cuidados del templo, tan espontáneos, en el apego á sus reliquias simbólicas, en ese comunismo mantenido, en el tema de sus cantos populares, siempre inspirados en una idea religiosa. La guerra, el amor, los ejemplos del heroísmo que son por lo común los ideales de las razas primitivas, estaban sustituidos aquí, por el homenaje del espíritu religioso á la visión siempre mística de sus promesas.

Las galerías y los corredores del convento hacían resaltar su aseo. Eran espaciosos y bañados de luz, con vistas alegres en aquellas accidentadas perspectivas.

El refectorio tenía en el centro una mesa espaciosa, compuesta de dos grandes piedras de abultado grosor, que se juntaban en el centro haciendo una sola faz. Era esa mesa de granito admirablemente labrado y sostenida por cuatro grandes angelotes bastante toscos. En la cabecera había un sillón, también de piedra, colocado de firme. El asiento, algo deteriorado, era de madera fuerte y se alzaba para dar comunicación á un sótano. Hacíanse sobre él las versiones más absurdas, forjándole una crónica bastante pueril. Era aquélla una prisión de estado y los reclusos recibían por aquel sitial su

alimento, sin comprender que el sitio era absolutamente inhabitable, y estaba mostrando que era un simple depósito de útiles.

En uno de los corredores ví un cañón de madera reforzado con sunchos de fierro y montado sobre ruedas muy bajas y muy sólidas. Tenía la forma angosta y prolongada de una culebrina. Suponíase que fuesen restos de armas empleadas en las guerras sostenidos con los *paulistas*, ó lo que es posible, modelo de otras construcciones intentadas ó realizadas.

El acto más solemne á que se consagra inexplicable veneración, debíamos presenciarlo en la noche.

Como algunos de los ocupantes de los cuartos vecinos, preferían dormir en la plaza, respondimos á su acertada iniciativa. Sacamos nuestros catres; y de cama á cama departíamos cómodamente sobre nuestras impresiones, con variantes en el tema de nuestro próximo viaje.

Me había comunicado con el comandante, buscando informaciones sobre el modo más seguro de seguir nuestro camino, evitando percances. El hombre no podía iluminarme sobre asunto tan serio. Nada sabía de lo que pasaba fuera de su jurisdicción, ni le importaba, ni tenía para qué ocuparse. El *resto* del mundo estaba de más: no lo necesitaban. Con todo, me aproveché de su buena voluntad para que me pusiese bajo el

asesorato de un *tápe* misionero, que solía ir al Brasil y era tenido por el práctico más consumado en la travesía.

Revolvíamos nuestros proyectos con atención, cuando fuimos interrumpidos por el toque inesperado de una campana. . . . ¿Qué es ésto? ¿Qué significa esta campana? ¿Se conservaría todavía aquella campanita, que se acostumbraba tocar á media noche, con fines estadísticos, según dicen, para despertar á la comuna indígena, recordándole que no era el sueño estéril la única delicia de Capua?

Nos informamos sobre el objeto de aquella llamada, notando que comenzaban á moverse los que reposaban. Era el aviso de que iba á salir la retreta. . . . según nos dijeron. La retreta! Sí, la retreta! Era ese el acto de mayor solemnidad y hasta de veneración, que se conocía en la comarca. Aquél era todo un símbolo de majestad.

Nos lo confirmó así el comandante, que cortésmente había cruzado la plaza para advertirnos *que iba á pasar la retreta!*— Ya nos han informado, le dijimos.—«Miren, agregó, cuando pase hínquese».—Le agradecemos la prevención: el hombre creía hacernos un servicio. No podía llevarnos á la ópera y nos ofrecía la retreta, con más, insinuándonos en la forma de un homenaje que era obligatorio.

La retreta venía muy lentamente por bajo los corredores. Venía á *paso regular*: menos que

regular, muy parsimonioso. Los músicos y la custodia, alzaban á compás la pierna, que quedaba desnuda á causa de rodarse los flecos del calzoncillo, y la dejaban caer, más que como pierna, como pisón. Era aquel un ruido sordo de talones, que se sentía más que el bombo, el bajo más familiar de todos los tiempos y de todos los pueblos.

La comitiva continuaba acercándose. La presidía un cabo, con el arma terciada, empuñando en la diestra una gruesa verga destinada á usos de ocasión correccional: otros cuatro soldados, de la misma manera armados, cerraban el grupo. Un individuo colocado en el centro, enarbolaba una especie de jaula de madera, forrada con género trasparente, y dentro de aquel cuadrado monumental, iban colocadas tres velas que casi nada alumbraban.

Dos violines rascados con persistencia, sin puntos ni comas, despedían quejidos lacrimosos é infantiles; una arpa bullanguera se mezclaba en anárquica confusión con aquéllos; y el bombo, formado de una barrica cubierta en los extremos con cueros de carnero, se imponía al melifluo instrumental con su intemperancia contundente.

El rasquido cordal apenas surgía. Si un instante se le permitía insinuarse, lo ahogaba el bombo con la suprema autoridad que ejercía en el concierto. Los talones de las custodias contribuían no poco á tragarse los arpegios quejumbrosos, y el homenaje público quedaba así

ofrecido á las tinieblas y al cuero de los carneros.

Nos pusimos de pie y nos mantuvimos descubiertos mientras pasaba el convoy. «A la tierra que fueres haz lo que vieres, si quieres andar bien». Y no en vano dió Sancho el consejo; que no ha faltado quienes lo recojan y quienes lo aprovechen.

No me explicaba qué causas imponían ese respeto tan exagerado, á un acto tan profano de simple disciplina cívica. La ceremonia no era de extracción eclesiástica: para eso estaban las procesiones; y por otra parte, los inteligentes PP. Jesuítas han sido siempre amigos de la buena música y no habrían dado ingreso á estas orquestas. No atino con su génesis. Bueno será dejar á los devaneos de la arqueología histórica las investigaciones, por si algo importan al porvenir estos arcanos.

Las cercanías de *Itapúa* eran bastante pobladas, especialmente de pobres familias y de no pocos indígenas.

No estaban exceptuados de los ejercicios militares, más recargados quizá que en otras poblaciones.

Muy temprano íbanse reuniendo en la plaza y formando luego un cuerpo de trescientos soldados, saliendo formados á veces hasta seiscientos, según se me dijo. La casi totalidad del batallón se componía de los habitantes indígenas, juventud vigorosa, bien constituida y airosa. Su color era oscuro y su fisonomía simpática y alegre.

Su traje, con algunas reservas, los disponía á servir de buenos modelos de escultura.

Antes de entrar en formación, se divertían en sus juegos usuales, haciendo gran bulla con sus risotadas. En el descanso, se agolpaban muchos á la puerta de nuestra habitación á estarnos mirando con familiaridad, y celebrando con gran chacota algunas provocaciones grotescas que se les hacían.

El ejercicio se ejecutaba bajo el mando del comandante del punto, que tenía á sus órdenes todos los comandos civiles y militares. El personal estaba organizado en batallón, no sé si con regularidad, pero se hacían marchas parciales y generales, consagrándose el mayor tiempo al ejercicio de armas, mandado con una monotonía y con una constancia inquebrantable por el viejo sargento de Francia y nuestro jefe superior.

¿Qué tenía en vista el presidente López, manteniendo en constante ocupación militar á todos los habitantes del Paraguay?

Miras agresivas no podía mantener. Ni su temperamento, ni sus propensiones pacíficas, ni la limitación de su alcance moral y de sus medios, podían sugerirle ninguna aspiración.

Estaba en evidencia que era su conservación y su defensa la que le inducía incesantemente á precaverse. Vivía temeroso con la vecindad de pueblos belicosos é inquietos. Sentía latente una amenaza que traía alarmados á sus antecesores y venía heredando sus mismas preocupaciones.

Se sentía solo, aislado, sin aliciente ni estímulo para pensar en el mundo, cuyo contacto juzgaba nocivo para ese ideal venturoso de su inmovible concentración.

De cuando en cuando solían llegarle exposiciones líricas de algunos reconstructores del antiguo virreinato. Veía conatos de una cercana tentativa en las palabras épicas de algún brindis pronunciado en el café de París; y en el mutismo hipócrita de Rosas, la forma solapada de la protesta, contra el apartamiento de una provincia sustraída.

Contra estas visiones incómodas no había más que el *mangrullo* y los ejercicios, único remedio, única alianza, única fuerza de resistencia contra designios anticuados que continuaban incubándose.

El elemento defensivo tenía que ser perdurable, si había de continuarse la conservación de ese sistema que se basaba en la desconfianza; pero había que esperar ya la transformación de tantos elementos pasivos, en presencia de los sacudimientos que se operaban en el Río de la Plata, que cambiaban las condiciones del Paraguay, y lo ponían entre las manos inquietas y el ánimo impaciente de Solano López.

Muy luego se produjo otra faz en el aspecto interior y hasta en las formas exteriores del Paraguay.

En 1853, aquel niño hurraño, el *generalito* de Corrientes, con su gorrita galoneada, regresaba

de Europa y tuve ocasión de verlo dirigiéndose á San José de Flores á ofrecer su mediación á las autoridades sitiadoras. Era un hombre corpulento, de altivo aspecto, de formas desembarazadas, y vestía el lujoso uniforme que usan los mariscales de Francia. El cambio era radical.

Estas masas de reclutas que estoy viendo en la plaza de Itapúa y he visto más adentro, iban luego á ser legiones poderosas, y á asistir á la guerra más formidable de nuestros tiempos.

Puedo decir que estoy viendo la pequeña vertiente que brota de la montaña, para derramarse como ríos impetuosos y desbordados.

Así discurría mientras esperábamos el regreso del *tápe* brasilero que nos serviría de baqueano, enviado á tomar lenguas, en lo que hubiese de cierto acerca de las partidas correntinas exploradoras.

La noticia no tenía fundamento: no pudo comprobarse. Con todo, nuestro guía quería expedicionar de noche, precaviéndonos de lo imprevisto.—Mariano Billinghamurst dió su aprobación al plan, que se llevó á cabo, pasando el Paraná en dos canoas, tirando los caballos y pasando otros á nado, en cuyo ejercicio eran eximios los correntinos. Era necesario subir algunas leguas hacia el norte paralelamente al gran río, por razón de estrategia.

Nuestro guía era un personaje digno de atención y de estudio. Nos entregamos á él por la confianza que nos inspiró el comandante de

Itapúa. Sin esa recomendación nos habría bastado su aspecto. Era un soldado licenciado de las Misiones brasileras. Color oscuro, bajo y retacón, bien vestido relativamente á su condición; y revelaba en su fisonomía y en todos sus accidentes, sagacidad y prudencia.

Me traía á la memoria esos asombrosos instintos y esa destreza de los guías de Fenimore Cooper ó de esos rastreadores medio adivinos que describen los turistas de la Rioja. No se le sacaba una palabra, no se le distraía, no se apartaba por nada de la atención que lo preocupaba. De cuando en cuando movía la cabeza de un lado á otro. Solía pararse un rato para observar, con cierto aire de duda y continuaba luego con su mismo aplomo.

Lo seguíamos muy de cerca para no extrañarnos, pero él iba siempre delante: no le gustaba que se le acercasen demasiado. Ni fumábamos, ni hablábamos sino lo indispensable y en voz baja. Notábamos los cambios de dirección como si nos inclináramos á la costa del Uruguay. Nos introducíamos por montes espesos y salíamos á terrenos más despejados y más claros. Había que pasar por hondas quebradas y que subir y bajar algunas colinas.

Cuando fué de día, nos asombrábamos del camino que habíamos hecho y la clase de terreno que habíamos recorrido en la noche. Era sorprendente el tino de nuestro *tápe*. Estas organizaciones tienen un sentido de sobra, que les

permite ver y sentir de diversa manera que los demás. Calculan ó más bien adivinan lo exacto. Todo lo preveen y todo lo previenen. El general Paz tenía consigo al jefe de sus baqueanos, á quien llamaban *el Mocito Acuña*. Era un erudito en su pilotaje. El general se complacía en interrogarlo de improviso sobre movimientos posibles del enemigo, y los exploradores ratificaban con seguridad sus opiniones anticipadas.

Nuestro *tápe* debía ser de la misma familia de Mocito Acuña; pero sostengo que éste no lo superaría en la conciencia de su clarovidencia.

Gran parte del terreno que media entre el Paraná y el Uruguay, hoy la provincia de Misiones, es sumamente montuoso. Hay selvas espesas en que es necesario penetrar y montes más ralos y más bajos, que se apartan y se juntan de nuevo, dejando claras y lindas colinas interpuestas.

Los que auguran gran porvenir á esa zona argentina, tienen razón para fundar su profesía en la exuberancia asombrosa de su vegetación, en la fertilidad de esas tierras hermosas y en la enorme riqueza de sus maderas, sumamente variadas, en aquella cantidad de bosques inextinguibles.

La colonización tiene de sobra en qué ocupar sus brazos laboriosos. El desmonte que acobarda, le será tan valioso como la producción del terreno que despeja.

Cuando sean mejor conocidas las disposicio-

nes de aquel territorio, ha de disputarse la preferencia para habitarlo y para explotarlo. La enormidad del dominio territorial de la República ha contribuído á dejar en olvido estos tesoros. Es verdad que la economía recién despierta, que recién toma vuelo el supremo destino que nos está señalado, y recién sale del reducido círculo inicial la fuerza de expansión que invade regiones inconmensurables, y recorre apenas nuestros luminosos horizontes.

Viendo á Misiones, ¿quién podría aceptar el sarcasmo, de que no ha muchos años á que un gobernador de esa comarca las vendía á un comerciante por una carreta cargada de víveres y útiles necesarios á sus guerras?

Es una burla! Es un cuento fantástico! Es una atrocidad! Pero la traducción de aquel exceso á la lengua del criterio moderno, estaba en la carencia de todo valor territorial en estas apartadas regiones, en donde nadie vendría jamás á ejercitar sus fuerzas, ni mucho menos á habitarlas. La ignorancia aumentaba su menosprecio cuanto más grandiosa era la riqueza que no podía explicarse.

Hoy se puede decir con perfecta seguridad, que esta parte del territorio argentino, no ha mucho olvidado, es la más visible promesa en las prosperidades que se manifiestan.

Grandes son los privilegios con que la naturaleza se ha complacido en trazar la espléndida geografía de la República, dándole todos los

climas y todas las producciones; pero el capital europeo que busque reportar los mayores y más pronto beneficios, hará bien en estudiar esta bendecida región de Misiones, nacida para la agricultura y ayudada por los mejores elementos naturales para facilitar é impulsar el comercio directamente con el mundo.

Los más grandes ríos de América corren por sus orillas. A poco costo pueden llevar los productos hasta el mar. Un puñado de dinamita despeja los únicos y pequeños estorbos que existen en el Uruguay, algo más abajo de Uruguayana, y remueve un pequeño salto que estorba en el Paraná, próximo á su confluencia con el Paraguay.

Los peritos no le dan importancia ni le atribuyen gran costo á estas obras de arte. Su realización depende de un movimiento de la buena voluntad, inerte hasta ahora, porque el desarrollo comercial tan naciente, no ha despertado los estímulos á esa iniciativa que dejará expedita la navegación para los más grandes buques.

Seguimos por aquellos matorrales, por aquellas colinas despejadas, para entrar en los espesos montes del Uruguay, que cruzamos con deleite, saliendo á la orilla de aquel río majestuoso, espléndido; de un paisaje encantador, con sus aguas reverberantes y tranquilas, con sus costas montuosas y floridas.

¡Que emoción tan profunda debieron experimentar los descubridores, cuando se halla-

ron en estos mismos lugares, con estas revelaciones de los esplendores americanos! El viejo mundo no les había suministrado comparaciones con estos primores, de una exuberancia tan asombrosa en toda su natural indolencia, y en donde la virginidad de los poéticos encantos, no estaba profanada todavía por la invasión de las fuerzas del progreso.

La naturaleza del Continente debió presentarse como un altar á las cruzadas de la conquista, con todos los ornamentos que el lujo de la creación había depuesto en ofrenda á lo bello; y este silencio majestuoso, esta soledad imponente, esta enormidad de aguas que dejan su lecho en las montañas para confundirse con el mar, me sugiere irresistiblemente como una evocación fantástica de escenas presumibles, en estos lugares suntuosos que voy admirando.

Bajamos alguna distancia y llegamos á una gran canoleta, que nuestro *tápe* nos dijo llamarse el paso *das marimbombas*. Había allí unos ranchitos; y un individuo, también brasileiro, nos auxilió con su canoa y pasamos sin el menor inconveniente á la ribera opuesta.

Pisábamos en territorio brasileiro, todavía territorio imperial, y nos disponíamos á entrar en sus Misiones, colocadas frente á frente de las nuestras. A estas alturas debíamos despedirnos de nuestros compañeros de viaje, para continuar la jornada con mi amigo Billinghamurst hasta Río Grande, y recorrer una parte de ese país tan

atractivo, tan hospitalario, del que he de ocuparme pronto.

Tomamos nuestro camino dejando enfrente objetos queridos, amigos leales y un pueblo con que habíamos mezclado grandes afectos y grandes contrastes.

La escena de Vences, inolvidable para mí, encierra problemas que van muy pronto á explicarse por sí mismos, en el desenvolvimiento de las acontecimientos que se van á suceder. Ha de resaltar el raro fenómeno de que, si los hombres que defendieron allí una idea sucumbieron en la lucha, esa idea sobrevivió en medio de las más extrañas contradicciones, y buscó en otro teatro y con mayores elementos su complemento y su triunfo.

Vamos pasando ahora frente á *Yapeyú*. Desde aquí saludamos la tierra en que nació San Martín y que ese nombre ha glorificado.

Voy á introducir por singular coincidencia las primeras líneas de un escrito mío, reasumiendo la vida militar y política del Gran Capitán. Comienza así:

... La estrella afortunada de América alumbró una cuna predestinada en las colinas de Misiones.

El tierno niño, sobre su alfombra de trébol y bajo la sombra de los naranjos, se dormía arrullado por los murmullos de un inmenso río.

Sus ojos se abrían para mirar un cielo sin nubes. Sus gorjeos infantiles se confundían con el canto de los pájaros.

Una especie de aurora de primores de la naturaleza, envolvían y circundaban aquella infancia rosada é indolente. Aquella savia perfumada nutría su primera sangre. Aquel corazón tierno palpitaba como una nota en el concierto de armonías suaves.

Era un ambiente de libertad acariciando la primera aurora de un héroe americano. Iniciándose en su alma como la confidencia majestuosa de sus futuros destinos.

El niño se alejó de sus agrestes lares como vuelan las águilas, dejando los despojos que guardaron su primera existencia.

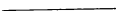
Cien años después se busca á *Yapeyú*, la cuna de San Martín. . . .

Existe apenas una triste ranchería. Pero su nombre existe como una consagración que le mantiene la historia.

Así debió ser la infancia de Aníbal, su hermano de guerra y de triunfos.

Los dos afilaron sus espadas en las piedras de Numancia, los dos treparon las montañas más altas del mundo, para que los contemplase su época y los mirase siempre la posteridad.

.....
.....



CAPÍTULO XIII

SE AGRANDA LA ESCENA—SÍNTESIS

Se ha atribuído al señor Manuel Herrera y Obes, padre del último presidente oriental, la atrevida tentativa de inspirarle al general Urquiza la iniciativa de un movimiento para derrocar la dictadura de D. Juan M. Rosas.

Se le señalaba igual rol á un señor Chain, persona muy respetable y muy predilecta del general.

Quizá esa misión gravísima ha sido conjunta; y aun pudo hallarse mezclado algún agente del emperador D. Pedro, en un conciliábulo concertado, para tentar la empresa y propiciar al general Urquiza en favor de ella. Hombres de talento, políticos expertos puestos al servicio de un pensamiento tan trascendental, debieron pesar con su exposición y su consejo, en el ánimo del caudillo de Entre Ríos, cuya seducción tentaban.

La misión era grave.

Con todo, me inclino á creer que la tarea no debió ser ímproba, ni los esfuerzos de la persuasión muy tenaces. Se predicaba á un convencido de antemano. A un convencido, que estaba impregnado de un pensamiento cortejado desde mu-

cho, que había acariciado en lo más íntimo de su alma y en el que casi había comprometido su existencia.

El terreno estaba preparado.

Precisamente por eso buscaban al general Urquiza. Sus actos políticos de Corrientes, tan aventurados, mostraron claramente su ánimo. El ojo perspicaz veía allí la silueta de una coalición fracasada. Las desconfianzas de sus propios amigos estallaron, y necesitó protestar para desarmarlos, yendo á Vences.

Fué necesario aquietarlos con una batalla.

Pero el roedor de la ambición política había mordido en el corazón del general Urquiza, y es difícil reaccionar desde las alturas de un ideal acariciado. Cuando se ha llegado, es posible que los grandes desengaños, que las grandes contrariedades, que el cansancio del espíritu busquen el apartamiento y las abdicaciones. Eso suele verse. Pero cuando se va en camino, no declina el fervor de la aspiración, porque delante todas son perspectivas. No se ven los abismos. No son capaces de imponer á las voluntades audaces. Esas los dejan atrás

Llegaba de repente á la renovación de un plan de guerra que estaba estudiado con todas las probabilidades de éxito completo.

Lo que creyó deficiente en el primer ensayo, rebalsa ahora: elementos poderosos y preparados. La promesa del triunfo aparecía en toda su evidencia, exenta de las dudas que, fatalmente,

en mal hora lo asaltaron. La visión inseparable, otra vez se iluminaba, cuando comenzaba á sonar la hora de la buena fortuna.

No había más qué esperar! No había más qué discutir ni qué ajustar! Todo argumento estaba reasumido en la presencia de grandes medios activos. Estaba listo: no había más que tomar esos medios y tirar la espada!

Fué á Caseros.

Nada lo hizo pensar más en la responsabilidad de su empresa, que los ruidosos escollos del acuerdo de San Nicolás. Así lo decía el general Urquiza, y con razón.

Era para él una situación de crisis suprema. Debía agobiarlo la duda, pero no sintió flaquear esta vez su firmeza y salvó la organización.

Estaba delante de la gran portada de su obra. Si vacila en el dintel; si no entra resueltamente, deja sin resolver su primer problema:— «Colocar sin más demora la piedra fundamental de la Constitución».

Por todos los caminos se va á Roma—Probablemente se le señalaron muchos: pero él tomó el más corto y el más seguro.

Desde ese momento y arrostrando todos los azares de una empresa colosal, puso mano al trabajo y empezó por el principio.—Llamar á sí todos los elementos utilizables que encontraba y buscar las fuerzas vivas, el elemento intelec-

tual, la competencia y la abnegación, para convocar sin tardanza hombres bien inspirados en la idea de legalizar cuanto antes el ejercicio de la soberanía pública en una ley suprema.

El apartamiento de Buenos Aires, por razón de su disidencia, le quitaba al general Urquiza una gran fuerza en las soluciones que buscaba sin tardanza. La preponderancia tradicional de esta provincia, rica en hombres, en ilustración, iniciadora siempre, por sus medios y por su misma situación geográfica, llegaba á faltar en la obra común de la organización que alboraba.

Era necesario llenar con la entereza y el aliento el gran vacío que dejaba la separación de un contingente tan poderoso.

A la convocatoria respondió el país con gran fe, enviando al Congreso Constituyente sus mejores hombres, sin otra condición que la honorabilidad y la competencia. Contábanse desde luego ciudadanos altamente versados en la ciencia política, colaboradores expertos del gobierno en épocas regulares, que regresaban con el caudal de su madura experiencia. A éstos se unían constelaciones nuevas, de talentos desconocidos, nutridos en el retiro y en el silencio, verdaderas revelaciones de una preparación insospechada, surgida al impulso del entusiasmo y la abnegación.

Había ya un poder público que asumía el carácter de soberanía, que respondía al mandato de los pueblos y que legislaba en su nombre,

dictando la Constitución Nacional, destinada por fortuna á subsistir por sobre todos los azares que debían preceder á la completa organización del país.

El mayor de los peligros estaba conjurado!

Los representantes de la soberanía se sentaban por fin á discutir la exposición de sus ideas en materia de organización; y á exponer, desarrollar y defender las ideas respectivas, sobre los principios que habían de consagrar la forma constitucional.

Toda la ingenuidad de las convicciones y todo el saber de aquellos hombres destinados á llenar una misión suprema, entró al debate más grave de la época de regeneración que se abría.

Todo el mundo ha admirado el estudio profundo y las exposiciones luminosas del debate. Juicios y doctrina son siempre materia de consulta y de estudio.

Había criterios adheridos fervorosamente á la idea centralista, como régimen que hacía más fácil, más eficaz y más barato el gobierno. Otros tenían la convicción contraria, fundándose en la insubsistencia de esa forma en la historia del país, y en los caracteres federativos de la tradición y de la misma revolución de Mayo, agregando consideraciones geográficas y económicas que pesaban muy poderosamente.

Por arriba de estos pareceres individuales, preponderó la idea patriótica de no aferrarse sistemáticamente á ningún fanatismo, sino escl-

recer el debate en torno de un proyecto, que se halló feliz, y que abonaba más su similitud con la constitución de los Estados Unidos.

Con tales propósitos, la constitución nacía con todas las condiciones de estabilidad y con firme apoyo en el sentimiento público. No era una ornamentación de doctrinas selectas, sino la expresión del carácter, de la historia y de la economía de los pueblos que iba á regir.

Las diversas escuelas políticas tuvieron que encuadrarse dentro de la teoría de la nueva ley; y las altas inteligencias destinadas á influir en los gobiernos de la nación, entraron á iniciarse en el estudio y hasta á apasionarse del genio de estas instituciones.

El doctor Vélez, uno de los talentos más firmes entre sus contemporáneos, estaba preparado para iniciar la fórmula de la constitución. Por eso fundó un diario, para presentar su pensamiento. Argumentaba con un criterio que fundaba en tristes ejemplos que había revelado el país en sus trastornos civiles. Las legislaturas de provincia, decía, han sido focos constantes de anarquía: yo las he de reducir á meras municipalidades. . . Sin embargo los acontecimientos vinieron desde luego á modificar sus ideas preconcebidas, y no tardó en levantar su voz escuchada, para defender la autonomía de Buenos Aires en las ardorosas sesiones de Junio. Así es la autoridad del convencimiento: irresistible.

Estaba garantida la constitución por su propia

fuerza. El sentimiento público era la base; y cuando fué consagrada y cuando fué jurada por los pueblos, el sol de ese día no alumbró sino adhesiones y alegrías sinceras.

Mientras que el Congreso legislativo ocupaba las bancas honradas por los constituyentes, otra faz de la tarea de organización absorbía el trabajo reparador.

Era urgente cambiar radicalmente las condiciones absurdas, desordenadas y depresivas en que se hallaban las provincias. No podía esperarse á que la educación del nuevo régimen orgánico hiciese la reforma, sino producir el cambio súbito y requerido.

Esta era la obra de la influencia, del prestigio y de los recursos personales del general Urquiza. Era una labor en que el sentido práctico y la persuasión empeñosa tenían la palabra; y está reconocido el tacto y la energía con que se entró á encarrilar una situación indefinible dentro de un orden nuevo, formulado en la ley é impuesto por la justicia y por la equidad entre los pueblos.

Era muy elevada la misión que en la esfera moral é intelectual cabía á los hombres que habían dado la Constitución, pero era enorme la empresa de poner en actividad sus resoluciones. La lucha con lo existente requería firmeza. Se necesitaba demoler prácticas funestas, pero tam-

bién llenar las necesidades nuevas. Esto era lo difícil.

El país no tenía ningún sistema financiero, pero ni rentas para subvenir á los servicios más indispensables.

Una provincia vivía de las otras; y de aquí tenía que nacer y que existir una recíproca mala voluntad en permanencia. El tráfico comercial era servido en tropas de carretas. Había que pagar un derecho *de tránsito* en cada provincia que se atravesaba, además de otro derecho que se llamaba *de pasturaje*, por razón del pasto natural que consumían los animales, las enormes arrias de mulas y de los ganados destinados al consumo.

Era ésta una práctica inicua, pero era la situación existente. Era ya un uso convencional, que ninguna resolución por absurda que fuese habría formulado. Era necesario vivir de algo! Hacer valer el espacio por secciones territoriales, como feudos; y hacerse pagar el pasto salvaje, como producción cultivada, con derecho de retribución.

Delante de la constitución, al comienzo de una situación que se organizaba, ese estado de cosas no podía subsistir. ¿Pero cómo se sustituía una práctica extirpada, antes de que el tiempo sugiriese á cada Estado el medio legítimo de crearse recursos?

La persuasión y la conminación á veces, aceleraron una reacción dirigida á abolir desde lue-

go aquellas prácticas hostiles; y el buen sentido nacional, el sentimiento de equidad que se levantaba empeñosamente en los círculos importantes de las provincias, la evidencia de una necesidad que se imponía, todo se concertó para activar la reforma.

En esta formidable campaña puso todo su aliento el general Urquiza. La intervención de su influencia y de sus medios propios, contribuyó poderosamente al éxito posible de la obra reparadora, y su fortuna particular llenó con oportunidad muchos servicios urgentes. El gobierno nacional, recién creado, no tenía tesoro con que hacer frente á ninguna exigencia apremiante.

Ha podido verse cómo se dominan los más angustiosos conflictos, cuando la voluntad y el patriotismo impulsan los móviles del bien común. No escasea entonces la abnegación, y se robustece la confianza que rodea sinceramente los nobles propósitos.

En el orden político, había que producir la reforma más seria del momento, por cuanto se iba á tocar en las preocupaciones del orgullo local; á remover tradiciones que era necesario subordinar á los preceptos de la organización. Era el caso de abolir, en armonía con el mandato constitucional, la investidura de las capitanías generales en la persona de los gobernadores. No podía haber resistencia manifestada. Aquellos funcionarios tenían que despojarse forzosa-

mente de prerrogativas incompatibles con el régimen federativo constitucional. Quedaba en el fondo del espíritu la nostalgia de una preocupación que muy pronto iba á curar el raciocinio.

Se creía que esa supresión impuesta, amenguaba facultades de gobierno, autoridad de gobernante, fuerza discrecional ofensiva y defensiva á la usanza de las situaciones abolidas, hasta que penetrasen en los espíritus convicciones que, por sí mismas, iban á condenar aquellas prepotencias inútiles y sarcásticas ante un orden regular que ponía la fuerza en donde debía estar, é igualaba todos los derechos bajo el imperio tutelar de la ley.

No es muy fácil desarraigar de pronto un modo de ser que no obedecía á nada formulado ni estatuído en las relaciones de pueblo á pueblo y dentro de las jurisdicciones propias, acefalía de reglas que mantenía la indisposición y hasta la hostilidad constante. Así pues, había que morigerar las voluntades y los usos, para suprimir el giro de costumbres políticas y administrativas de una federación apócrifa, que dejaba de ser un nombre para ser un dogma y una institución suprema.

Había que desarmar resentimientos, que transar reclamos, que moderar violencias, que establecer armonía entre los intereses económicos recíprocos, y todas estas soluciones parciales íbanse obteniendo con éxito en pro de la conquista de una situación regenerada.

Hasta ahora los pueblos no habían hecho más que dar lo que tenían, malo, odioso y pésimo. Se habían desnudado de sus capitanías generales, facultades discrecionales, habían entregado la llave de las exacciones que formaban su renta, para recibir la promesa de un mejoramiento, que iba á producirse del orden regular en que entraban, y que fueron recogiendo y agrandando á la altura de sus progresos.

En el Congreso legislativo crecía el aliento al calor de los éxitos plausibles. Los pronunciamientos de la opinión estimulaban la energía del trabajo é inspiraban las mejores ideas de organización. Su ejemplo, su doctrina y su independencia, levantaban el espíritu público y crecía la adhesión y la confianza del pueblo en sus representantes.

La legislación naciente iba produciendo visiblemente una radical transformación en todas las fases de la organización.

Abiertos los ríos á la navegación universal; consagrada esta gran revolución económica y política; provocada así la solidaridad universal del progreso; derribadas las puertas que atajaron el contacto fácil del mundo, con pueblos predestinados á florecer en todas las condiciones de un gran porvenir; abiertos los ríos, se dictó la ley de las aduanas exteriores, estableciendo

reglas liberales de comercio y creando las fuentes de la renta nacional.

La administración pública en todos sus ramas, recibía reglas previsoras y prácticas en armonía con la organización, constituyéndola en un elemento impulsor. Esa administración está bien recomendada en la moderna historia con ejemplo de rigidez, de adelanto, de facilidades y de moralidad.

Todo lo abarcaba el Congreso, distribuyendo la posible protección á todas las necesidades de bienestar y de progreso, habilitando los medios de comunicación, favoreciendo la apertura de caminos y contratando y fundando, con estímulos generosos, el gran ferrocarril Central Argentino, cuya fecunda existencia está atestiguada por la enorme cifra de bienes y de constantes progresos económicos y morales que ha cultivado.

El problema resuelto, con incalculables frutos, de la colonización iniciada en la provincia de Santa Fe, núcleo de un inmenso desarrollo, inspiró al Congreso leyes protectoras y eficaces á cuyo favor fué extendiendo ese gran elemento, que ha contribuído á levantar á una alta potencia la producción agrícola y las industrias de nuestra exportación nacional.

El Congreso que abarcaba hasta á las más lejanas extremidades, para hacer el estudio de las necesidades y proveer á las iniciativas del Ejecutivo, daba su atención y sus luces á la sanción de los tratados internacionales, estrechando

sobre las bases de equidad las relaciones más fecundas.

Esta reunión de hombres tan fervorosos en la misión que les había cabido, tan abnegados en la manera de llenarla, ilustrados y prudentes, tenían que arrastrar el respecto y la simpatía pública. El cuerpo de leyes que dejaron y que rigen, es su timbre, y justifica su duradero concepto.

Me ufano de la honra que me cupo, de haber tenido mi modesto asiento entre ellos.

Llegaba un momento de prueba para la Constitución. Iba á mostrar los quilates de su temple. Era de granito, como para resistir á las vicisitudes del tiempo.

El general Urquiza había mostrado en sus relaciones con el Congreso, la más prudente adhesión á sus juicios y á sus decisiones.

Estos ejemplos de buen sentido y de tolerancia, no suelen ser muy comunes en los hombres de cierto temperamento, que vienen á influir en el destino de los pueblos, sin la educación política requerida y con las asperezas del mando discrecional.

El general no fué una rémora, sino un auxiliar sincero, lo mismo con el Congreso Constituyente que con el que lo siguió. Coincidiendo en lo fundamental, de acuerdo en un mismo propó-

sito, no hubo razón de disidencias ni ocurrió por fortuna ningún conflicto irreparable.

Así pues, el trato con los hombres del Congreso era cordial y el trato entre los poderes respetuoso y fácil. Esta recíproca ingenuidad, aceleró los trabajos fecundos de la organización y mantuvo en la convicción y en el hecho franca estimación.

Este estado de cosas, alentaba quizá en el espíritu del general la idea que acariciaba de prolongar su estadía en el mando, idea que apenas se sentía por algunas vociferaciones sin repercusión, de sus muy adheridos, pero que no ocupaban la atención de nadie.

En el curso de los acontecimientos resultó que aquel pensamiento existía y que trabajaba seriamente su ánimo.

Ni esto era raro, ni podía reprocharse el deseo de una reelección, como podía y debía rechazarse una prolongación de mando. Era lícito aspirar desde que se alegasen títulos y facultades para servir al bien público; podía *bregarse* como decían los romanos el derecho de disputarse los cargos, podían gestionarse como hacen los *yankees* ofreciéndose á la opinión de los partidos. Pero el ejercicio de esos derechos, no es compatible con la índole de las instituciones democráticas, cuando está perjudicado el principio de la renovación del poder público, y cuando puede debilitar la esencia de la libertad.

Es casi cierto, que en otro período, ni la opi-

nión del pueblo ni de los congresos, hubieran censurado una aspiración noble y franca. El país le debía grandes servicios, había mostrado felices tendencias de gobierno, contaba con el prestigio de sus propias obras, y habría tenido muchos y decididos parciales en una lidia electoral.

Pero empeñarse en prolongar su gobierno, especialmente en las condiciones de aquella actualidad, sería una ofuscación que amenguaría sus timbres y le apartaría la confianza popular. Esa ofuscación iba á ponerlo sin duda bajo el influjo del vértigo, que ha perdido á muchos hombres eminentes de América, á grandes caudillos sinceramente amados de la opinión.

El general Urquiza, por la naturaleza de los sucesos que cruzaban, por la evidencia de su influjo popular, por los recursos de fuerza que concentraba todavía en sus manos, habría sido un peligro. Las relajaciones de una primera declinación habría inspirado otras, y ese peligro podía traducirse en nuevos y fatales sacudimientos.

El Presidente constitucional era todavía un soldado armado. Estaban frescos sus trofeos y no desvanecidos del todo los conflictos. La prolongación del poder en esas condiciones basta á borrar quizá el límite de todo período constitucional, y de una en otras, esas prolongaciones se reanudan hasta que còrta el nudo la espada de la revolución.

San Martín triunfante no quiso aceptar las investiduras que le brindó el Perú. Se defendía exponiendo su creencia de que, *soldado afortunado*, era una amenaza para las libertades de una regeneración naciente. A Bolívar, el tipo envidiable de la gloria, espíritu más vivaz y más inquieto, le atribuyen algunos de sus críticos una intemperancia de poder que le concitó sus últimos infortunios.

Era una fortuna para su gloria, que el general Urquiza no hubiera entregado su nombre á las liviandades de la propaganda y á la discusión variada de su aspiración.

No era la ocasión: le estaba vedado presentarse con una pretensión inquietante fuera de una oportunidad legítima. En otro período, viniendo de las filas del pueblo, sin hallar ya legítimos estorbos ni justas censuras, la opinión le habría sido favorable.

Una reelección así es más bien una gloria; pero una imposición es siempre odiosa. Muchas de las ilustraciones norteamericanas han sido reelectas; y mandatarios ilustres en Sud América han merecido el sufragio más de una vez. La reelección merecida es una declaración pública de que se honra al mérito cívico, á los talentos eminentes, á los grandes servicios; y este testimonio popular imprime al agraciado el favor de la opinión que robustece su autoridad moral.

Un ciudadano eminente que baja con lustre las escalas del gobierno, no muere al final como

el cisne, que da su última nota. Está habilitado siempre al servicio de la opinión que en las condiciones legítimas á irreprochables vaya á buscarlo.

Se acercaba entre tanto la época electoral é iba á entrarse á la renovación de los poderes.

Las parcialidades electorales prestigiaban sus candidaturas. Los círculos políticos se manifestaban en favor de D. Salvador M. del Carril y de D. Santiago Derqui. El primero de ellos no aceptó su designación, y así lo hizo sentir en una carta-manifiesto que produjo sensación. El segundo, no hizo acto alguno en que se diese por notificado sobre los trabajos que se hacían, dejando estos asuntos á la decisión de sus amigos.

Algunas personas de consideración, que creían inconveniente y peligroso un movimiento electoral en época tan excepcional, gestionaron amistosamente su desistimiento con los candidatos señalados.

Esas preocupaciones públicas y esos trabajos, siguieron su curso natural sin provocar agitaciones, aumentándose considerablemente el número de los que creían sinceramente indispensable, la necesidad de mantener en el poder al general Urquiza, dando tiempo á que se consolidase la confianza del país en su nueva condición.

Violentos sucesos se presentaban de nuevo, con razón inquietantes. Sobrevino fatalmente

el preparativo rapidísimo de la guerra de Cepeda. Era como una sorpresa el acontecimiento y la atención pública se halló hondamente impresionada. La perspectiva de ingratos acontecimientos aparecía de una manera súbita, precisamente cuando el país tenía que proceder á la renovación de sus poderes; y la idea de la reelección del general Urquiza, dió mayor vigor y reforzó el argumento de los que la mantenían. Los sucesos del momento, realmente pesaban mucho en pro del pensamiento, que evidentemente tomaba mayor consistencia.

El Congreso, entre tanto, sentía agrandarse esa idea. Veía quizá comprometida la rigidez de la Constitución en una primera crisis. Alcanzaba todo el peligro que acompañaba una declinación por razón de un conflicto. Se daba cuenta de los azares á que quedaba expuesta la obra costosa de la organización, y de las impresiones que iba á recibir el espíritu del país, que se mantenía tan confiado en la virtud incommovible ya de sus instituciones.

Entre tanto, el decoro personal del general Urquiza no se mostraba comprometido por actos de instigación á la idea de su prolongación gubernativa. Aparecía la inspiración exclusiva de sus parciales; pero tampoco se dejaba conocer ningún acto suyo, ni expresión alguna que desautorizase ese movimiento.

El silencio de los poderosos equivale casi siempre á un asentimiento. Así debieron enten-

derlo y explicarlo los secuaces del pensamiento, que continuaron impulsando.

Pero el Congreso, á medida que se hacía sentir la tirantez de la situación por causa de los aprestos á la guerra, se mostraba más resuelto y firme en el propósito de mantener el prestigio de la Constitución. No excusó ya la manifestación de sus designios, encaminados á reforzar la confianza del país en sus delegados, y dejó sentir declaraciones explícitas, de que, en ningún caso, por extremo que fuese, en medio mismo de una penosa colisión de guerra, dejaría el pueblo de practicar su elección en armonía con los preceptos de la ley suprema!

La firmeza del Congreso, su resolución decidida, su sentir ingenuo y despejado, produjo plausible efecto y algo más tarde se hizo con todo desembarazo la elección.

Era éste un gran triunfo de las instituciones y una grande honra para el que las había sostenido!

Respondiendo á los movimientos del sentimiento humano, pudo sufrir el ánimo del general los efectos de una contrariedad en su aspiración; pero la verdad es, que si así fué, quedaba compensado con el más alto timbre que podía alcanzar, en esta prueba elocuente de la consistencia de la grande obra consumada.

Venía este testimonio honroso á garantir firmemente la bondad de la constitución, el estado político regularizado de los pueblos, en camino

de acelerar su mejoramiento administrativo.

Cuando venturosamente, y después de los conmovedores acontecimientos que iban á producirse aún, se consagró por fin la unificación de la República; ⁽¹⁾ cuando la integridad nacional se halló fortalecida en el sublime abrazo de la fraternidad, la Constitución federal, como un altar de la patria recogía las ofrendas de todos los lidiadores, y amparaba á la familia argentina en las conquistas sucesivas con que ha enaltecido su grandeza y fortalecido su unidad.

Aquellas ideas informes surgidas en Corrientes, no se habían desvanecido. Germinaron sin cesar en el espíritu anhelante del caudillo de la cruzada; y con otros medios que halló más poderosos, la llevó á su realización y á su triunfo. Aquellas peripecias en que se confunde el combate de Vences, son como precursoras de sucesos que agrandaron la escena, que provocaron en ella acontecimientos enormes, y dieron por fin el anhelado fruto de la organización nacional.

(1) Referencia á los sucesos que trajeron más adelante la unión de la provincia de Buenos Aires con las demás de la República, quedando restablecida la integridad nacional.

TABLA DE LAS MATERIAS

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN.....	3
EXPLICACIÓN.....	27
CAPÍTULO I	
Después de la separación — Espíritu del ejército: su brío — Disolución no es derrota — Unidad de la Provincia — En la Capital — Los jefes del general Paz — Urquiza en marcha — Problemas de á caballo — El prisionero: factor nuevo — En libertad — Sorpresa por los dos lados.....	29
CAPÍTULO II	
La escena pasa en Alcaraz — Entrevista de gobernadores — Se discute y se firma un tratado de paz — Incorporación á la liga federal — Dudas de Madariaga: afirmación de Urquiza — Declaraciones aventuradas — Participación oficial.....	37
CAPÍTULO III	
En el ejército Paraguayo — Encuentro con el general Román Dehesa — Francisco Solano López: general de dieci- siete años: su tipo — Paseo por la línea — Observaciones sobre ese ejército — La banda de música — Visita á López: su tienda: informaciones — Carácter del perso- naje: incidentes curiosos — Un auto de fe — Ordenes de marcha — Embarque.....	45
CAPÍTULO IV	
Silencio de Rosas — Confidencias significativas del general Urquiza — Cordialidad más íntima con Corrientes — As- pecto de las cosas por el Paraguay — Agradable visita	

del comandante Osorio — Presunciones gratuitas sobre esta visita — ¡Contestó Rosas! — Conflictos del general Urquiza: la actitud que asume — Nuevo tratado — Corrientes lo resiste — La negociación se hace difícil — Su ruptura — Incidentes.....	59
--	----

CAPÍTULO V

Horizontes cargados: aspecto de tormenta — Vaguedades de la opinión — Impresiones dentro y fuera — Los particulares se precaven — No hay desaliento — Condiciones del gobernador — Colocación de las fuerzas — Tirando el guante — Fuego con pólvora — Romería al Brasil — Crisóstomo Alvarez.....	77
--	----

CAPÍTULO VI

Estalló la tormenta — Reunión del ejército — Conciliábulos — Preparativos de marcha — Reserva sobre las operaciones — Se mueve el 3 ^{er} . Cuerpo — Incorporación en Villa Nueva — Contraste inesperado — Energía del gobernador — Disposiciones importantes.....	91
--	----

CAPÍTULO VII

La primera sangre — Movimiento de Virasoro — El campo de Vences — Operaciones de los ejércitos — Reconocimientos sangrientos — Las guerrillas en acción constante — El campamento en la noche — Avanza el invasor — Maniobra de su infantería — La caballería entrerriana amenaza el costado izquierdo — Dianas — Colocación de las fuerzas correntinas — La artillería y la infantería en el desfiladero — La noche pasa en silencio — El ejército invasor ha tomado distancia — Vuelve á la madrugada — El tipo de los <i>ñanduis</i> — El fuego se concentra en el desfiladero — Allí se empeña la batalla — La artillería correntina hace estragos — El combate se hace más recio en ese punto — La caballería invasora amenaza de nuevo la izquierda — El coronel Francia es derribado por una bala de cañón — Las reservas entrerrianas se aproximan por la derecha — El encarnizamiento en el desfiladero es más tenaz — Fuego por la derecha — Una división entrerriana flanquea ese costado — Extratragema de guerra — Hábil operación del general Eugenio Garzón — Infantería cubierta — Exito de ese	
---	--

	Páginas
ataque — La derecha correntina vacila — Energía y arrojó del general Madariaga — La derrota se pronuncia en la derecha — Algunos cuerpos resisten pero ceden — Sálvese quien pueda!.....	107

CAPÍTULO VIII

A través de la <i>Maloya!</i> — Batalla con los juncales — El puente de Flores — Auxilio oportuno — En lo de Corro — Hospitalidad criolla — Encuentro con el coronel Saavedra — Su obstinación en quedarse — Noticia de su muerte — Me prenden con el trabuco: me liberto con el oro — En marcha á la costa — Conversación con las estrellas — Fuerza armada — Cómo amanece en Corrientes — La casa á la vista — ¿Qué fuerza sería aquélla? — Refugio en el monte — Incidentes — Cambiamos el rumbo — Entrada nocturna en la Capital — La despedida.....	121
--	-----

CAPÍTULO IX

Asilo amistoso — Estoy en buenas manos — Programa de la evasión — Medios en acción — Ingrata noticia: reflexiones — Terrible fin de Carlos Paz — Inducciones — Mi impaciencia por partir — Peligra el programa — Marino inflexible — Otra vez corregimos el rumbo — Un argonauta en campaña — Asisto á una boda desde mi encierro.....	157
--	-----

CAPÍTULO X

Lúgubre noticia — Parte oficial de mi muerte — Presunciones — Listo á partir — La virgen á mi favor — Excursión á la Rosada — Evasión — Navegantes mudos — Prudencia de mi piloto — A la costa del Chaco — Las tintas del Bermejo — En la isla del Atajo — Discusión en la canoa — Desembarco — Me vuelvo sobre la orilla — He quedado solo! — Robinsón por tres horas — Me creo vendido — Composición de lugar — Cómo me salvo — Escuadrilla paraguaya — Con rumbo á Humaitá — En la guardia — Otra vez Solano López..	169
---	-----

CAPÍTULO XI

En el Pilar — Encuentro con amigos — Disposición de los ánimos — El gobernador Madariaga moribundo —	
--	--

Recorro rápidamente el pueblo — ¿Serán centinelas? — Con el sombrero en la mano — Cuadro de la ribera — El mercado pintoresco — Llegada de Solano López — Despacho y obsequio — Madariaga mejora — En mar- cha — Aspecto del país — El trabajo en los montes — Palmeta contra los mosquitos — Las habitaciones de los paraguayos — Todo el mundo en ejercicios mili- tares — Costumbres: toilette — La escuela naturalista— A orillas del Tacuarí — Homenaje de respeto — Varía el aspecto del país — Los territorios altos de Misiones — Aspecto pintoresco — Visita á algunas ruinas — Proximidades de Itapúa.....	209
---	-----

CAPÍTULO XII

Sorpresa agradable — Un compañero impagable — El comandante del punto — Paseo por Itapúa — La Iglesia: su perfecta conservación — El sentimiento religioso de los indígenas — Influjos de la tradición — El culto de la retreta — El ejercicio militar por batallón — Consideraciones: próxima transformación — Nuestro guía: su tipo y condiciones — A través de las Misiones Argentinas: pasaje del Paraná — Aspecto del territorio: su riqueza — Travesía — Espléndido espectáculo del Uruguay: lo atravesamos — Atención á estos ríos — Estamos en el Brasil — Sus Misiones y las nuestras..	227
--	-----

CAPÍTULO XIII

SE AGRANDA LA ESCENA—SÍNTESIS	247
-------------------------------------	-----

